

el programa comunista

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NÚMERO

- **¿Está terminando la emergencia del «Covid-19»? Lo que no termina es el control social cada vez más estricto** **1**
- **Algunos puntos sobre la situación histórica que ha conducido también a la guerra ruso-ucraniana** **13**
- **El movimiento dannunziano** **20**
- **La cuestión de la tierra a lo largo del desarrollo de la lucha de clase del proletariado español** **36**

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

EL PROGRAMA COMUNISTA

Órgano del Partido Comunista Internacional
ADMINISTRACIÓN Y DIFUSIÓN

Programme / B.P. 57428 / 69347 Lyon Cedex 07 - France

Precio del ejemplar: 3 €.; América latina: US \$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €.; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.
Pago con giro postal al Sr. DESSUS, a la dirección: «Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07 - Francia»

CORRESPONDENCIA

España: Apdo. Correos 27023-28080 Madrid
Italia: Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano
Francia: Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07
Suiza: Para contacto, escriba a la dirección de Lyon.

E-MAIL

elprogramacomunista@pcint.org
leproletaire@pcint.org
ilcomunista@pcint.org
proletarian@pcint.org

El sitio Internet del partido comunista internacional
www.pcint.org

¡LEAN, DIFUNDAN, SOSTENGAN LA PRENSA INTERNACIONAL DEL PARTIDO! ¡SUSCRÍBANSE!

- el proletario -

Órgano del partido comunista internacional. Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €, 3 FS; América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2

«el programa comunista»

Revista teórica en lengua española - Precio del ejemplar: 3 € / 8 FS / £ 2 / 20 Krs. / América latina: US \$ 1,5 / USA et Cdn: US \$ 3

Suplemento Venezuela a «el programa comunista»

Precio del ejemplar: Europa: 1 € / América del Norte: US \$ 1 / América Latina: US \$ 0,5

- Il comunista -

Periódico bimestral. Precio del ejemplar: 2 €; £ 1,5; 5FS

- Le prolétaire -

Periódico bimestral. Precio del ejemplar: 1,5 €; £ 1,5; 3FS; 300 CFA

- Programme communiste -

Revista teórica. Precio del ejemplar: : 4 €; £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 4

- Communist Program -

Revista teórica. Precio del ejemplar: : 4 €; £ 3; 8FS; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 3

- Proletarian -

Suplemento al «le prolétaire». Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF

Los precios están indicados para la venta de un solo número. Para los suscripciones y los envíos postales, póngase en contacto con nosotros • Les prix sont indiqués pour la vente au numéro. Pour les abonnements et les envois postaux, veuillez nous contacter • I prezzi sono indicati per le vendite di un singolo numero. Per gli abbonamenti e gli spedizioni postali, contattateci • Prices are given for single issue sales. For subscriptions and postage, please contact us.

Suplemento en español a la revista teórica del Partido Comunista Internacional, «programme communiste» no ISSN-0033-037 X.
Acabado de imprimir en mayo de 2022

49^e ANNEE Juin 2006 N° 99

programme communiste

REVUE THEORIQUE DU PARTI COMMUNISTE INTERNATIONAL

SOMMAIRE

le prolétaire

organe du parti communiste international

M2414 - 450 - 1 C

Pour l'organisation indépendante de classe
Les leçons des luttes du printemps

il comunista

organo del partito comunista internazionale

Iraq: guerra di rapina e di spartizione

Per un Primo Maggio proletario e di lotta!

Moletta
a un lavoro, indicata la sua capacità capitalistica senza, un'altra!

Proletarian

Organ of the International Communist Party

Multiform and indissociable

Issue No. 8 February 2022

communism program

NÚMERO 46 Diciembre de 2005

el programa comunista

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NÚMERO

- Lo que distingue a nuestro partido
- Europa: luchar burguesa, guerra proletaria

el programa comunista

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

Nº 25 Nov. dic. enero 2022

Nov. dic. enero 2022

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

VIENTOS DE CALERA en Europa (II)

El duro camino hacia la emancipación proletaria pasa por la lucha de clases revolucionaria, la conquista del poder político y la instauración de la dictadura proletaria.

Colombia: crisis y revuelta

EN ESTE NÚMERO

- Europa: luchar burguesa, guerra proletaria

¿Está terminando la emergencia del «Covid-19»?

Lo que no termina es el control social cada vez más estricto

Hace dos años, en febrero de 2020, se encendían las alarmas en Europa debido a una nueva pandemia viral; un nuevo coronavirus se propaga en Europa y el mundo provocando un síndrome similar, pero más contagioso y letal al anterior Sars-CoV1 de 2003 que se había detenido en el Lejano Oriente. Fue entonces llamado Sars-CoV-2 ya que formaba parte de la misma familia ya conocida en 2003, y que en general es conocido como Covid-19. Este coronavirus también viene del Lejano Oriente, precisamente de China.

Todas las clases dominantes burguesas, alarmadas por el extremo retraso de la OMS con respecto a esta nueva pandemia, se encontraron completamente desprevenidas. Un nuevo «enemigo», astuto e *invisible*, se estaba insinuando en todos los países, especialmente en los países capitalistas avanzados. La grande y mítica ciencia burguesa admitió que no sabía qué hacer, sino «esperar» que esta nueva enfermedad se desarrolle.

De hecho, ya se habían producido brotes de coronavirus (como el MERS y el Sars-CoV1 de 2003), por lo tanto este tipo de virus ya era conocido y las farmacéuticas más grandes del mundo ya tenían una investigación desarrollada, tal como lo documenta D. Quammen en su libro «Spillover» (1). Se sabe, de hecho, que la Fundación Bill & Melinda Gates, que concretamente investiga virus y vacunas, había estado presente y desde hace algún tiempo se ha ocupado en simular, tras el Sars-CoV1 de 2003, una pandemia mucho más grave para la que hipotetizó incluso una hecatombe, ¡65 millones de muertos en todo el mundo en 18 meses! (2). Por lo tanto, el nuevo coronavirus era inminente, por lo que nunca ha sido una aparición improvisada e inesperada. Es por esto que hemos sostenido, desde el primer momento, que las clases dominantes burguesas de los países imperialistas más fuertes del mundo, además de ser sustancialmente incapaces de equipar a

sus países en prevención sanitaria estructurada y generalizada, cuando intuyeron que esta epidemia podía ser explotada tanto en términos políticos y sociales como en términos económicos en las dos direcciones principales en las que se realiza la defensa de sus recíprocos intereses de clase y de poder (la competencia interimperialista en un período de crisis y el control social de las masas proletarias en los respectivos países) dejaron que se propagara.

Que el capitalismo, en su desarrollo contradictorio, se topa cíclicamente con más y más crisis graves, cada vez más catastróficas, crisis económicas, crisis financieras, crisis político-sociales, crisis de guerra, es lo que el marxismo ha previsto desde 1848 y eso es exactamente lo que está sucediendo desde entonces. La clase burguesa dominante, incluso en los países más industrializados y tecnológicamente avanzados, no puede eliminar los factores económicos objetivos de las crisis capitalistas, frente a los cuales adopta medidas políticas, económicas y costos sociales temporalmente útiles para superarlos – pero nunca sin costo alguno, y los costos sociales más graves lo pagan sistemáticamente los proletarios – medios que, sin embargo, generan inexorablemente factores de crisis sucesivas, tal como ahora incluso los burgueses se ven obligados a admitir. Esos factores de crisis están destinados a reaparecer continuamente, tras superar los periodos de recuperación y expansión económica, precipitando posteriormente a las empresas en periodos de crisis aún más graves. En el curso del desarrollo del capitalismo, las crisis se caracterizan cada vez más como crisis de sobreproducción: la enorme masa de bienes producidos y colocados en los mercados en un momento dado ya no encuentra salida y, al quedarse sin vender, obstruye los mercados que permiten que los ciclos de producción posteriores encuentren espacio, constituyendo así un boomerang destructivo. No hay mercancías producidas en el capitalismo que tarde o temprano no se vuelvan superabundantes con respecto a las salidas existentes; y cuando la mayoría de las mercancías entran en sobreproducción, la crisis está garantizada.

Así como la paz es, en la sociedad capitalista, el período de tiempo que va de una guerra a otra, el período de «recuperación económica», de «expansión» es el período que conecta una crisis con la otra. Para la burguesía, por lo tanto, dado que esta alternancia se viene dando desde hace más de ciento setenta años – en los que evidentemente habrá sacado alguna «lección» útil a su poder – la crisis de su sistema económico es también

(1) Cfr. D. Quammen, *Spillover. Infecciones animales y la próxima pandemia humana*, W.W. Norton & Company, Inc. 2012.

(2) Sobre las actividades de la Fundación Bill & Melinda Gates, véase «il Comunista» no. 166, diciembre de 2020, artículo titulado *Desigualdades y lucha de clases*, que también hace referencia a un escenario hipotetizado en 2010 por la Fundación Rockefeller siempre inherente a una pandemia y sus nefastas consecuencias a nivel mundial.

una *oportunidad* objetiva (naturalmente para las empresas más fuertes y para los Estados más poderosos) para eliminar del mercado a las empresas más débiles y una parte de la competencia, destruyendo masas cada vez mayores de medios de producción y de productos que obstaculizan los mercados, permitiendo así inaugurar nuevos ciclos de producción de mercancías; y es también un pretexto, dada la interrupción de la producción y el comercio, para la consiguiente paralización de fábricas y despidos relacionados, para reprimir las condiciones sociales del proletariado de las que teme su reacción. De hecho, toda crisis económica se refleja directamente en las relaciones sociales: se multiplican los cierres de fábricas, los despidos, aumentando así el desempleo y la incertidumbre, provocando tensiones sociales que también involucran a capas cada vez más amplias de la pequeña burguesía urbana y de zonas rurales arruinadas por una crisis que también cae pesadamente sobre sus cabezas.

La burguesía, para seguir dominando la sociedad a pesar de las crisis, no puede dejar de afinar todas las herramientas que le permitan incrementar el control social sobre las grandes masas, ¿y qué mejor pretexto puede encontrar, en una época en que los grandes Estados imperialistas no se enfrentan directamente, sino la «guerra» contra un «enemigo» invisible como un virus letal?

El Covid-19 ha jugado así un papel similar, si no más refinado, al peligro que representaba el terrorismo yihadista, un terrorismo con personas de carne y hueso, con sus símbolos identificables, con sus kalashnikovs y sus atentados, muy visibles. La persistente y generalizada campaña de miedo – verdadero terrorismo de Estado – que todos los gobiernos burgueses realizaron ante la rápida propagación de una pandemia que afectó a cientos de miles de personas en muchos países a la vez, fue un arma de propaganda excepcional que toda burguesía apoyó, exhibiendo hospitales atestados de enfermos y contabilizando un número cada vez mayor de muertos, justificando así la rápida adopción de toda una serie de medidas de control social que en tiempos «normales» habrían requerido infinitas dilaciones parlamentarias. No en vano, desde las primeras alertas sobre el peligro de la pandemia del Covid-19, no ha habido burguesía que no haya hablado de «guerra contra el virus». Restricciones, confinamientos, toques de queda y obligaciones de vacunación enmascaradas con la obligatoriedad de los pases verdes han tenido lugar, incluso en el ámbito laboral bajo el chantaje de la suspensión salarial a los no vacunados (o no «tamponados»); y la consecuente *militarización* de las ciudades que puso en marcha no solo a la policía y al ejército, sino también a los llamados «funcionarios públicos», desde hospitales hasta oficinas públicas, escuelas y, posteriormente, centros comerciales, bares, restaurantes, transporte público, cualquier lugar donde la gente se reúna por pasatiempos o entretenimiento. La tecnología adoptada para proporcionar a cada persona un QR o un código de barras no solo ha facilitado la identificación personal de cada persona por parte de las administraciones públicas (incluidos los fiscales y los policías), sino que ha permitido al Estado obligar a cada oficina pública, cada empresa, cada pequeño o gran empresario, organizar con personal propio el control de todos aquellos que quisie-

ran entrar, para trabajar, para consumir servicios, para comprar o para hobbies. Así, se ha creado una multitud de controladores sociales no remunerados, llamados a hacer cumplir las exigencias emitidas por el gobierno y, además, sujetos a sanciones si son sorprendidos por no haber verificado el «*green pass*» (pase sanitario) de los usuarios.

No sólo los hechos concretos, sino también la propaganda burguesa, demuestran que la prioridad para la clase dominante no es la salud pública, sino el interés económico-financiero y el control social. Por otra parte, no todo burgués lo ocultó: el objetivo siempre ha sido el de la superación de la crisis, el de la recuperación económica, para lo cual se dictaron todas las ordenanzas y decretos que hicieran falta. La sociedad burguesa, así como no previene los llamados desastres «naturales» (incendios, inundaciones, deslizamientos, etc.) que en cambio provoca en noventa y nueve de cada cien veces, y no previene las nefastas consecuencias de los verdaderos fenómenos naturales como los terremotos, ni siquiera previene las epidemias aun cuando conoce sus elementos patógenos. Lo hemos demostrado mil veces: **el capitalismo es la economía del desastre**; con los desastres es el beneficio capitalista quien gana y, en consecuencia, los poseedores de los medios de producción, es decir, los capitalistas que, por otra parte, nunca dejan de hacer la guerra para apoderarse de cuotas de mercado, de contratos, de territorios económicos, unos contra otros, unos con capital, otros con armamento, unos con medios de producción e intercambio, otros con influencia política y organizaciones sociales, unos con bandas paramilitares, otros con poder político y estatal, pero siempre dispuestos a aprovechar los «desastres naturales» para derrotar a los propios competidores...

Tenemos, pues, que ante una pandemia potencial como la del Sars-CoV2, la actitud de la burguesía transforma esta potencialidad en fuerza cinética; para hacer esto, en realidad, no espera a que estalle la epidemia, también porque no puede saber qué epidemia será, a menos que haya una fuga de virus o bacterias de los laboratorios donde se realizan investigaciones y diversos experimentos – pero sabe que la desorganización sistemática de la prevención actuará como base de apoyo para que la epidemia se propague y frente a la cual puede intervenir tanto a nivel económico para obtener ganancias fáciles que de otro modo no obtendría, como a nivel social, sometiendo a la población, y al proletariado en particular, a las exigencias más generales del control social burgués. Todo esto no quita que tal o cual gobierno burgués pueda ser sorprendido por hechos inesperados. Nuestra posición no es conspirativa, sino que se basa en una dinámica social que va más allá de la conciencia y el control real de la clase burguesa dominante sobre su propia sociedad. Las determinaciones materiales generadas por la sociedad burguesa moderna son tales que la burguesía, como argumentaba el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx-Engels, después de haber «*creado por arte de magia tan poderosos medios de producción e intercambio*», se asemeja «*al mago que ya no logra dominar los poderes del inframundo evocados por él*»; poderes del inframundo que no son más que un desarrollo extraordinario pero caótico de las fuerzas productivas, conservadas dentro de

los límites de formas de producción que, en cierto punto, se oponen a ese desarrollo, sumiendo en la crisis a toda la sociedad. La crisis sanitaria actual, así como las crisis sanitarias anteriores, son el resultado de factores económicos y de crisis económicas. La prevención no se hace sólo para conocer los fenómenos y sus desarrollos a los que se deben enfrentar; también se compone de medidas concretas con las que se protege eficazmente la vida social de los seres humanos, en su mayor parte, de las consecuencias nocivas de los fenómenos naturales que el hombre aún no es capaz de dominar. Es claro que, por otro lado, si las estructuras de salud pública existentes en un país se han reducido considerablemente para dar lugar a estructuras de salud privadas, y si toda la cadena de salud pública (desde el equipamiento hospitalario hasta el personal médico y de enfermería, pasando por cierta disponibilidad de todo lo necesario en cuanto a terapias intensivas y subintensivas, medicina local, etc.) ha sufrido recortes cada vez más notorios a lo largo de las décadas, ante una epidemia como la del Covid-19 que provoca miles de infecciones graves en muy poco tiempo, no sólo esas estructuras públicas estarán en crisis, sino que ellas mismas se convierten en lugares de muy fuerte contagio y mortalidad.

Pero una vez que se ha desatado la epidemia de un nuevo coronavirus y la salud pública ha mostrado su ineficiencia e ineficacia, ¿qué hace la burguesía dominante?

Apela al «enemigo invisible», a la necesidad de que todos los ciudadanos se adapten a las medidas que toma y tomará el gobierno porque el Estado es el único organismo que tiene la capacidad y la fuerza para centralizar todas las decisiones a diferentes niveles, salud, económicos, administrativos, políticos y militares. El llamado a la «unidad nacional» es ya un clásico; la burguesía toca el estribillo de siempre: el peligro afecta a todos, especialmente si es una epidemia... Naturalmente, en casos de este tipo, la ciencia está llamada a dar su precioso aporte, en términos de investigación, de terapias, de protocolos a seguir, de fármacos y por supuesto de las vacunas. Pero, como se ha demostrado desde el inicio de la pandemia, la ciencia burguesa y, con ella, el Estado, para servirla, se ha centrado directamente en las vacunas. Al arma propagandística del miedo a morir por un poderoso virus desconocido, se contrapuso otra arma propagandística, la de la vacuna, transformada en la única «prevención» posible. Sin entrar aquí en una disquisición médico-científica, es evidente que la burguesía necesita saber lo justo que le permita justificar las medidas económicas y sociales que toma y tomará para que la máquina productiva nacional y las ganancias vinculadas a ella sean capaces de recuperar su vigor. Tal como se comporta con los trabajadores que se enferman, intoxicados durante años en ambientes de trabajo nocivos, fatigados por jornadas y ritmos de trabajo muy pesados, para que vuelvan a trabajar lo antes posible tratando la mayoría de los síntomas con medicamentos que generalmente tienen efectos temporales, y poder seguir explotándolos para arrancarles esa plusvalía que es lo único que mantiene vivo el dominio burgués y el modo de producción capitalista; así se comporta la burguesía con la ciencia, en este caso médica, a la que pide soluciones rápidas y suficientemente eficaces al menos en un plazo breve, para poder

salir cuanto antes de la crisis económica que la pandemia ha agravado.

A lo largo del tiempo, ante epidemias virales o bacterianas, la investigación siempre ha necesitado probar fármacos en un gran número de seres humanos para establecer si estos fármacos hacen su trabajo o no; más aún si el fármaco es una vacuna. Los mismos virólogos, que en los últimos dos años se han convertido en estrellas de la televisión, argumentaron que se necesitaban al menos un par de décadas para encontrar una vacuna efectiva. Pero la presión de los intereses burgueses ha sido tan fuerte en los últimos años que cualquier investigación en este campo tenía que dar resultados en el menor tiempo posible. Y, nuevamente en interés de la burguesía, los mismos virólogos que primero expresaron dudas sobre las vacunas producidas demasiado rápidamente, luego defendieron la tesis de que la ciencia moderna, gracias a métodos avanzados de experimentación y gracias al enorme flujo de capital público y privado, pudo acortar los tiempos de investigación y producción de las vacunas milagrosas... De esta forma, los diez o veinte años necesarios para encontrar una vacuna eficaz, pasaron silenciosamente a poco más de un año...

La competencia entre potencias imperialistas se volvió tan aguda que ningún país deseaba permanecer en recesión por mucho tiempo: perdería no solo ganancias inmediatas, sino oportunidades de mercado cercanas y futuras. No en vano, la América de Trump acusó a China de haber retrasado deliberadamente la información que ya tenía sobre esta nueva epidemia de Sars-CoV2 para desarrollar al máximo sus negocios antes de que la epidemia se convirtiera en pandemia y obligara a otros países a detener su producción y su comercio con el resto del mundo... No en vano, la América de Biden siguió planteando la hipótesis de una fuga desde los laboratorios de Wuhan de este coronavirus, acusando a China de haber falseado el origen de la epidemia, de lavarse las manos en torno a las causas directas y rastreables de su evolución y propagación, dirigiendo la atención de la ciencia mundial sobre las zoonosis, sobre el salto de especie de animales salvajes al hombre a través del consumo humano de carne de animales salvajes... Todo sirvió, no importaba qué acusación era la correcta, para construir una campaña de miedo mundial, similar a las campañas de peligro de guerra mundial como las que se han montado durante la guerra ruso-ucraniana que lleva más de 8 años y que en los últimos meses se ha convertido descaradamente en una agresión de Moscú para apoderarse de otro pedazo de Ucrania después de Crimea y liberarla de la influencia militar euroamericana.

En verdad, la insistente campaña de miedo lanzada en marzo de 2020 fue acogida positivamente por gran parte de la población y del proletariado (salvo algunas huelgas que finalmente permanecieron aisladas y no funcionaron como mecha para una lucha más generalizada); así, llegado el momento, la burguesía pudo sustituir la campaña de miedo que duró dos años por una campaña que puso en primer plano la esperanza de salir del túnel gracias a la vacuna milagrosa. Milagrosa, porque en lugar de diez o veinte años, se necesitaron 10-12-16 meses para tener ya cientos de millones de dosis disponibles. Las principales farmacéuti-

cas del mundo, que evidentemente trabajaban en esta vacuna desde 2003 tras la aparición del primer Sars-CoV, se presentaron en escena con la «solución» a todos los males. Pfizer-BionTech, AstraZeneca, Johnson & Johnson, Moderna, etc., y con ello las vacunas chinas de Sinovac y Sinopharm y la rusa Sputnik, se han convertido en los protagonistas indiscutibles de la «batalla final» contra el Covid-19. El llamado a la unión nacional de todas las burguesías se ha fortalecido aún más en la medida en que la Unión Europea se ha declarado el único centro capaz de comprar y distribuir cientos de millones de dosis de la vacuna anti-Covid-19 a favor de los países miembros: la Unión Europea, como si esta fuera una multinacional con almacenes propios utilizados para el suministro, pero a un precio elevado, de las vacunas milagrosas...

LA CIVILIZACIÓN BURGUESA Y SU INEXORABLE PUTREFACCIÓN

¿Qué hicieron los gobiernos cuando apareció la nueva epidemia?

Cada gobierno se lanzó en busca del «paciente cero» de su país, sin éxito. En China se han ocultado al mundo los primeros infectados y las primeras muertes a causa del Sars-CoV-2; se spo a finales de diciembre de 2019 que se trataba, en realidad, de un nuevo coronavirus, denominado Covid-19. Muchos meses después se sabrá que este virus circulaba en China desde al menos septiembre de 2019; se había identificado en Wuhan, una gran ciudad industrial en la provincia de Hubei, ubicada en la confluencia del río Han con el río Azul; una metrópolis industrial de 11 millones de habitantes que abastece de mercancías a todo el mundo, en conexión permanente con Europa, América y por supuesto Asia. Como antaño, el Sars-CoV2, gracias a los muy frecuentes viajes comerciales que llegan a todo el mundo desde China, y en especial a las metrópolis occidentales, se ha extendido fácilmente por el planeta, trayendo consigo su carga viral y su carga mutante natural, útil para superar los diversos obstáculos que se interponen en el camino de su replicación. Es un virus que se propaga por el aire, por lo tanto menos detectable, menos controlable que muchos otros; y ama las grandes reuniones de invitados, las colonias de murciélagos en cuevas o las masas de humanos amontonados en las metrópolis.

Los virus son parásitos, viven y prosperan replicándose principalmente en animales, en su mayoría salvajes y, mediante el salto de especies, también pueden llegar a los humanos. El entorno natural ha sido su mundo durante miles de millones de años; aprendieron a sobrevivir pasando de un animal a otro, transformándose continuamente para poder sobrevivir y reproducirse. Y mientras el animal sea salvaje y siga viviendo en su medio salvaje, adaptándose a lo que le ofrece el medio específico en el que nace y se desarrolla, también es capaz de producir los anticuerpos necesarios para su inmunización; es la selección natural la que elimina a los ejemplares más débiles y a los que no encuentran el medio adecuado para su supervivencia. Sucede en el reino vegetal y en el reino animal, así como en el reino de los parásitos.

Pero el desarrollo milenario de las sociedades humanas ha roto el dominio absoluto del medio salvaje, modi-

ficándolo y reduciéndolo para dar cabida al medio social humano. Las sociedades divididas en clases que han marcado la historia del desarrollo social humano, al tratar de encontrar, continuamente, un equilibrio entre su propio desarrollo y el entorno natural, y teniendo que sufrir las fuerzas de la naturaleza como fuerzas dominantes, desarrollaron necesariamente sus propias fuerzas productivas que no podían dejar de trastornar, en diversos grados y parcialmente, el medio natural en el que actuaban. La fuerza disruptiva de la industria moderna con la que la sociedad capitalista se ha impuesto a nivel planetario, mientras por un lado, en pocos siglos, desarrolló sus fuerzas productivas como nunca antes, conquistando tierras, mares y cielos, llevando las habilidades y conocimientos técnicos del hombre a niveles antes desconocidos, por otro lado, y precisamente en virtud de las leyes de la ganancia capitalista como motor del desarrollo social burgués, estas mismas fuerzas productivas fueron orientadas en un volante que regularmente escapaba al control de las clases dominantes burguesas. La misma ambición humana de controlar las fuerzas de la naturaleza para beneficiarse de ellas para su propia supervivencia y bienestar – utilizándolas en la actividad industrial y agrícola, como el viento, el movimiento de las olas, la fertilidad del suelo o la extracción subterránea de minerales, metales, gases o hidrocarburos – en realidad chocaron con la organización económica y social fundamentalmente depredadora que el capitalismo ha llevado al máximo, para hacer que, tanto el medio ambiente humano como el entorno natural, sean cada vez más tóxicos y tendencialmente inhabitables.

La ciencia, es decir, el conocimiento de las leyes de la naturaleza de la que también forma parte el hombre, siempre, inevitablemente, se ha inclinado hacia los intereses de las clases dominantes, en toda sociedad dividida en clases, por lo tanto también en la sociedad burguesa. Es indiscutible que, en la época de la burguesía revolucionaria, la ciencia tuvo un desarrollo extraordinario; pero es igualmente indiscutible que las investigaciones y los resultados de la ciencia, en el curso del desarrollo del capitalismo que transformó a la clase burguesa de revolucionaria en conservadora y, finalmente, en clase reaccionaria, son investigaciones y resultados cuyo interés – y cuya propiedad física e intelectual – de ninguna manera es general ni está por encima de la división social en clases opuestas, sino que es exclusivamente capitalista, por lo tanto plegados a la ganancia capitalista. Como lo demuestra ampliamente el curso del desarrollo del capitalismo, la incesante industrialización de la producción y el intercambio tiene como objetivo potenciar el capital que se invierte en los diversos sectores económicos. El resultado, por lo tanto, no es sólo un límite que el capitalismo genera para sí mismo en términos de desarrollo de las fuerzas productivas, sino también un gigantesco y anárquico derroche de productos-mercancía y de fuerza de trabajo-mercancía ya que los ciclos de producción y distribución dependen de los mercados donde se colocan y venden las mercancías. Cuando las mercancías más diversas ya no encuentran salidas rentables en los mercados, es decir, ya no pueden venderse a precios que garanticen una tasa de ganancia media, los mercados entran en crisis, la sociedad burguesa en su conjunto entra en crisis y se enfrenta a un período de destrucción de las

fuerzas productivas (capital, mercancías y trabajo asalariado) que ella misma había desarrollado.

La ley de la ganancia abarca cualquier campo económico, cualquier actividad humana, desde la producción de mercancías hasta la reproducción de los hombres, y concierne a todos los campos de la vida social humana, por lo tanto también a la salud. La crisis, que en el capitalismo desarrollado es una crisis de sobreproducción – demasiadas mercancías que quedan sin vender, demasiados hombres sin salario que no pueden encontrar un trabajo para sobrevivir – se puede superar bajo dos condiciones: o la clase dominante burguesa aplica los medios más drásticos tales como eliminar las mercancías no vendidas, eliminar las actividades no rentables, en la producción, el comercio, los servicios, las instituciones (cerrar fábricas, obras, oficinas, almacenes y tiendas, hospitales, estaciones, despedir trabajadores y arrojar a la calle a una parte considerable de la población, manteniéndola, si es un país rico, con lo mínimo necesario para no morir de hambre), o enfrenta conflictos con las burguesías competidoras con medios de guerra, para arrebatarles los territorios económicos y los proletarios (los mercados de bienes y la fuerza de trabajo) para ser explotados en propio y exclusivo beneficio.

El conflicto bélico es, en efecto, una de las «soluciones» para las que se preparan todas las burguesías, y preparan ideológica, política y materialmente a su proletariado para regimentarlo en defensa de la «patria», en vista de aquellos periodos en el que los mutuos y contrastantes intereses en conflicto ya no son compatibles. En este sentido, la paz burguesa prepara la guerra burguesa; y la extensión de la guerra no depende de la voluntad de gobernantes más o menos sedientos de poder, sino de los efectos materiales (por lo tanto económicos, financieros, políticos y sociales) que producen las crisis del capitalismo. Toda «guerra» que libra la burguesía – de competencia económica, financiera, política y de propiedad intelectual privada como las patentes en cualquier campo, por lo tanto también en el campo farmacéutico – es una guerra que prepara a la burguesía para un conflicto armado.

Así como el capitalista controla su propia empresa y todos los que trabajan en ella, así el Estado burgués controla la vida social en general con los medios que le son propios: las leyes, el poder judicial, los tribunales, la policía, las prisiones, las fuerzas armadas. Donde no llegan las leyes, llega la policía o el ejército, pero su interconexión es alimentada por el interés que une a cualquier fracción burguesa: la defensa del poder burgués sobre la sociedad, la defensa de la economía capitalista y su modo de producción porque es en esta economía específica que la clase burguesa se ha vuelto dominante y puede seguir dominando. Las crisis económicas y las crisis bélicas destruyen mercancías, capitales, medios de producción y transporte, edificios, fábricas, redes viales y ferroviarias, puertos y aeropuertos, ciudades enteras, humanos por millones, arruinando sectores enteros de la población, pero no destruyen el modo de producción capitalista, no destruyen la sociedad burguesa y por lo tanto las relaciones de producción y de propiedad burguesas gracias a las cuales, después de los desastres económicos y sociales que arruinan sectores enteros de la población, después de los

desastres económicos y sociales producidos por las crisis y las guerras, el capitalismo recobra su «juventud», reconstituyendo ciclos económicos y financieros que inexorablemente conducirán a nuevas crisis y a nuevos enfrentamientos bélicos.

Por otro lado, ¿qué ha sucedido después de la Segunda Guerra Mundial? Durante los llamados treinta años de gran expansión económica posteriores a 1945, el capitalismo se desarrolló, sí, pero no sin crisis ni guerras; crisis locales y guerras locales, pero que, al final de un ciclo de expansión en el que han crecido los poderes de los viejos países imperialistas y la competencia entre ellos para apoderarse de viejos y nuevos mercados y en el que se han desarrollado nuevos poderes imperialistas ampliando el número de competidores imperialistas y, por lo tanto, aumentando los contrastes, terminó en una crisis mundial en 1975. Cada una de estas crisis, y la propia crisis mundial de 1975, han sido superadas por las burguesías de cada país con una serie de intervenciones socioeconómicas que las han unido en una especie de *autolimitación* que, como se argumenta en uno de nuestros escritos básicos de partido (*Fuerza, violencia y dictadura en la lucha de clases, 1946-48*) (3), «*lleva al capitalismo a nivelar la extorsión de la plusvalía en torno a un promedio*». Esta autolimitación consiste en la adopción de «*temperamentos reformistas defendidos por los socialistas de derecha durante muchas décadas*», reduciendo así «*los picos más agudos de la explotación patronal, mientras se desarrollan las formas de asistencia social material*» (léase: «*amortiguadores*» sociales, como medidas que calman las necesidades más apremiantes de las grandes masas). ¿Esta «autolimitación» en la extorsión de la plusvalía ha sido suficiente para alejar del horizonte burgués las crisis, las guerras, los contrastes interburgueses, las tensiones sociales, la lucha obrera? No, pero han permitido a los poderes burgueses rebajar las clásicas reivindicaciones de clase del proletariado, facilitando la labor de colaboración entre las clases que, como marxistas, sabemos que es la mejor arma en manos de la burguesía para debilitar el impulso de lucha y organización de clase de las masas proletarias.

Desde el punto de vista de las crisis periódicas en que se encuentra, se puede decir que el capitalismo, para desarrollarse y mantenerse vivo, necesita crisis, tanto más si son crisis de guerra, porque se elimina la sobreproducción, el mercado se «libera» de los bienes no vendidos, mientras que en el sector de la producción – y en consecuencia en el sector de la distribución – las empresas más fuertes resisten, las más débiles tienden a desaparecer o desaparecen definitivamente. Los capitalistas dan por sentado que la crisis de su economía traerá a las masas proletarias una crisis mucho más dramática de la que sufren. Desde su punto de vista ya han hecho su parte, autolimitando la extorsión de plus-

(3) *Fuerza violencia y dictadura en la lucha de clases*, publicado entre 1946 y 1948 en la entonces revista del partido, *Prometeo*, se encuentra en el texto núm. 4 del partido comunista internacional, partido y clase I; próximamente también se publicará su traducción al español y al francés.

valía al trabajo asalariado; los proletarios, por tanto, «deben» hacer su parte, es decir, aceptar los sacrificios que exige la defensa de la economía capitalista, en espera de la «reanudación económica» en la que podrán volver a la «normalidad» anterior a la crisis. Pero esta «normalidad» no es más que la expresión de una explotación que no se desvanece, por el contrario, una explotación que liga aún más la vida social del proletariado a la vida social de la burguesía, haciendo depender la vida de los proletarios de una colaboración social que llamamos precisamente colaboración de clase, en la que los intereses específicos de la clase proletaria se confunden totalmente con los intereses de la clase burguesa, al punto de ser irreconocibles. Entonces, por el bien del país, la economía nacional, la economía corporativa, la democracia, los sacrificios requeridos e impuestos a la clase proletaria representan lo que le debe a la sociedad burguesa para tener acceso a las redes de seguridad social, para tener un trabajo, para poder sobrevivir. La visión de la burguesía no cambia, con crisis o sin ellas.

¿Cómo encaja el tema de la pandemia y la salud en todo esto?

En la sociedad burguesa, si bien la clase dominante separa y divide un sector de actividad de los demás, una familia de las otras, un individuo de todos los demás, considerando la sociedad como un solo grupo «humano» en el que cada uno de sus miembros tiene la posibilidad de ser excelente y superarse, de encontrar «el propio camino», de realizar los propios deseos; en una sociedad donde la dominación material real está dada por el modo de producción capitalista sobre la base del cual la sociedad se ha dividido no en muchos individuos diferentes entre sí, sino en clases sociales con intereses de clase totalmente antagónicos, toda cuestión es una cuestión *social*. Desde entonces, con el capitalismo la producción material se desarrolla a través del trabajo asociado, y mediante la creación de masas de trabajadores asalariados, sometiendo a toda la sociedad a relaciones de producción y de propiedad burguesa caracterizadas por la posesión totalitaria de los medios de producción y de cambio por parte de los burgueses y de la posesión de solamente la fuerza de trabajo por parte de la clase proletaria, cada problema, cada cuestión es una cuestión *social*. Por ello, la burguesía, en su relación con la clase del proletariado, no deja nada al azar. En esta relación, como en toda relación social, rige la ley de la fuerza. Por la fuerza, la clase burguesa impuso su poder derrocando los poderes de las clases dominantes anteriores; esa fuerza, desde el punto de vista histórico, era una fuerza revolucionaria y el proletariado ya existente, aunque todavía no políticamente independiente, era uno con la burguesía contra el feudalismo en Occidente, contra el despotismo asiático y la esclavitud en Oriente. Por la fuerza la burguesía ha impuesto sus leyes, ha doblegado el mundo a su poder de clase, ha creado una sociedad a su imagen y semejanza. Por la fuerza mantiene el poder político y económico sobre la sociedad a pesar de que el desarrollo del capitalismo ha perdido por completo su poder revolucionario, transformándolo en un poder reaccionario. Y una de las demostraciones de este poder reaccionario se encuentra precisamente en la ciencia que se ha conformado completamente a los intereses de la clase dominante. Por otra parte, todo lo que va bajo los nombres de civiliza-

ción, cultura, valores, ideales, no es más que la expresión de los intereses de clase de la burguesía, intereses que conducen a todo descubrimiento técnico y científico, a todo impulso de reconsideración y crítica, los valores grabados en las leyes y constituciones existentes, todo intento de cambiar las relaciones sociales y la relación con la naturaleza, al nodo central de la sociedad: ¿cómo enfrentar y superar las contradicciones cada vez más agudas que se manifiestan en la sociedad burguesa poniéndola sistemáticamente en crisis?

La respuesta se sabe desde que el marxismo definió el curso histórico del desarrollo de la sociedad burguesa como un curso histórico marcado por un comienzo y un final, un curso histórico que pasa por una larga fase revolucionaria, una igualmente larga fase de conservación y una fase de reacción – por tanto, lo contrario de todo progreso humano – cuya duración depende de esa lucha de clases que los mismos burgueses descubrieron por primera vez: la lucha entre la clase burguesa, dueña de todo, y la clase proletaria dueña únicamente de la fuerza de trabajo, sin cuya explotación la burguesía no tendría el poder que tiene y el capitalismo entraría en crisis mortal. En conclusión, es a través de la lucha de clases del proletariado que es posible enfrentar y resolver todas las contradicciones de la sociedad burguesa; una lucha que sólo puede apuntar al poder central, al poder político con el que la clase burguesa domina la sociedad y defiende su dominación social. Pero las enormes contradicciones que emergen en el manejo de la salud pública en todo país capitalista avanzado demuestran que el antagonismo de clase entre la burguesía y el proletariado no es un hecho episódico, mucho menos una invención de los comunistas, sino la característica de las relaciones sociales en la sociedad burguesa. Incluso durante la pandemia trascendió que las muertes concernían en la abrumadora mayoría de los casos a miembros del proletariado y del populacho, ya afectados por patologías previas y por lo tanto ya debilitados ante tan letal enfermedad. De hecho, no es casualidad que la salud pública, dedicada en la mayor parte de sus servicios a la población y al proletariado, sea sistemáticamente debilitada en favor de la sanidad privada dedicada con sus servicios retribuidos sobre todo a la mediana y gran burguesía.

Si la civilización burguesa ha de ser evaluada por el grado de eficiencia en la prevención de enfermedades por parte de la salud pública, es fácil decirlo: es la civilización de la enfermedad y la muerte, no de la vida...

LA CRISIS SANITARIA FORMA PARTE DE LA CRISIS ECONÓMICA CAPITALISTA

Los años de la pandemia del Covid-19 han sido sin duda años de crisis social y económica. En realidad, la crisis sanitaria se ha superpuesto a una crisis económica ya en curso, agravándola, convirtiéndola en una crisis económica a nivel mundial. En todos los países, con la reducción del PIB de varios puntos bajo cero, se ha producido inevitablemente la eliminación de diversas empresas, especialmente pequeñas y medianas, y de muchos puestos de trabajo, lo que ha agravado la situación social de las masas proletarias que ya afrontaban el trabajo precario y el trabajo ilegal, aumentando considerablemente el desempleo; y nada podían hacer los go-

biernos, como en Italia, que declaraban el bloqueo de los despidos solo por el período considerado de «emergencia»... A dos años de las restricciones sociales justificadas por la pandemia, las estadísticas burguesas registran los puntos positivos de la reanudación económica y la más que floreciente tendencia de las bolsas de valores en todo el mundo; una tendencia que ninguna institución burguesa tiene el coraje de dar por cierta por demasiado tiempo. Demasiados contrastes se han acumulado en los últimos treinta años, demasiadas guerras locales que han involucrado directamente a las grandes potencias imperialistas, han provocado desastres materiales y humanos, con migraciones masivas que se han derramado sobre los países de opulencia capitalista, desde Estados Unidos hasta Europa occidental, tratando de evitar los disparos de los guardias fronterizos y los muros levantados en las fronteras, impiden pensar en un futuro de paz y bienestar. Mientras tanto, la opulencia capitalista no puede ocultar el aumento de las muertes en el trabajo, el aumento de la precariedad laboral y del desempleo, especialmente de los jóvenes, las mujeres y los mayores de 50 años, y el abaratamiento real de los salarios frente al alto costo de la vida.

La crisis social generada por la pandemia, sin embargo, permitió que el poder burgués adoptara rápidamente, casi siempre sin pasar por largas discusiones parlamentarias, toda una serie de medidas destinadas específicamente a acostumar a la población, y al proletariado en particular, a obedecer las órdenes dictadas por el gobierno. Estas medidas, al bloquear el movimiento de las personas y la posibilidad de reunirse, obligándolas a realizar toda una serie de actos individuales, aislando materialmente a cada persona de la vida social – salvo a los asalariados de los sectores económicos considerados «esenciales», que en cambio tenían que ir a trabajar aunque en condiciones de total inseguridad – y que, al someterlos a una campaña de miedo llevada diariamente a todos los hogares a través de los más diversos medios de comunicación, de la televisión a la radio, del papel a los medios informáticos, fueron aterrorizados ante la sola idea de reunirse con familiares y amigos, eran medidas destinadas a un control general y selectivo de toda la población, como lo demuestra fácilmente la posterior imposición de vacunas y pases sanitarios. Y, mientras las empresas farmacéuticas que han fabricado las distintas vacunas adoptadas por miles de millones en dosis especialmente en países industrializados – y más allá de su efectividad no solo para no matar al Covid-19, sino también para prevenir reacciones adversas a corto y largo plazo – han acumulado en solo dos años ganancias gigantescas, lo cierto es que, salvo algunos episodios aislados, las burguesías de todos los países han elogrado evitar tener que hacer frente a tensiones sociales que podrían haber llevado a la lucha a masas muy numerosas de proletarios afectados por el desempleo, la precariedad laboral y la precariedad vital en general, incluyendo la discriminación social en materia de atención médica.

En ausencia de organizaciones proletarias clasistas de defensa inmediata, esto es, en ausencia de luchas de clase del proletariado, no se podía esperar una respuesta general de signo *proletario* a esta ulterior y generalizada presión social. Los proletarios que han tratado de rebelarse contra estas restricciones y este control social

– en virtud del trabajo oportunista realizado durante décadas por el colaboracionismo sindical y político, y dado el aislamiento real en el que siempre se han encontrado los proletarios combativos que han luchado fuera de las directivas del esquirolaje sindical – fueron atraídos por los movimientos interclasistas que, caracterizados por consignas como «no vax», «no vacunación obligatoria», «no green pass», aupaban la protesta ya que sus actividades comerciales, artesanales o de pequeña industria se vieron afectadas por las medidas gubernamentales, arriesgándose así a perder sus privilegios sociales.

No hay que olvidar, en efecto, que la burguesía tuvo, después de todo, una tarea bastante fácil al imponer un control social reforzado, porque el control social ya existía desde hace algún tiempo y es el que vienen ejerciendo desde hace décadas, en nombre del poder burgués, los sindicatos colaboracionistas y los partidos reformistas. A los proletarios de los países capitalistas avanzados se les brinda la posibilidad de acceder, como hemos mencionado, a un castillo de amortiguadores sociales que, en principio, los defiende de caer repentinamente en la miseria y el hambre. Este hecho alimenta fuertemente la colaboración de clases; una colaboración que necesita mediadores reconocidos por ambas partes, o al menos mediadores capaces de garantizar a los proletarios, pero sobre todo a las capas proletarias mejor pagadas, una defensa de sus pequeños «privilegios» frente a la masa de proletarios, tanto indígenas como de otras nacionalidades, que en cambio están a merced de la precarización, el trabajo ilegal, las contrataciones ilegales y el desempleo. Y es indiscutible que el clima social generado por la pandemia, y por el uso que la clase burguesa dominante ha hecho de la pandemia, ha bloqueado aún más el empuje proletario a organizar una respuesta en el terreno de la lucha por sus intereses inmediatos, rebelándose contra las medidas que aplastaban a los proletarios en la impotencia general.

Está claro para todos que los intereses de cada capitalismo nacional han chocado con los intereses nacionales de todos los demás Estados, más allá del interés común europeo de proporcionar a cada país miembro de la Unión Europea las dosis de vacuna consideradas indispensables para vacunar a una parte suficientemente importante de la población y, en particular, someter al proletariado a la vacunación obligatoria a través del chantaje para acceder al lugar de trabajo, a la exhibición del *green pass*. De hecho, cada Estado ha tomado decisiones y medidas diferentes, pero siempre de acuerdo con la continuidad de la producción y los intercambios en los mercados internacionales, siempre atentos a la competencia capitalista que nunca ha desaparecido, sino que en cierta medida se ha agudizado.

LA PEQUEÑA BURGUESÍA Y EL INTERCLASISMO, LINFA DE LA COLABORACIÓN DE CLASES

Ha habido rebeliones y protestas contra las medidas restrictivas de los gobiernos y en particular contra la obligatoriedad de vacunación y el *green pass*, identificados como dos imposiciones insostenibles a la tan proclamada «libertad individual», sí, pero de carácter interclasista. El interclasismo es una política típicamente pe-

queñoburguesa con la que la pequeña burguesía busca ganar a las masas proletarias para su causa. El interclasismo es el alma de la colaboración de clases, porque a través de él se trata de empujar a los proletarios a asumir como suyos la defensa de los privilegios sociales de la pequeña burguesía y, a través de ella, los intereses generales de la burguesía dominante. El cebo utilizado por la pequeña burguesía para involucrar a los proletarios en su defensa consiste en la idea de que los privilegios sociales que poseen los pequeños burgueses también pueden ser conquistados por los proletarios; privilegios sociales que se pueden resumir esencialmente en reservas materiales (bienes inmuebles, terrenos, letras del Tesoro, cajas de ahorro, seguros, etc.), que se sumarían a esa especie de «garantías sociales» que representan los amortiguadores sociales.

Esto no quiere decir que la pequeña burguesía no tenga intereses inmediatos que muchas veces contrastan con los de la gran burguesía, porque la actividad industrial, agrícola y comercial de las pequeñas y medianas empresas depende de bancos, instituciones financieras y del espacio que la gran industria, el gran comercio, las grandes empresas en general dejan a las pequeñas y medianas empresas; espacio y «libertad» de producción y comercio legal que, si bien se reduce abrupta y dramáticamente a cada crisis económica, abre un «espacio» diferente para la producción y el comercio ilegales. En la historia del capitalismo, la pequeña burguesía siempre ha tenido que sufrir periodos de ruina durante las crisis económicas y financieras y, sobre todo, durante las crisis de guerras, especialmente si estallan en su propio país; los pequeños burgueses arruinados se precipitan irremediabilmente en la proletarización; al perder o reducir sustancialmente una gran parte de sus reservas materiales, deben sobrevivir vendiendo su fuerza de trabajo como se ven obligados a hacer los proletarios. Por supuesto, gracias a su profesionalidad, su nivel de educación y sus trabajos anteriores difícilmente terminan siendo trabajadores no calificados o mandaderos; al encontrar empleo, les es más fácil incorporarse a las filas de esa «aristocracia obrera» ya abundantemente presente en todos los países capitalistas avanzados, o a las filas de las organizaciones criminales. Queda el hecho de que, aunque caigan en la proletarización, los pequeños burgueses traen consigo hábitos, prejuicios, creencias, actitudes que siempre los han caracterizado y en los que basan su esperanza de volver – después del brutal periodo de la crisis – a sus privilegios sociales precedentes. Por supuesto, como sucede en toda crisis económica y social, y como sucede con la gran burguesía, hay grupos de la pequeña burguesía que se benefician con la crisis (en el mercado negro o con la usura) y este hecho constituye una esperanza concreta para aquellos que, en cambio, se han arruinado de inmediato.

La pequeña burguesía es el estrato social que más fluctuaciones sufre en la sociedad tanto en términos de bienestar económico y social como en términos ideológico-culturales-políticos; por su interés económico y social, al estar dotada de reservas materiales, y por su posición social y su vida integrada a los mecanismos económicos y sociales del capitalismo, *debe* su bienestar al dominio burgués sobre toda la sociedad y, sobre todo, a la explotación del trabajo asalariado del que tam-

bién es beneficiario. Sólo cuando la crisis económica arruina su posición social, precipitándola en la proletarización, se ve obligada a saborear lo que significa no ser más un «jefe», sino verse obligado como individuo a vender su fuerza de trabajo a un jefe que, con la crisis, no cae en desgracia.

La pequeña burguesía, en la jerga paternalista de la gran burguesía, es también llamada *clase media*, porque su posición en la estratificación social burguesa se sitúa precisamente entre la gran burguesía, la clase dominante y la clase obrera asalariada. Es un estrato social, en efecto, que proporciona a la sociedad burguesa y a sus instituciones, tanto públicas como privadas, la masa de burócratas e intermediarios de los servicios públicos a todos los niveles, en la industria, la agricultura y los servicios, en los ámbitos económico, financiero, cultural, político, administrativo, religioso, deportivo, militar. El hecho de que todos los mecanismos económicos y sociales de la organización social burguesa funcionen en la posición de quienes los manejan en nombre del capital le da al pequeño burgués la ilusión de ser indispensable para la sociedad, su orden, su buen funcionamiento y su desarrollo; a cambio exigen, sobre todo del Estado, privilegios, protección y defensa de su posición social. Cuando los privilegios, la protección y la defensa de su bienestar privado se pierden por la crisis económica, los pequeños burgueses recurren a las autoridades para que no olviden el servicio social que realizan, y si las autoridades hacen oídos sordos, empiezan a ladrar, a gruñir, se rebelan, organizan protestas y buscan aliados, casualmente en los proletarios porque los han visto tantas veces golpear y chocar con la policía, y reconocen en ellos una fuerza que la pequeña burguesía, acunada en un bienestar individual que la elevaba socialmente, no posee.

Para el marxismo la pequeña burguesía es una *semi clase*, no tanto porque su posición social se encuentre entre las dos clases principales de la sociedad, la gran burguesía y el proletariado, sino sobre todo porque no tiene un interés social e histórico claramente diferente al de la dos clases principales de la sociedad. Socialmente, es parte de la burguesía, y defiende las relaciones de producción, intercambio y propiedad del capitalismo de las que deriva sus privilegios sociales, pero los efectos de las contradicciones sociales de la sociedad burguesa y sus crisis la despojan de sus privilegios sociales, lo precipitan en las condiciones del proletariado con el que se ve obligado a compartir condiciones materiales, pero no comparte en absoluto intereses de clase. Oscila, por lo tanto, entre la ambición de mantener y mejorar su posición social de propietario y pequeño capitalista y la condición de proletario sin reservas tras haber sido arruinado por la crisis económica. Esta fluctuación también repercute a nivel ideológico y político, empujándola, según la situación histórica, a abrazar la causa de la gran burguesía o la causa del proletariado. Los hechos históricos han demostrado que sólo en un caso algunas capas de la pequeña burguesía abrazan la causa proletaria, aunque no para siempre: cuando la lucha de clase revolucionaria del proletariado muestra la posibilidad real de derrocar el poder político burgués, su Estado con todas sus instituciones, convirtiéndose en sí misma la clase dominante. En esta situación particular, el poder proletario, al derrocar toda una serie de medi-

das sociales burguesas que afectan tanto al proletariado como a la pequeña burguesía, muestra a la pequeña burguesía la necesidad de apoyar al poder proletario, o al menos en no tomar partido abiertamente del lado de la reacción burguesa; y no hay duda de que el terrorismo que el poder proletario aplica contra la clase burguesa y sus intentos de restauración es un disuasivo concreto incluso para grandes sectores de la pequeña burguesía que, incluso en la situación de victoria revolucionaria del proletariado, como lo demuestra la Comuna de París y, sobre todo, el Octubre ruso de 1917, tienden a apoyar a la clase burguesa en sus intentos de resistencia y restauración; por tanto esta semi clase constituye, en general, un enemigo de la clase proletaria, más allá de los elementos individuales que cruzan la fosa que los separaba de los intereses de clase del proletariado.

La pequeña burguesía, golpeada por la crisis económica, y en un período de ausencia de la lucha de clase del proletariado, siente estar automáticamente en el centro de la protesta, asumiendo en cierto sentido la dirección de las protestas contra el Estado que no la protege, como quisiera, de los efectos más duros de la crisis. Las protestas en los más diversos sectores necesitan símbolos suficientemente genéricos y consensuales para poder agregar a los pequeños burgueses que normalmente andan en sus asuntos personales, en competencia unos con otros, siempre dispuestos a aprovecharse de las desgracias de los demás. De esta manera se entiende por qué nacieron y se desarrollaron movimientos de protesta contra el aumento del costo de los combustibles, o bien para elevar los precios de ciertas materias primas para la industria alimentaria como la leche, o contra el aumento repentino del costo de la electricidad como sucedió en este período en el que estalló la guerra ruso-ucraniana. Los pequeñoburgueses, aunque golpeados y arruinados por la crisis económica, están demasiado apegados a la propiedad privada y a los privilegios sociales que se derivan del dominio del capital sobre el trabajo asalariado, como para no esperar recuperar su posición social una vez superada la crisis económica; por eso nunca abandonarán la esperanza de volver a sus condiciones de antes de la crisis económica, y es por esta esperanza, y por esta ilusión de muchos de ellos, que generalmente apoyan políticas encaminadas a la «reanudación económica» porque en este renacimiento ven la recuperación de su antigua posición social. Lo mismo ocurre también en la situación en la que sus privilegios sociales se han visto afectados por las severas restricciones (desde confinamientos hasta toques de queda y pases sanitarios) que los gobiernos han aplicado en este largo período de pandemia del Covid-19.

Las protestas y movimientos de calle contra el green pass y la obligatoriedad de la vacunación que el pase enmascara, tenían como principal objetivo la «libertad de circulación de las personas», la libertad de comerciar, de viajar, porque estas «libertades» permiten todas las actividades relacionadas a que prospere la producción y el comercio a pequeña escala. Gritar a la libertad individual violada, agitar la gran palabra de la *libertad*, sirvió y sirve sobre todo para fines mucho más prosaicos: si no entran los consumidores, entonces comercios, restaurantes, hoteles, la tienda, el restaurante, el hotel, la agencia de turismo, las agencias de viajes cie-

rran, y la actividad pequeñoburguesa asociada a ellos simplemente se cancela. La libertad, tanto para la gran burguesía como para la pequeña burguesía, no es otra cosa que la libertad de comerciar, la libertad de llenarse los bolsillos de dinero, la libertad de mantener y ampliar la propiedad privada de los bienes raíces, la tierra, el capital, todas libertades que se basan en la explotación del trabajo asalariado, ya sea directa o indirectamente. Nada que ver con la emancipación social reivindicada por el proletariado en términos de clase, encaminada a dejar de depender la vida cotidiana de todo ser humano del mercado, de la producción de mercancías, de su intercambio y, por tanto, del capital.

EL ARDUO Y LARGO CAMINO DE LA REANUDACIÓN DE LA LUCHA DE CLASES

Durante décadas, el proletariado ha compartido con la pequeña burguesía la ilusión de poder mejorar su condición social aprovechando los mismos mecanismos económicos y políticos que utiliza la gran burguesía. Abrumados por el miedo a enfermarse, perder el trabajo, morir de Covid-19, la gran mayoría de los proletarios se han adaptado a las medidas que han impuesto los gobiernos. Incluso cuando el poder burgués, como en Italia, ha llegado a chantajear abiertamente a los proletarios obligándolos a presentar el pase verde para acceder al puesto de trabajo, lo que significaba la suspensión del trabajo y del salario, los proletarios no han encontrado fuerzas para reaccionar, y luchar (salvo algunos hechos aislados, como el intento de huelga de los estibadores de Trieste, que fracasó inmediatamente porque no utilizó los métodos y medios de la lucha de clases; por ejemplo, al trabajo ingresaban todos los que no adherían a la huelga). No sólo los grandes sindicatos tradicionalmente colaboracionistas han abrazado al mil por ciento el chantaje del gobierno, sino que también los llamados sindicatos alternativos, los llamados «combatientes», se han doblegado vergonzosamente a las órdenes emitidas por el gobierno exigiendo, como máximo, que los tampones para los trabajadores que no querían vacunarse fueran gratuitos.

Sin organizaciones de *clase*, *independientes* de los poderes burgueses y de la política colaboracionista, el proletariado nunca podrá luchar eficazmente contra las medidas anti obreras y el chantaje, tanto del Estado como de los patrones. Pero la organización de clase sobre el terreno de la defensa inmediata nace sólo del empuje de la lucha obrera, empuje que no nace frío, sino que se genera por una situación social en la que las condiciones generales de la clase proletaria se vuelven insostenibles y en que la burguesía dominante – ella misma muy seriamente afectada por la crisis de su sistema económico y por la competencia de las burguesías extranjeras – ya no es capaz de satisfacer todas las necesidades elementales de la vida de las grandes masas proletarias. Mientras la clase dominante burguesa tenga la posibilidad, y la voluntad, de devolver una parte de la riqueza acumulada a la explotación del trabajo asalariado, para satisfacer las necesidades más urgentes de las grandes masas, el proletariado, que durante generaciones ha aceptado la defensa de la economía nacional, de la democracia, de las condiciones sociales en las que de hecho le está prohibido vivir, y que durante generacio-

nes se ha acostumbrado a utilizar medios de protesta y de lucha que ni siquiera rasguñan los intereses generales y particulares de los capitalistas y de los sectores políticos de los que son sus voceros, siempre será una clase impotente, se parecerá cada vez más a las clases medias pequeño burguesas que hacen mucho ruido, pero no cambian nada.

Ante la situación generada por el Covid-19, los países capitalistas más avanzados han enfrentado la crisis sanitaria y la crisis económica conexas no solo con medidas restrictivas excepcionales, sino también invirtiendo miles de millones de dólares, euros, yenes, yuanes, rublos, tanto para amortiguar las penurias económicas de las empresas y, al menos, de los trabajadores, para dotarse de vacunas para la gigantesca campaña mundial de vacunación lanzada como arma decisiva para luchar y ganar la batalla al Covid-19, y para aliviar las situaciones más graves en las que han caído empresas y trabajadores. Este gigantesco flujo de dinero, decidido por Washington, la Unión Europea, Tokio, Pekín y seguramente también Moscú, le dio la idea a su propia población, y por tanto también al proletariado, de que el Estado no sólo *puede* intervenir en situaciones de profunda crisis, y no sólo interviene para salvar a los bancos y las empresas más importantes, sino que puede *decidir* intervenir en beneficio de toda la... comunidad nacional.

La aceptación por parte de las masas proletarias de soportar severos sacrificios en tiempos de crisis económica y en el periodo de la última crisis sanitaria – crisis que ha afectado especialmente a las masas trabajadoras de todas las edades, no sólo en términos de desempleo y precariedad, sino también de muertes en el trabajo y muertes por Covid-19, mientras que la muerte de los mayores de 70 años se llevó a decenas de miles de pensionistas, ahorrando así al Estado miles de millones de euros en pensiones que ya no pagará – es el resultado no de una decidida participación de los proletarios en la defensa de una sociedad que en la realidad cotidiana demuestra poner la vida humana en el último lugar de sus preocupaciones, sino de un largo trabajo de oportunismo y de forzada colaboración interclasista por parte de las fuerzas de la conservación social quienes tienen la tarea de influir y controlar a las masas trabajadoras en nombre del capital; las fuerzas de conservación como los partidos políticos llamados de «izquierda», otrora los llamados partidos «obreros», como los sindicatos que de «obreros» no tienen más que el carné de inscripción, o las asociaciones religiosas o parareligiosas que se dedican al confort de esa parte de humanidad que es regularmente marginada por la sociedad burguesa, etc.

¿Por qué la burguesía de cada país, después de ser sorprendida por la pandemia del Sars-CoV-2, hizo lo imposible para aumentar el control social disfrazado de control sanitario en poco tiempo?

Las crisis económicas de los últimos treinta años han agravado la situación social en todos los países capitalistas avanzados, aumentando enormemente las desigualdades sociales y, con ello, el peligro de tensiones sociales incontrolables. En un momento, parte de los efectos negativos de las crisis económicas de los países imperialistas fueron desviados a las colonias y a los países de la periferia del capitalismo; desde el derrumbe del imperio ruso y el acentuado desorden mundial que siguió, las burguesías imperialistas saben que en su futu-

ro cercano enfrentarán conflictos cada vez más agudos y graves a nivel mundial, hasta que las soluciones militares tendrán la tarea de «reordenar» el mundo según los intereses de los imperialismos más fuertes; ya pasó con la primera guerra imperialista mundial y con la segunda, no será diferente con la tercera guerra imperialista mundial para la que las burguesías de todos los países se vienen preparando desde hace tiempo.

El más amplio control social es parte de esta preparación burguesa para la guerra, porque llegado el momento, el mayor peligro para el orden burgués – en cualquier país que forme parte de los bloques de guerra opuestos – sólo puede provenir del proletariado, de su lucha no sólo contra la guerra en general, sino contra la *guerra imperialista* en particular y no como lucha pacifista, sino como lucha de clase. Sin las generaciones proletarias de los últimos setenta años, debido a la total tergiversación del marxismo provocada por el estalinismo y sus variantes posteriores, no han asimilado las lecciones de los primeros veinte años del siglo XX derivadas del formidable movimiento revolucionario europeo que desembocó en la revolución de Octubre de 1917 y en la instauración de la abierta dictadura del proletariado en Rusia, es aún más difícil para las actuales generaciones de proletarios aprender esas lecciones. Tomará algún tiempo, pero el desarrollo de las contradicciones y crisis burguesas constituirá la base para el renacimiento del movimiento de clase proletario en la medida en que los proletarios retomen la lucha en su terreno de clase, ese terreno en el que se expresa abiertamente el antagonismo de clase anti burgués, en la que los impulsos sociales materiales de supervivencia harán avanzar a los grupos de proletarios más conscientes y combativos al terreno de la ruptura social que, en pocas palabras, será la ruptura de la colaboración entre clases, arrastrando tras de sí al resto de las masas. Pues bien, esto es exactamente lo que la clase dominante burguesa trata de impedir, como trata de impedir, tanto a través del trabajo contrarrevolucionario capilar de las fuerzas del oportunismo y del colaboracionismo, como de la corrupción económica y política y la represión, la constitución del partido de clase. La burguesía sabe bien que sin una dirección política sólida y férreamente disciplinada, con objetivos históricos claros y fijos – por lo tanto sin el partido de clase – el proletariado estará condenado a derrochar sus poderosas energías y volverlas contra sí mismo y sus intereses de clase, como trágicamente sucedió particularmente en Alemania entre 1918 y 1923. De esa tragedia no sólo el partido de clase, que representamos hoy, aunque en forma embrionaria, ha sacado lecciones indispensables para el desarrollo y la victoria del movimiento revolucionario por venir, sino que también las ha aprendido la burguesía que sabe que no basta con derrotar al proletariado en las batallas callejeras y desviarlo hacia los atolladeros de una falsa democracia «obrera», sino que debe derrotar a su partido de clase, corromperlo, diezmarlo, reprimirlo en todos los sentidos para que no tenga la posibilidad de conducir el movimiento proletario, en el periodo en que levantará la cabeza, a la victoria en su guerra de clase.

La experiencia derivada de este periodo de pandemia, que ha afectado particularmente a los países capitalistas avanzados – mientras que los países de la perife-

ria del imperialismo fueron sistemáticamente golpeados no solo por pandemias, sino también por guerras devastadoras –, enseña que la burguesía no deja nada al azar, que está siempre dispuesta a utilizar todos los instrumentos económicos, políticos y sociales útiles para encauzar al proletariado en las mallas de la colaboración entre clases. Combina la democracia formal con la democracia fascista, esa especie de centralización política sustentada en una «unidad nacional» consistente y forzada – por ahora no obtenida por la fuerza de las armas – para la cual el control social aparece como una medida necesaria en beneficio de toda la población, y para la cual es indispensable la participación directa del proletariado (¡los trabajadores hacen su parte!, como dicen no solo los gobernantes, sino también los dirigentes políticos y sindicales oportunistas). Y, gracias a esa «unidad nacional», todo gobierno justifica cada vez más el control social como método político necesario para hacer frente a todo tipo de crisis, tanto la sanitaria por el Covid-19 como la económica por el taponamiento general de los mercados, y como la de la guerra como la de hoy entre Rusia y Ucrania, demostrando que la unidad nacional no es necesaria para superar y anular las crisis que jalonan todo el curso de desarrollo del capitalismo y que se han agudizado en la era del imperialismo, sino para enfrentarlas fortaleciendo las potencias burguesas ya más fuertes, aumentando los conflictos derivados de una competencia mundial cada vez más agresiva y empujando a cada burguesía a prepararse, política, económica y militarmente, para guerras aún más devastadoras que las que ya han tenido lugar. La unidad nacional bajo un régimen burgués no aleja el conflicto bélico, lo acerca.

UNA MIRADA AL FUTURO

Los virólogos afirman que los virus – por lo tanto también este coronavirus Sars-CoV-2 – pierden su carga letal al cabo de cierto tiempo e incluso después de exterminar a millones de seres humanos (principalmente por culpa de los hombres y su organización social, añadimos), y gracias a la famosa «inmunidad de rebaño», se reducen a una vitalidad controlable y tratable. Lo que queda de las epidemias en la experiencia humana es ciertamente un mayor conocimiento de ciertos patógenos, pero, dados los intereses económico-políticos de la clase dominante burguesa, lo más importante para la burguesía es, por un lado, la posibilidad de poner a funcionar la máquina del beneficio capitalista al máximo aprovechando las crisis sanitarias (y las gigantescas ganancias acumuladas por las grandes farmacéuticas son un ejemplo llamativo), por otro lado la necesidad de incrementar el control social sobre todo si las fuerzas tradicionales del oportunismo están agotando su carga letal contra los intereses de clase del proletariado.

La situación que se vislumbra en el futuro próximo para el proletariado, un futuro lleno de factores de crisis y de ataques a sus condiciones de existencia, es de las más difíciles precisamente porque tiene que reconstituir desde cero su fuerza social de *resistencia* a la presión capitalista y de *lucha* contra todas las fuerzas sociales desplegadas en defensa del capitalismo, del Estado burgués, del orden burgués.

La clase proletaria posee una fuerza histórica potencial de la que no es consciente; cuanto más logra la burguesía influir en él y organizarlo en la colaboración entre clases, más se aleja el proletariado del momento en que su fuerza histórica *potencial* puede transformarse en una fuerza histórica *cinética*. La lucha de clase no es una prerrogativa del proletariado; en la sociedad capitalista la clase burguesa es la clase que ha comenzado a luchar contra el proletariado para que no se convierta en una clase en el sentido histórico, es decir, una clase que, representando el verdadero motor del desarrollo de las fuerzas productivas, sea empujado objetivamente a representar este desarrollo contra todo obstáculo que se interponga en el camino. Y, como todo movimiento histórico, el del proletariado es también un movimiento basado en intereses económicos inmediatos; pero son intereses que se resumen en la lucha contra su propia explotación, por lo tanto totalmente antagónicos a los de la clase burguesa explotadora. La lucha entre las clases se origina precisamente de este antagonismo social, y la burguesía lo sabe tan bien que desde los albores de la sociedad capitalista ha doblegado por la fuerza a la clase productora a las necesidades del capital, prohibiendo incluso solo la organización de defensa económica. Mucha agua ha corrido bajo los puentes desde entonces; mientras se desarrollaba el capitalismo, también se desarrollaba el proletariado, alcanzando niveles de enfrentamiento con los patrones que elevaban la lucha episódica y aislada contra tal o cual patrón a lucha contra todos los patrones, contra la asociación de propietarios; la lucha que la clase burguesa libró contra el proletariado se convirtió en lucha de clases en la medida en que el proletariado se reconoció a sí mismo como una clase diferente y antagonista de la burguesía no sólo en el terreno inmediato, sino también en el terreno político e histórico más general.

En el desarrollo del capitalismo, la clase proletaria, después de largas y trágicas experiencias de lucha y organización de la defensa económica y política, se ha establecido en la sociedad burguesa como una clase a la que la burguesía ya no puede ignorar en su gestión económica y social. Y lo tuvo tan en cuenta que trató por todos los medios, después de haberse opuesto a su organización y desarrollo, plegar las organizaciones obreras – con represión y corrupción – a las necesidades del capital y del poder burgués, para mantenerla en la condición de clase subordinada, de clase para el capital. Pero es con el marxismo, es decir, con la teoría del comunismo revolucionario, que la clase del proletariado ha dado a su lucha social un contenido *histórico*, un objetivo *histórico* que sólo se logra a través de la revolución con la cual derribar todo poder, empezando por el poder político y económico, de las clases dominantes que hasta ahora han ejercido su poder de clase, ya sea la burguesía o los remanentes de las viejas clases aristocráticas y feudales ahora burguesas hasta la médula.

Con respecto al proletariado, el marxismo ha contrapuesto el concepto de clase *para el capital* con el concepto de clase *para sí*. No es un paso abstracto, ideal, o una evolución automática dado el desarrollo de las fuerzas productivas y la fuerza social potencial del proletariado. Para convertirse en una clase para sí, por lo tanto una clase que reconozca que tiene intereses y objetivos históricos completamente indepen-

dientes de la clase dominante burguesa, el proletariado debe descender al terreno de la lucha de clases con sus propias organizaciones independientes de cualquier interés burgués de conservación, y emprender el camino que conduce inevitablemente a la revolución. Un discurso de este tipo puede parecer completamente desvinculado con motivo de una crisis sanitaria como la del Covid-19, o con motivo de una guerra que se avecina de manera impresionante al centro del imperialismo europeo occidental. En realidad, para el proletariado, para su lucha y para su futuro, es el argumento central porque siempre ha sido la clase que ha sufrido las consecuencias más graves de todo tipo de crisis en la sociedad burguesa: es la clase que derrama su sangre por una causa que no es la suya, pero que fortalece la dominación política y económica de la clase burguesa enemiga cuyo poder, hasta que sea derrocado y reemplazado por el poder revolucionario proletario, seguirá en pie sobre las masacres en tiempos de guerra y en tiempos de paz.

El futuro del proletariado, mientras permanezca en manos de la clase dominante burguesa, será un futuro de explotación, de fatiga, de miseria, de hambre, de masacres y no habrá «cambio de gobierno», ni «democracia», ni «colaboración», ni «unidad nacional» que pueda cambiar este futuro; mucho menos las oraciones de un Papa. Incluso en tiempos en que parecía que podían vivir en paz y tener la posibilidad de mejorar sus condiciones de existencia, esta paz y estas mejoras para los proletarios de algunos países avanzados las pagaron muy caras las masas proletarias de los países más débi-

les. Mientras que en Europa o en los Estados Unidos, la existencia en vida está de algún modo asegurada para la mayoría de los habitantes, e incluso se puede «elegir» vacunarse o no – salvo las obligaciones impuestas por razones ajenas a la atención médica – en los demás países menos avanzados dominados por el imperialismo no se puede elegir entre la enfermedad y la cura, entre la vida y la muerte, entre la guerra y la paz. Lo que antes parecía muy lejos de los hogares europeos, la explotación bestial, la compulsión a emigrar, la miseria y el hambre, el horror de la guerra, se está convirtiendo, y para muchos ya se ha convertido, en una realidad a la que enfrentarse directamente, y no sólo para unos pocos períodos temporales, como lo demuestran las secuelas de las guerras de los Balcanes entre 1991 y 1999 y las consecuencias de la guerra ruso-ucraniana en la que sus respectivos nacionalismos se han estado desgarrando sistemáticamente durante años.

La salida a todo esto no está en la unidad nacional, no está en la colaboración entre las clases pregonadas como la cura indispensable contra cualquier crisis social – sea sanitaria, económica, política o bélica – sino en la *lucha* de la única clase que tiene en sus manos el futuro histórico no sólo de sí misma, sino de toda la humanidad, la clase mundial del proletariado que, con su revolución, enterrará definitivamente a la sociedad fundada en el mercado, en el dinero, en la ganancia capitalista, en la propiedad privada y, sobre todo, en la apropiación privada de la producción social.

Es el camino que lleva al comunismo, a la sociedad de especie.

Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional

(Textos del partido N° 3, Octubre 2017, A5, 24 páginas)

Precio: Europa: 2 €. América del Norte: US \$ 2. América Latina: US \$ 1

SUMARIO

- Premisa
- Estructura económica y social de la Rusia de hoy (1955-1957)
- Cuarenta años de una valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional (Publicado en el programa comunista, n. 21 de 1957)

Presentamos en esta edición en castellano, la traducción del texto Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional, fue publicado en el entonces periódico del partido «el programa comunista» n° 21 de 1957. De la victoria del Octubre rojo habían pasado cuarenta años y los partidos estalinistas conmemoraban la victoria del proletariado revolucionario en Rusia como el inicio de la absolutamente falsa

construcción del socialismo en un solo país, jactándose de una inexistente continuidad del partido bolchevique en Rusia, en el poder en los primeros años de la victoria revolucionaria bajo la guía de Lenin, y en los años sucesivos, particularmente desde 1926 en adelante, bajo la guía de Stalin. El intento del partido no era el de «conmemorar a nuestra manera» la revolución de Octubre, sino el de remachar los puntos esenciales de nuestra valoración de los eventos de



Rusia desde el punto de vista marxista y revolucionario, utilizando la ocasión en la cual la atención de los proletarios era capturada por los himnos a la Rusia falsamente socialista. Este centenario que ahora cumplimos ha dado ocasión para esta traducción tan necesaria como el consiguiente balance al que responde y que sintetiza.

Algunos puntos sobre la situación histórica que ha conducido también a la guerra ruso-ucraniana

1) Con la derrota de la revolución proletaria en Europa en los años 1918-1923, y la degeneración, en los años siguientes, del poder bolchevique en Rusia que se encontraba en el más dramático aislamiento y luchando contra un profundo atraso de la estructura económica y social en Rusia, las medidas encaminadas al socialismo, que el poder bolchevique había comenzado a tomar, fueron abandonadas paulatinamente y sustituidas por medidas marcadamente mercantilistas y burguesas. Esas medidas incluían necesariamente intervenciones político-económicas encaminadas a desarrollar al máximo el capitalismo de Estado, única forma de orientar y controlar el desarrollo del capitalismo en Rusia durante la dictadura del proletariado, y de apoyar, a través de la Internacional Comunista, los movimientos comunistas en el mundo, en la perspectiva de la revolución proletaria en los países capitalistas avanzados; revolución que, en caso de victoria al menos en uno de estos países, por ejemplo, en Alemania, también aceleraría el desarrollo de la economía rusa.

El movimiento comunista internacional sufrió una derrota no sólo «ideológica», sino política y social resumida en la teoría del «socialismo en un solo país» (que le abrirá las puertas a la democracia burguesa, a las «vías nacionales al socialismo», esencialmente al nacionalismo burgués puro y duro); por su parte, el movimiento proletario internacional sufrió una trágica regresión en el campo de la lucha de clase y de su propia lucha de defensa inmediata en cuanto a las condiciones de vida y de trabajo, lo que no impidió que los proletarios de Berlín en 1953 se alzaran contra el nuevo poder burgués, o los proletarios de Budapest en 1956 y los proletarios de Praga en 1968 para levantarse contra la intervención armada del país «hermano» ruso con el que Moscú reafirmó su dominación imperialista en Alemania Oriental, Hungría y Checoslovaquia.

Mientras que, en cierta medida, los proletarios de los países capitalistas avanzados fueron de alguna manera protegidos del precipicio a la miseria más negra, mediante la aplicación de la política de amortiguadores sociales (heredada directamente del fascismo) a cambio de una colaboración vinculante entre las clases, los proletarios de los países de la periferia del imperialismo sufrieron las consecuencias más duras de la explotación intensiva del capitalismo internacional y de los capitalismo nacionales, la represión colonialista más dura de sus intentos de rebelión, junto con las consecuencias más negativas de las crisis económicas y sociales que cíclicamente golpean a los países capitalistas avanzados.

2) El mundo capitalista posterior a la Segunda Guerra

Mundial no fue un «mundo de paz». Los conflictos interimperialistas estallaron poco después de que la guerra terminara en una lucha por definir los límites de las zonas de influencia de cada imperialismo que participó en la guerra, en detrimento de los países que la perdieron – Alemania, Japón, Italia y aliados –. y entre ellos porque, por muy vencedores que hayan sido en la guerra, como Francia y Gran Bretaña, tuvieron que asumir una inevitable reducción de su poder debido a la evidente supremacía de las dos «superpotencias», Estados Unidos y Rusia, los verdaderos vencedores de la guerra.

El terremoto político-económico provocado por la guerra desquició los anteriores equilibrios colonialistas, poniendo en movimiento las fuerzas sociales – burguesía, campesinado y proletariado – que hasta entonces aún no habían expresado toda su potencialidad revolucionaria. Fueron los casos, en particular, de India (1947) y China (1949) los que influyeron, de alguna manera diferentes y aparentemente opuestos pero siempre bien enraizados en el desarrollo capitalista y burgués de los respectivos Estados, con el gandhismo (y su pacifismo, especialmente los movimientos de los países occidentales) y el maoísmo (y su guerrillerismo, especialmente los movimientos independentistas orientales y africanos) las sucesivas luchas de liberación nacional en todo el Lejano Oriente asiático y África. En esos mismos años, la Guerra de Corea que estalló en 1950 – y que amenazó con convertirse en una tercera guerra mundial, apenas 5 años después del final de la segunda – había anticipado el enfrentamiento de Rusia con los Estados Unidos llevado a cabo a través de las luchas de «liberación nacional» (en este caso se trataba de la unificación de las dos Coreas después de que Japón, colonizador de Corea y China, es derrotado definitivamente en la guerra mundial); frente a esa amenaza, nuestro partido lanzó la consigna de derrotismo revolucionario resumida en «Ni con Truman, ni con Stalin», en consonancia con las posiciones adoptadas por la Izquierda Comunista de Italia frente a la guerra ítalo-turca de 1911 y a la Primera Guerra Mundial de 1914-18, coincidiendo perfectamente con las del partido bolchevique de Lenin frente a la Guerra Ruso-Japonesa de 1905 y a la Primera Guerra Mundial.

3) En los treinta años posteriores a la Segunda Guerra Imperialista Mundial, pregonada como el período de la gran expansión capitalista, además de caracterizarse por una especie de «nueva juventud» del capitalismo, fueron los treinta años en los que el viejo colonialismo europeo, en muchas partes del mundo, fue hundido por los movimientos revolucionarios nacionales posteriores a los in-

dios y chinos, como en Argelia, Congo, Indochina (Vietnam, Camboya, Laos), etc., poniendo contra las cuerdas a las viejas potencias colonialistas (Francia, Gran Bretaña, Holanda, Bélgica y, por supuesto, Alemania y Japón, mientras que Italia ya había perdido sus colonias africanas durante la guerra), y también infligiendo severas derrotas a la nueva superpotencia, los Estados Unidos de América (Cuba, Vietnam).

4) En ausencia de un movimiento proletario independiente, antes destruido por la contrarrevolución burguesa que, con el estalinismo, dio el golpe de gracia, en la década de 1920, al movimiento revolucionario en Europa y China, los vigorosos movimientos anticolonialistas de los treinta años 1945-1975 no pudieron allanar el camino para el renacimiento del movimiento proletario revolucionario en Europa y las Américas. El capitalismo tuvo así la posibilidad de renovar las clases dominantes y fortalecer su poder tanto en los países imperialistas como en los países donde su desarrollo nacional estaba rezagado, poniendo en boga nuevas burguesías que asumieron una doble tarea: acelerar el desarrollo de los mercados internos, y una relativa industrialización nacional, bajo el paraguas de las potencias imperialistas, los Estados Unidos a la cabeza de todas y, al mismo tiempo, controlar dictatorialmente a sus propias clases proletarias tanto para maximizar su explotación como para acelerar el desarrollo capitalista nacional, tanto para evitar que, generalmente a través de la represión directa, lucharan y se organizaran como fuerzas de clase independientes. Cabe destacar que, en toda esta obra, la deformación del comunismo marxista, sus principios y sus fines, la degeneración de los partidos comunistas, comenzando por el bolchevique, y la eliminación física de los comunistas revolucionarios en todas partes del mundo, tuvo una función primordial. La ilusión de que los movimientos nacional-revolucionarios burgueses pudieran conducir, como tales y en ausencia de la lucha de clases del proletariado, a la victoria del socialismo sobre el capitalismo, fue parte de la deformación del marxismo que tomó el nombre de estalinismo que fue, a su vez, fuente de cientos de variantes «nacionales» tanto en los países capitalistas avanzados como en los países atrasados (del maoísmo a la convivencia pacífica, del guevarismo al ecosocialismo, del socialismo autogestionario al socialismo cristiano, etc.).

5) Con la crisis económica mundial de 1975, el capitalismo internacional, después de treinta años de «expansión económica» erigida sobre la carnicería de la segunda guerra imperialista mundial, mostró indiscutiblemente la dura realidad de una sociedad que no tenía nada diferente que ofrecer al proletariado y a las poblaciones de todo el mundo sino un mundo de crisis y guerras.

Los contrastes interimperialistas que constituyeron la base del estallido de la guerra mundial en 1939, como en 1914, se renovaron entre los mismos aliados ya al final de la guerra, y se agudizaron con el tiempo con la llegada del poder económico renovado de los viejos imperialismos (léase Japón y Alemania sobre todo) y los nuevos poderes económicos, como China. La superación de la crisis mundial de 1975 no abrió las puertas a un período de desarrollo pacífico, sino a un período en el que los conflictos interimperialistas estaban destinados a incrementarse y a irradiar sus destructivas consecuencias en todos los continentes, confirmando lo previsto por el marxismo hace ciento seten-

ta y cinco años: «¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas» (Manifiesto del Partido Comunista, Marx-Engels, 1848).

Una interminable serie de tensiones sociales se entrelazaron así con crisis de carácter político-económico y militar, ante las cuales las distintas burguesías, por un lado, se propusieron constantemente afinar la competencia entre ellas con todos los instrumentos políticos, económico-financieros y militares disponibles, por otro lado, actuaron política y militarmente en el intento para reprimir cualquier agitación social; un intento que hasta ahora ha tenido éxito incluso cuando las masas proletarias, después de la crisis de 1975, han dado muestras de una gran combatividad en el Cercano Oriente como en Europa: por ejemplo, las masas palestinas, acosadas, reprimidas y masacradas tanto por Israel como por los «hermanos» árabes en Jordania, Siria, Líbano; el movimiento huelguístico masivo en las canteras polacas en Gdansk; las grandes huelgas del Ruhr alemán, como las de Fiat o las de los ferroviarios franceses. Todos los movimientos proletarios cuya combatividad ha sido intoxicada, y por tanto asfixiada, por los mitos de la democracia parlamentaria, el nacionalismo y los «cambios» electorales de régimen, como también sucedió con los movimientos más recientes de la llamada «primavera árabe» en la que los viejos poderes representados por generales, como Ben Ali (en el poder de 1987 a 2011) y Mubarak (en el poder de 1981 a 2011), fueron reemplazados por representantes de la burguesía compradora moderna, con un disfraz democrático (como el actual en Túnez) o abiertamente autoritario (como en Egipto, el actual régimen del general al-Sisi).

6) El imperialismo ruso, debido a la extensión territorial de la propia Rusia que cubre gran parte del continente euroasiático, se ve obligado a defender sus fronteras y sus áreas de influencia más cercanas tanto al oeste como al este, más aún con una potencia emergente como China que tiene interés en expandir su influencia en Asia, por lo tanto hacia Occidente, chocando inevitablemente con Rusia. Y, de hecho, el terreno de este enfrentamiento, entre 1979 y 1989, fue Afganistán que la URSS invadió con el pretexto de acudir en ayuda del gobierno prosoviético afgano atacado por diversas tribus muyahidines, a su vez apoyado y financiado por Estados Unidos, Pakistán, China, Irán, Arabia Saudita y el siempre presente Reino Unido. Como sabemos, una década no le bastó a la URSS para aplastar a los talibanes, por lo que tuvo que marcharse sin haber conseguido nada. La misma cosa le pasó al imperialismo estadounidense que, con el pretexto de la «guerra contra el terrorismo» tras el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York en septiembre de 2001 por parte de al-Qaeda, invadió a Afganistán con el objetivo no sólo de matar al líder de al-Qaeda, Osama Bin Laden, sino para plantar sus bases en el país y así estar presente militarmente en las fronteras tanto de Irán como de Rusia, en su momento enemigos declarados de Estados Unidos. El juego fracasó incluso para Washington; de esta manera los estadounidenses y sus aliados de la OTAN, después de 20 años de guerra, de masacres (como en Shinwar y en el desierto de Dasht-e Leili) y de sistemas de tortura de pri-

sioneros entre los más terribles (como el *waterboarding*), tuvieron que partir como los rusos de Afganistán dejando el país nuevamente, lidiando con una interminable guerra civil entre facciones y clanes tribales.

7) En Europa, mientras que en 1989-1990 Alemania Occidental aprovechó el terremoto que estaba destruyendo el poder soviético, para anexarse Alemania del Este y, por lo tanto, reunificando a Alemania después de que las potencias imperialistas ganadoras de la segunda guerra imperialista la partieran en dos, el terremoto ruso también contagió directamente a los Balcanes. Es el turno de Yugoslavia de desmoronarse: entre 1991 y 1999 con una sucesión de guerras entre las distintas repúblicas federales, guerras apoyadas por un lado por Rusia (Serbia, Montenegro) y por otro por la OTAN (Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Kosovo), matándose entre sí no sólo por motivos nacionalistas (croatas contra serbios y bosnios, serbios contra eslovenos, croatas, bosnios, kosovares de etnia albanesa, eslovenos contra croatas), sino también por motivos religiosos (entre musulmanes y católicos, particularmente en Bosnia-Herzegovina), acompañada de masacres como en Vukovar y Srebrenica, por parte de los serbios, y en Belgrado, con los bombardeos de la OTAN, además del uso no episódico de uranio empobrecido por parte de las fuerzas de la OTAN. Los angloamericanos llevaron a cabo bombardeos similares en 2004 en Irak, incluyendo el uso de bombas de fósforo en Faluya.

Ya no hay rincón en el mundo en el que la mano larga de las potencias imperialistas, individualmente o en alianza con otras, no trate de cambiar la situación a su favor con presiones económicas y financieras y con la guerra, y estos cambios no son nada más que una expresión de los contrastes entre Estados capitalistas y, dentro de ellos, de intereses que en un principio pueden parecer sólo «nacionales», sino que de hecho se dan en el marco de la fase imperialista del capitalismo, esa fase que Lenin identificaba como la fase en la que domina el capital financiero y los monopolios, fase con la que el capitalismo termina históricamente su posibilidad de desarrollo y más allá de la cual sólo queda la revolución proletaria y comunista a nivel mundial, revolución que tiene la tarea de no renovarse bajo otras estropear el modo de producción capitalista y sus relaciones de producción y propiedad, sino destruirlo por completo, liberando así las fuerzas productivas que el capitalismo tiende a destruir continuamente después de desarrollarlos, con el único propósito de mantenerse vivo.

8) Mientras tanto, ¿qué ha pasado con los países que alguna vez formaron parte de la URSS y Europa del Este sometida a Moscú?

La mayoría de estos países, que ya habían estado comerciando durante años con los países de Europa Occidental, rápidamente se plegaron bajo la protección económica de la Unión Europea y al ejército de la OTAN. De hecho, entre 1999 y 2004 se convirtieron en miembros de la OTAN: Polonia, República Checa, Hungría, Eslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Eslovenia, en 2009 se sumaron Croacia y Albania, en 2017 Montenegro y en 2020 Macedonia del Norte. Es bien sabido que Ucrania ha pedido no solo unirse a la Unión Europea como Estado miembro, sino también a la OTAN. Era evidente que el imperialismo ruso no podía quedarse quieto cuando los misiles de la OTAN tocaban a su puerta. Los Estados de Europa del Este

que alguna vez había sido encuadrada como la «Cortina de Hierro» que protegía a la Madre Rusia, en el lapso de veinte años se ha convertido en un cinturón de seguridad de los imperialistas occidentales, obligados a desempeñar un papel no tanto de contención de la eventual avance ruso hacia Europa Occidental, así como un trampolín para el avance de las fuerzas de la OTAN hacia Moscú. De hecho, los países del antiguo Pacto de Varsovia que Rusia organizó en 1955 para enfrentar incluso militarmente a los imperialistas occidentales organizados en la Alianza Atlántica, es decir, además de Rusia, Polonia, Alemania Oriental, Hungría, Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria, solo se utilizaron más para operaciones represivas dentro del imperio ruso, como lo demostraron los tanques en Budapest y Praga, que para atacar a cualquiera de los países europeos «más allá de la cortina».

9) La potencia económica euro-occidental sumada a la de Estados Unidos y la de sus aliados más cercanos como Reino Unido, Canadá, Australia, es inalcanzable para Rusia que, por razones históricas de las que no puede librarse, está destinada a funcionar sobre todo como una poderosa fuerza militar reaccionaria en apoyo de la potencia o potencias capitalistas dominantes y capaz de asegurar el orden capitalista e imperialista mundial: lo fue en la época de los zares, en una función burguesa antirrevolucionaria en Europa y en el mundo, extrañamente choca con la mismísima Inglaterra burguesa en una función antifrancesa y antialemán; fue en la época de Stalin, en la destrucción del movimiento internacional bolchevique y comunista que permitió el desarrollo del capitalismo nacional ruso y el golpe fatal al movimiento proletario comunista y revolucionario; lo fue en el período de la llamada «desestalinización», «popular-democrática», de «coexistencia pacífica» hasta Gorbachov, en una función expresamente antiproletaria, tanto dentro como fuera de su propio imperio, y no sólo desde el punto de vista ideológico; y lo sigue siendo hoy, bajo Putin, quien en el afán imperialista de conquistar – como todo imperialismo después de haber sufrido grandes crisis económicas – nuevos territorios económicos perdidos por el derrumbe de la URSS, trata de arrebatarlos de las garras de los imperialistas de Occidente, de Europa y de América, como en el caso de Ucrania. Con la pérdida de sus colonias europeas, el imperialismo ruso lanzó su mira en el perímetro más al sur y al este y, en cierto sentido, menos difícil de penetrar, como algunos países del Medio Oriente (sobre todo Siria) y por supuesto, los países del Cáucaso, contando con que desde las antiguas repúblicas centroasiáticas pertenecientes a la antigua URSS, al menos hasta que sean seducidas por ofertas de relaciones económicas y políticas más ventajosas por, por ejemplo, China con su proyecto de la nueva «Ruta de la Seda»..., grandes peligros no deben venir.

10) La Rusia de hoy está apretada en una tenaza – al oeste Alemania y la Unión Europea, defendida por la OTAN liderada por EE.UU., al este China, Japón y por una India que también pretende contribuir a una división mundial entre las grandes potencias – de la que tiene dificultades para salir, no sólo por su posición geopolítica, sino también por un importante condicionante de su capital financiero, el cual está directamente ligado a las materias primas (petróleo, gas natural, carbón, cereales, madera, armas, metales preciosos, fertilizantes, maquinaria nuclear,

etc.), pero apoyándose en una industria obsoleta en general, salvo la espacial y la nuclear, lo que la convierte en un peligroso rival de todas las demás potencias nucleares, con Estados Unidos a la cabeza.

11) Rusia sigue siendo un fuerte importador de productos manufacturados, especialmente los de alta tecnología. Su socio más importante es China, que representó el 13% de sus exportaciones en 2019 y el 14,8% de sus exportaciones en 2020; mientras que en 2019 representó el 22% y el 22,9% de sus importaciones en 2020. China, junto con Bielorrusia (cuarto en importaciones, quinto en exportaciones), no participan en las sanciones unilaterales. Pero las sanciones aprobadas por la Unión Europea y Estados Unidos afectan gravemente al comercio ruso y a algunos activos en poder de los oligarcas que forman parte del «círculo mágico» de Putin en el extranjero, así como a algunos bancos, que han sido excluidos del sistema Swift que sirve para los pagos internacionales, excluyendo de las sanciones el comercio ruso de petróleo y gas del que Europa depende en gran medida, especialmente Alemania e Italia, pero también Holanda y Polonia, que entrarían en crisis inmediata si este suministro se interrumpiera repentinamente.

12) El llamado período de condominio político-militar ruso-estadounidense sobre el mundo, el período de *guerra fría* en el que estuvo vigente el equilibrio del terror (el terror de una guerra nuclear), terminó, en principio, con el colapso de la URSS y su colonización de los países de Europa del Este y Asia Central; esto ha permitido una expansión del desorden mundial que hasta entonces sólo afectaba a algunas «zonas tormentosas», pero no a Europa. Las guerras yugoslavas sacudieron a Europa, sumando las dos guerras del Golfo, la guerra en Yemen, Afganistán, África (en la República Democrática del Congo, Sudán, Nigeria, República Centroafricana), Libia, Siria y en Kurdistán, y la guerra interminable en Palestina. Mientras los medios de todo el mundo hablaban de la guerra fría entre Estados Unidos y Rusia, el capitalismo masacraba lejos de las metrópolis imperialistas. Durante treinta años los factores de la crisis de la guerra se han ido acumulando en la opulenta Europa; las guerras yugoslavas primero, la guerra en el Mediterráneo para eliminar a Gaddafi y arrebatarle pedazos de Libia después, la guerra ruso-ucraniana ahora, están rodeando con un círculo de fuego a la Europa pacífica, cristiana y humanitaria.

13) Contra la guerra burguesa, ya sea desatada por intereses inicialmente nacionales o por intereses imperialistas, no hay diplomacia que pueda pacificar a los beligerantes: los bandoleros negocian después de haberse golpeado con la mayor fuerza posible, y las negociaciones las llevan a cabo los más fuertes cuando los más débiles han cedido y están dispuestos a rendirse. Hasta ese momento, la guerra burguesa no cesa; mientras el destino del conflicto no deje entrever qué beligerantes ganarán, la fuerza de la inercia con la que luchan los beligerantes los obliga a continuar la matanza hasta que el bando que ya ganó militarmente la guerra finalmente doblega a la parte adversa. Ocurrió en la primera guerra mundial imperialista, nuevamente en la segunda y desde entonces en todas las guerras. Como la hidra de la mitología griega, la burguesía vencida en una guerra puede renacer, desarrollarse nuevamente y volver a entrar en competencia con las demás: lo que la hace renacer es el modo de producción capitalista y las relaciones burguesas

de producción y propiedad generadas por el capitalismo... Para superar definitivamente el hidracapitalismo sólo hay un camino a seguir: no es la negociación entre bandoleros imperialistas, no es el llamado a un humanitarismo que cree estar por encima tanto de los conflictos sociales como de los conflictos entre Estados, no es el heroísmo nacionalista llevado hasta el sacrificio extremo. Es la lucha de clases, la transformación de la guerra imperialista en guerra de clases que el proletariado está históricamente llamado a librar ante todo contra su propia burguesía, en la perspectiva de la revolución mundial.

14) La lucha de clases ya ha dado formidables ejemplos en la historia del movimiento proletario. Con la Comuna de París de 1871, la lucha de clases dirigida espontáneamente por las capas más combativas y conscientes del proletariado demostró que ese es el camino a seguir si queremos luchar contra la guerra burguesa y, al mismo tiempo, revolucionar la sociedad. Primer ejemplo histórico de dictadura del proletariado frente a la dictadura burguesa, confirmación de la perspectiva material e histórica delineada por la teoría marxista. Ejemplo de un primer nivel de madurez del movimiento proletario y comunista, no seguido por ningún otro proletariado europeo o norteamericano, y no dirigido por el partido de clase, por el partido comunista revolucionario, y por ello destinado a ser derrotado. Con la Revolución de Octubre de 1917, la lucha de clases del proletariado fue organizada y dirigida por el partido de clase, el partido comunista revolucionario que en ese momento se llamaba partido bolchevique. A partir de las lecciones extraídas de las luchas obreras en Europa a partir de 1848, de la Comuna de París y sus limitaciones y errores, de la revolución rusa de 1905, el partido de Lenin leyó con gran precisión el momento histórico generado por la Primera Guerra Mundial Imperialista y, a pesar del trágico fracaso de la Segunda Internacional frente a la guerra, intuía que la situación histórica en la que se encontraba el zarismo ruso, aunque interviniera en la guerra imperialista al lado de las potencias democráticas capitalistas y apoyado por ellas, decretaba el fin de su curso: la misma guerra había puesto en movimiento a las fuerzas sociales rusas, burguesas, campesinas y proletarias, haciéndolas tomar el camino de la revolución burguesa antizarista.

Pues bien, la gran perspectiva histórica que el marxismo había leído en las revoluciones de 1848 y 1849 – a la orden del día en Alemania, Italia, España, estaba la revolución burguesa que ya había ganado en Francia y, antes, en Inglaterra – es decir, la posibilidad concreta del proletariado, a través de su participación en las revoluciones burguesas, de hacerlas transcrecer en revoluciones proletarias si eran dirigidas por el partido de clase del proletariado (el partido comunista, cual el Manifiesto de 1848), era perfectamente válida para la Rusia atrasada; atrasada, pero ya agredida por el modo de producción capitalista que se extendió desde Europa, junto con la gran industria, incluso en Rusia y Asia. De ahí la indicación perentoria de Lenin: transformar la guerra imperialista en guerra civil, en guerra de clases; consigna que valía para todos los países europeos y para la misma Rusia, donde, de hecho, en plena guerra imperialista estalló la revolución que en febrero de 1917 fue dirigida por la burguesía y que en octubre de 1917 se transformó en revolución proletaria, por tanto anti-burguesa, antiimperialista y, por tanto, fundamentalmente anticapitalista. La dictadura de clase del proletariado que, en la Comuna de París,

surgió más como una necesidad inmediata para defender París de las tropas prusianas, y posteriormente para defenderse de la contrarrevolución burguesa de Versalles dirigida por Thiers, se estableció conscientemente en Petersburgo, sabiendo exactamente cuáles eran sus tareas inmediatas y nacionales y cuáles sus tareas internacionales para las que el proletariado había sido preparado en los quince años anteriores por el partido marxista ruso, el partido bolchevique de Lenin.

15) El partido de clase, el partido comunista revolucionario tiene, en efecto, la tarea de preparar al proletariado para su revolución, de prepararlo para la lucha contra el Estado burgués sobre la base de las experiencias que vive espontáneamente en las luchas de defensa de sus intereses económicos inmediatos. El partido de clase representa la conciencia de clase, los fines históricos de la lucha de clases que el proletariado se ve obligado a emprender contra la burguesía dominante para derrocar su poder político y su dictadura, instaurando su propia dictadura de clase porque es el único medio político con el cual es posible arrancarle a la burguesía el control de la economía y, por tanto, de la sociedad.

El partido de clase, en cambio, no se crea en el momento, no es una forma política germinada en el seno del proletariado; es el resultado orgánico de toda la historia de las luchas entre las clases, en particular de la lucha del proletariado contra la burguesía dominante, y de todo lo que la civilización moderna ha producido de positivo para el desarrollo de las fuerzas productivas, los medios materiales y económicos. base material y esencial de la economía de toda sociedad dividida en clases, especialmente de la sociedad sin clases que el marxismo llama comunismo. El partido de clase, con el marxismo, existe a nivel histórico desde 1848, existe como teoría de la revolución comunista, como guía del proletariado revolucionario a nivel mundial; en el plano formal, al tener que actuar en situaciones concretas, a veces favorables pero a menudo desfavorables a la lucha de clases, el partido puede reducirse también a dos de sus representantes, como lo fueron Marx y Engels durante muchos años, o como lo fue el pequeño grupo que rodeaba a Lenin en 1914-1916, o incluso desaparecer, como sucedió debido a la contrarrevolución estalinista en los años 1927 a 1945.

16) La guerra ruso-ucraniana de hoy no es más que la continuación – en ambos lados – de la política burguesa aplicada por medios militares. No se trata de quién es el agresor o el agredido. La burguesía de un país siempre está luchando contra las burguesías extranjeras, entonces la agresión es recíproca, es parte de la lucha competitiva que desde las salidas de los mercados y de los capitales se transfiere al campo militar. El proletariado no tiene nada que compartir con su propia burguesía o con la burguesía extranjera porque cualquiera que sea la burguesía que gane la guerra su destino no cambia sustancialmente: seguirá siendo siempre un esclavo asalariado, la clase laboriosa de cuya explotación los burgueses extraen la plusvalía; siempre será la clase obrera la que producirá la riqueza de cada país, riqueza que la burguesía se apropia enteramente obligando a los trabajadores, a los proletarios a comprar en el mercado lo que necesitan para vivir; siempre será la clase la que se verá obligada a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas y a sufrir directa y gravemente cada fluctuación

del mercado, cada crisis económica y financiera, cada crisis de guerra.

El capitalista nunca está desempleado, su «ocupación» es explotar el trabajo asalariado, pagar lo menos posible la fuerza de trabajo, ahorrar lo más posible en todos los costos de producción y mano de obra, acumular dinero, invertir capital en bienes raíces, en la industria, en el comercio y especulando en la bolsa de valores. El proletario, el sin reservas, no tiene nada y su «ocupación» de por vida es encontrar un trabajo en el que ser explotado y por el que recibir un salario; si no hay trabajo, el proletario pasa hambre, vive en la peor miseria.

17) Los proletarios, en tiempos de paz, se ven obligados a venderse a los capitalistas para sobrevivir; regimentados en las más diversas fábricas y empresas, pero siempre al borde de la inseguridad porque a la menor fluctuación del mercado o cambio de intereses de los capitalistas, aparecen los despidos, se derriban los salarios, uno termina en la calle. En tiempos de guerra, se les regimentan en el ejército y en la producción de armamentos; son transformados en carne para el matadero, forman parte de las fuerzas armadas o en la retaguardia como trabajadores. La guerra en la era imperialista ya no se da en el choque de ejércitos, en la batalla de trincheras. La guerra involucra cada vez más a la población civil; se prevén bombardeos en alfombra, masacres, uso de gas y bombas químicas y bacteriológicas o nucleares, como en Hiroshima y Nagasaki. Lo que los colonialistas europeos hacían lejos de sus propias metrópolis, en África, en Asia, en Medio Oriente, en América Latina, destruyendo aldeas enteras y masacrando poblaciones enteras, el imperialismo lo ha trasladado a las metrópolis en la guerra moderna; los civiles son masacrados... para desmoralizar y debilitar a los soldados en el frente. Y así se usó la bomba atómica estadounidense para aplastar a Japón y obligarlo a rendirse; bombardear Dresde en 1945 y arrasarlo hasta los cimientos indujo a los alemanes a rendirse, mientras que la destrucción de Varsovia en 1944 por parte de los alemanes, para sofocar la revuelta polaca contra ellos, observada no muy lejos y sin intervenir por las tropas soviéticas que esperaban que los alemanes terminaran el trabajo sucio y luego ocupar Varsovia con mucha menos resistencia del lado polaco. Ejemplos de este tipo podrían hacerse en abundancia, pero estos solos muestran que en la guerra imperialista nada del cacareado «honor militar» de los generales y estrategas del siglo XIX está a salvo.

18) La propaganda bélica que difunde la burguesía tiene siempre como objetivo doblegar a su proletariado a la unión nacional. En Rusia, antes de invadir Ucrania, el gobierno de Kiev seguía siendo retratado como un gobierno «nazi» que quería eliminar a la población de habla rusa que siempre había vivido en Crimea y Donbass; algo que Rusia no podía soportar. De hecho, en 2014 Rusia ocupó militarmente Crimea y apoyó a los grupos prorrusos de Donbass en el establecimiento de repúblicas populares autónomas en las provincias de Luhansk y Donetsk. En estos 8 años continuó lo que los medios de comunicación denominaron una «guerra de baja intensidad», con la que el ejército ucraniano tendió a recuperar el territorio de las dos provincias del Donbass que se habían proclamado repúblicas populares, mientras las milicias armadas de estas dos repúblicas pro-rusas aguantaban los

ataques; durante el mismo período, una parte de la población de habla rusa que permaneció en la parte de Donbass controlada por el ejército ucraniano se vio obligada a refugiarse en Rusia para escapar de la represión. Al mismo tiempo, tras la destitución del presidente prorruso Janukovyč tras las violentas manifestaciones de Euromaidan, Poroshenko, el oligarca ucraniano, exministro de comercio y desarrollo económico bajo la presidencia de Yanukovyč y ejecutivo del consejo del Banco Nacional, fue elegido presidente de Ucrania. Deja a su sucesor Zelens'kyi con una impronta fuertemente nacionalista; su lema era «bracciaia, mova, vira» (ejército, idioma, fe), porque usó el ejército para hacer retroceder al Donbass prorruso a un territorio más al este en las dos provincias autónomas, porque privilegiaba el idioma ucraniano frente al idioma ruso y porque fomentaba la separación de la Iglesia ortodoxa ucraniana de la Iglesia ortodoxa rusa. Promovió la asociación de Ucrania con la Unión Europea, al tiempo que promulgó contra la propaganda rusa y comunista, anticipando el reconocimiento de todos los que lucharon por la independencia de Ucrania durante el siglo XX, incluido el Ejército Insurgente de Ucrania que tomó parte en el exterminio de judíos en Ucrania y la masacre de miles de polacos durante la Segunda Guerra Mundial. No es de extrañar, por tanto, que en el séquito de Zelensky también haya guardaespaldas exnazis.

19) Por lo tanto, es fácil para Rusia tener un pretexto para intervenir militarmente en Ucrania. Lo que sucede ya en 2014 en Crimea, en defensa del referéndum que dio el 90% de los votos para su anexión a Rusia, y que sucederá, tras haber reconocido oficialmente las dos repúblicas populares de Lugansk y Donetsk, a partir del 24 de febrero de este año con la invasión preparada tanto desde el este como desde Crimea y por lo tanto también desde el Mar Negro, y desde el norte protegido por los bielorrusos, estrechos aliados de Moscú. Otro pretexto: los gobiernos de Kiev nunca aplicaron los acuerdos de Minsk de 2014 y 2015, refrendados por los delegados de Ucrania y Rusia, incluidos en las resoluciones de la ONU y en presencia de los delegados de la OSCE. En realidad, es una demostración más de la ineficacia de las resoluciones de la ONU: no son más que papel reciclable. ¿Qué quiere lograr el imperialismo ruso con esta operación militar? Ciertamente no la anexión de Ucrania a Rusia, sino un gobierno, realmente prorruso como el bielorruso de Lukashenko, no miembro de la OTAN y posiblemente no miembro de la Unión Europea. Al final de una operación militar especial – como la llamó Putin – en realidad una verdadera guerra que podría durar unos meses más, dado el apoyo que la actual presidencia de Ucrania ha obtenido de los Estados Unidos y Europa. Se ha reiterado muchas veces que ni Washington, ni Londres, ni París, ni Berlín, ni Roma ni ningún otro país de la UE tienen la intención de «morir por Ucrania», mientras que China se mantiene al margen. Lo que interesa a todas las cancillerías, desde Moscú hasta Washington y todas las demás, es la preparación de sus proletarios para situaciones de guerra en las que la unidad nacional se convierte en un punto de discriminación. Cuanto más muestra la guerra las atrocidades que todo beligerante aplica para ofenderse y defenderse, más necesita cada potencia burguesa la cohesión nacional. Hoy en Rusia se ha buscado la cohesión nacional utilizando propaganda «antinazi» contra el gobierno de Kiev y el peligro de invasión de la OTAN en territorio ruso; en Ukra-

nia se buscó la cohesión nacional con la clásica propaganda del país agredido, la defensa de la patria y la integridad territorial, movilizándolo no sólo el nacionalismo de siempre, sino sobre todo el heroísmo de un pueblo obligado a hacer huir a sus mujeres y sus hijos de bombardeos incesantes y para convertir cada ciudad, cada pueblo, en una trinchera, en una barricada contra un enemigo que de repente cayó en el umbral de su puertas.

Pero lo mismo sucede en todos los países de Europa donde sus respectivos gobiernos están utilizando los horrores de la guerra en Ucrania, filmando persistentemente cada cráter causado por un misil, cada edificio alcanzado por la artillería, cada sótano en el que la gente corre para refugiarse, para hacer vivir el miedo a la guerra. Como hasta ahora han hecho con respecto al Covid-19, con boletines de guerra sobre contagios, sobre hospitalizados, sobre muertos, así hacen con la actual guerra en Ucrania, como si fuera la única guerra digna de ser documentada, retomada, descrita, comentada. De esta forma se intenta incitar en la mente de los proletarios un sentimiento de venganza contra un enemigo visible y reconocible, en este caso el ruso, cuya brutalidad en el bombardeo de ciudades debe hacer olvidar las brutalidades cotidianas de una sociedad en la que uno muere todos los días en el trabajo, uno es despedido de la noche a la mañana, uno sufre abusos, acoso, violencia continuamente en tiempos de perfecta paz, en plena democracia y «libertad». La devastación de Mariupol debe hacernos olvidar la permanente devastación del medio ambiente en el que vivimos, debe hacernos olvidar las bombas de racimo que los países super democráticos han lanzado en Kosovo contra los serbios y las bombas de fósforo utilizadas en Faluya. Como si no hubieran ocurrido las brutalidades y masacres que el capitalismo lleva a cabo con cada vez mayor violencia desde hace más de ciento setenta años.

20) Toda esta propaganda bélica es preparatoria de una guerra mundial que enfrentan inexorablemente las potencias imperialistas entre sí. Los grandes medios que utiliza la burguesía para esta propaganda confunden y nublan las mentes; los proletarios están desorientados, paralizados, inyectados con enormes dosis de patriotismo, nacionalismo, colaboracionismo sin que aparezca una mínima lucha defensiva; están sin los anticuerpos que sólo la lucha de clases puede generar. Como un gran rebaño es llevado de vez en cuando, inconscientemente, a aceptar pastar donde y cuanto quiera el amo-pastor. Pero la burguesía imperialista es más exigente de lo que se piensa: quiere que el proletariado participe, que milite en las filas de una democracia belicista, ¡convencido de que lucha por la «libertad», por un «futuro mejor», por una sociedad «más justa», por la paz! Y esta necesidad puede ser satisfecha de esta manera a condición de que el proletariado, al menos en su gran mayoría, colabore, ponga su trabajo, su mente, sus armas, su vida al servicio de la patria; el proletariado, que la misma historia ha demostrado estar sin patria, debe transformarse en un ávido patriota... Y si para obtener este resultado la burguesía debe mostrarse humanitaria, he aquí que prontamente – ya que rechazó inmigrantes de África o del Este de sus fronteras, levantó muros y vallas, con guardias listos para disparar y dejarlos morir de hambre y frío en las montañas o de sed y calor en los desiertos, o ahogarse en mares que de caminos de salvación se convirtieron en fríos y profundos cementerios – abre las puertas a los refugia-

dos ucranianos, encuentra los recursos para acoger, darles comida, documentos útiles para ir a cualquier país que quieran, un techo donde dormir, un hospital donde puedan ser atendidos, una escuela donde puedan enviar a sus hijos y un campo donde puedan jugar. Todo lo que durante décadas se negó a los migrantes, que también huían de las guerras devastadoras, la miseria y el hambre, provocados por el propio capitalismo, ahora se ofrece de forma «humanitaria» a los nuevos migrantes de Ucrania. ¿Podría ser porque aquellos tenían la piel oscura o amarilla y estos tenían la piel blanca? ¿Tal vez porque trajeron consigo un temperamento guerrero, transmitido de generación en generación, gracias al cual sobrevivieron al hambre, la miseria y las guerras durante décadas, mientras que los ucranianos de hoy no tuvieron tiempo de conocer la brutalidad del capitalismo de la misma manera que lo conocían en África, Oriente Medio o Asia? ¿Será porque unos cuantos millones de brazos de mujeres y niños jóvenes, en condiciones de tener que aceptar cualquier trabajo para sobrevivir, sirven para reemplazar una mano de obra local poco flexible? Puede ser porque de esta manera los proletarios indígenas están convencidos de no estar tan peor que los que lo han perdido todo y, por tanto, inclinados a prestarse a formas de colaboración con la burguesía propias de la aristocracia obrera, fortaleciendo así el vínculo social y político que les encadena al destino del capitalismo nacional? Probablemente todas estas cuestiones juntas; lo cual no presenta un cuadro edificante del proletariado europeo que pudiera presumir de una historia de lucha revolucionaria que hizo temblar al mundo, mientras que hoy es el mundo burgués el que hace temblar al proletariado...

(21) A pesar de una situación tan deprimente y tan desfavorable para el proletariado, los comunistas revolucionarios estamos seguros de que la clase proletaria despertará del largo sueño en que ha caído. Y despertará porque será la crisis de la guerra la que se acerque a sacudir su estómago, sus entrañas, empujándola, aunque sea inconscientemente, por el camino de la lucha de clases porque será prácticamente, concreta, materialmente, la única forma en que ella se reconocerá viva, se reconocerá capaz de luchar por los propios intereses de clase y de solidarizarse con los proletarios de cualquier otra categoría, sector, género, nación en una lucha que, hoy más que nunca, se presenta como una lucha sin fronteras, una lucha sin patria, una lucha internacional.

Entonces las clásicas palabras comunistas de derrotismo revolucionario, es decir, de lucha contra la propia burguesía, de confraternización con los soldados-proletarios de países enemigos, de solidaridad de clase, tomarán el sentido correcto: serán palabras que caminan sobre la terreno de la lucha clasista, lucha que haga comprender a los proletarios que su fuerza no está en la papeleta electoral, no está en la delegación a los políticos y parlamentarios burgueses para que se ocupen de la vida del proletariado, no está en la prácticas de una democracia ahora podrida que solo sirve para envenenar al proletariado, no radica en el pedido de paz a quienes preparan la guerra imperialista y las masacres que conlleva la guerra imperialista, sino en las manos y el corazón de una clase que con su trabajo produce la verdadera riqueza social, los bienes que verdaderamente sirven a las necesidades de la vida humana y no a las

necesidades de los mercados.

En este camino, los proletarios no sólo adquirirán la experiencia necesaria para afinar y desarrollar su propia lucha, sino que se encontrarán con el partido de clase, lo reconocerán como su partido, como su guía, como su arma para que la lucha que emprendan contra las fuerzas de conservación social no disperse preciosas energías y golpee al enemigo de clase donde los golpes hacen más daño: en las ganancias, en el control social, en la colaboración de clases, y luego, en un crescendo dialéctico, ataquen los grandes baluartes de la defensa burguesa, las instituciones estatales, políticas, económicas, financieras, administrativas, militares.

La paz, es decir el fin de las operaciones de guerra que caracterizan el choque entre las potencias imperialistas, sólo puede lograrse con una revolución proletaria instalada con éxito en el poder político, aun a costa de sacrificios económicos y territoriales – como sucedió inmediatamente después de la toma del poder por los bolcheviques, en Brest-Litovsk en 1918, demostrando que el proletariado realmente quiere la paz, pero debe prepararse para hacer la guerra para defender el poder recién conquistado ya que la burguesía recién derrocada en un país reorganiza sus fuerzas con la ayuda de la burguesía de otros Estados en su intento de restauración. Por eso la gran consigna de la transformación de la guerra imperialista en guerra de clase, en guerra civil, no prevé la suspensión de la batalla apenas conquistado el poder, sino la conducción de otra batalla, la de la defensa de la revolución victoriosa y de la ayuda no sólo política y económica, sino también militar, a los proletarios de otros países para la revolución contra su burguesía nacional.

Los proletarios comunistas no se engañan a sí mismos, y no engañan a las grandes masas, de que la conquista de la paz duradera corresponderá a una insurrección revolucionaria triunfante. Es la clase burguesa que, una vez derrotada, no se rinde nunca porque es también una clase internacional y toda burguesía nacional, en caso de revolución proletaria, puede contar con la ayuda y el apoyo político, económico y militar de todas las demás burguesías. Pasó con la Comuna de París, con la revolución proletaria en Rusia, volverá a pasar mañana ante cualquier poder proletario conquistado.

Después de derribar el poder político burgués, cuya dificultad es proporcional a la fuerza económica de la burguesía con la que choca, la tarea de la revolución proletaria no ha terminado, apenas comienza porque el verdadero fin de la revolución proletaria no es sólo a nivel internacional, sino enterrar el modo de producción capitalista, sus relaciones de producción y propiedad y transformar la economía, no de un solo país, sino de todos los países, de la economía capitalista a la economía socialista y, por tanto, a la economía comunista. Es un recorrido histórico que no termina en unos meses o unos años como piensan los anarquistas, aunque el desarrollo técnico e industrial de la economía acelerará objetivamente su desarrollo. Es un camino de lucha, con avances y retrocesos, con éxitos y fracasos, con destrucción y reconstrucción; pero es un camino marcado por el propio desarrollo histórico del capitalismo en el que las crisis económicas y bélicas colocan inexorablemente a la clase proletaria internacional ante la disyuntiva: guerra o revolución.

El movimiento dannunziano

- Introducción -

Este texto fue publicado en dos episodios en los números 1 y 2 de la revista mensual Prometeo («revista de cultura social», con sede en Nápoles), el 15 de enero y el 15 de febrero de 1924, por un grupo de internacionalistas de terceristas expulsados del PSI y comunistas de izquierda (1).

Como es bien sabido, en marzo de 1923 Amadeo Bordiga y varios otros exponentes comunistas (Grieco, Berti, Tasca, etc.) fueron arrestados y encarcelados; en el mismo año se celebra el juicio en el que Amadeo Bordiga, en particular, se defiende de las acusaciones de conspiración y asociación para delinquir con un memorial que servirá de guía a todos los comunistas que se habrían encontrado en la misma situación, sin renegar jamás de las posiciones y el programa comunistas (2). Bordiga, absuelto junto con todos los demás imputados «por falta de pruebas», desde finales de octubre de 1923 regresa libre y en plena actividad política.

El movimiento dannunziano es un texto que desarrolla una reflexión precisa sobre las características de un movimiento que en su momento había movilizó a los estratos pequeñoburgueses e influido a una parte de los estratos obreros (como el sindicato ferroviario y los marinos), pero que tenía la ambición de superar los antagonismos de clase que oponía el proletariado a la burguesía, revistiéndose a

aqueellos estratos burgueses que él llamaba «parásitos» y que se habían enriquecido con la guerra sin arriesgar su propia vida; mientras que, en relación al proletariado, retomó algunos conceptos, como el de *productores*, que formaban parte de la ideología reformista, pero en este caso se equiparaban a los empresarios que laboran en la empresa, también considerados como productores y por tanto pertenecientes a las mismas Corporaciones en las que el programa político dannunziano, explicado en la *Carta de Carnaro*, es decir, en el «Estatuto del Estado Libre de Fiume» promulgado en septiembre de 1920, dividió las distintas categorías mercadológicas del trabajo, que luego fueron retomadas por el fascismo de Mussolini. Este movimiento, inicialmente formado por oficiales y excombatientes, no nació en la mesa, sino que encontró su impulso, de hecho, en la famosa «campana de Fiume».

El Imperio Austro-Húngaro tenía otra salida al mar, después de Trieste, que era Fiume (ahora Rieka) con su puerto; durante mucho tiempo fue una ciudad poblada principalmente por italianos, como por otro lado Trieste, Zara (hoy Zadar), Ragusa (hoy Dubrovnik). No sólo Trento y Trieste, según la lógica nacionalista, eran las dos ciudades simbólicas de la «italianidad» que iban a ser reconquistadas de Austria, sino que Fiume también lo era. Al estallar la guerra

(1) Respecto a esta revista, conviene explicar su aparición y su supresión a los 7 meses de vida. Prometeo publicó una serie de contribuciones de Bordiga, Zinoviev, Stalin, Manuilski, Grieco, Girone, Bianco, Polano y otros, que tratan principalmente de cuestiones de teoría e historia del movimiento comunista; de hecho, en ese momento era la única revista *teórica* del PCd'I. Tenía su sede en Nápoles y salió por iniciativa de un grupo de terceristas que se habían alejado del PSI y se habían acercado al PCd'I, y a los comunistas de izquierda del PCd'I. Publicado con la autorización de la Central del Partido Comunista, fue mal tolerado por los centristas, porque allí escribían varios miembros de la corriente de Izquierda Comunista, y porque de hecho la influencia de las posiciones de la Izquierda Comunista en la masa de militantes del partido, hasta 1926, siguió siendo mayoría aunque todos los izquierdistas con cargos ejecutivos, muchos de los cuales fueron arrestados por el gobierno fascista, hubieran sido excluidos y reemplazados. Era una revista dirigida por el partido, pero contaba con el apoyo económico exclusivo de las suscripciones de compañeros y lectores co-activos. Luego, el doble número 6-7, de junio-julio de 1924, fue el último número porque la Central del PCd'I decidió abruptamente suprimirlo, sin consultar a quienes habían tomado

la iniciativa de esta revista; el pretexto con el que la Central lo reprimió se dio por sentado: «*podría convertirse en un centro de actividad y agitación de la izquierda y de Bordiga*». La aportación de Bordiga con sus escritos fue regular, comenzando por *El movimiento dannunziano*, para luego continuar con *Lenin en el camino de la revolución* (en el n. 3, marzo de 1924, dedicado íntegramente a Lenin), con *Comunismo y la cuestión nacional y Organización y disciplina comunistas*.

Después de la supresión de Prometeo, en una carta enviada y firmada por Amadeo Bordiga en la segunda quincena de agosto de 1924 al C.E. del Partido Comunista de Italia, Ugo Girone y Michele Bianco (líder de los terceristas), se destacan las características de la revista y su gestión: «*fue nombrado por decisión del C.E. un comité de redacción y control con compañeros pertenecientes a los dos cuerpos [del PCd'I y la fracción tercerista, NdR]; todos los compañeros comunistas y de terceristas capaces de hacerlo fueron invitados a colaborar regularmente; nunca se publicó ningún escrito que tuviera el carácter de intervención en la discusión sobre la dirección del partido, ni por iniciativa de la redacción ni por iniciativa de colaboradores individuales; nunca ninguna observación hizo el Ejecutivo y sus representantes sobre la dirección de la revista en general*».

en 1914 Italia, a pesar de los compromisos firmados en la Triple Alianza con Austria y Alemania, se declaró neutral, tomó tiempo, también porque no estaba en absoluto preparada para apoyar el esfuerzo de una guerra mundial que vio el frente enemigo formado por potencias imperialistas de primer orden: Inglaterra, Francia y Rusia. Esta neutralidad, considerada por Alemania y Austria como una traición, fue interpretada por las potencias de la Entente como una posibilidad real de involucrar a Italia en la guerra contra los austríacos y alemanes; y sus respectivas diplomacias trabajaron hacia este mismo objetivo. Por otro lado, el beneficio militar inmediato lo obtuvo Francia que, gracias a la neutralidad de Italia, pudo trasladar sus divisiones del frente italiano al alemán. Acordada en secreto con británicos y franceses en el famoso Pacto de Londres de marzo de 1915, Italia canceló el tratado que la unía a Austria y Alemania en la Triple Alianza y en mayo de 1915 declaró la guerra a Austria participando así en esa feroz masacre mundial que, en Italia, mató no menos de 680 mil personas (para Austria-Hungría hubo más de 1,5 millones, para Alemania, más de 2 millones, para Francia más de 1 millón y 400 mil, para Inglaterra casi 800 mil), sin contar los heridos, los desaparecidos, los muertos y los heridos incluso entre la población civil.

Tras salir victoriosa de la guerra, Italia esperaba no sólo que se cumplieran las promesas contenidas en el Pacto de Londres que precedió a los largos años de guerra, sino que se mantendrían sus ambiciones en lo que respecta a Fiume, Dalmacia y Albania. Sin entrar en el laberinto diplomático en el que, durante la guerra, las potencias de la Entente, Inglaterra y Francia, unidas por los Estados Unidos que entraron en guerra en diciembre de 1917, planearon la partición de Europa y las colonias alemanas una vez finalizada la guerra, la burguesía italiana no obtuvo satisfacción a sus aspiraciones imperialistas, especialmente por los dictados del presidente estadounidense Wilson, quien consideró más conveniente para la pacificación de los Balcanes para satisfacer las ambiciones yugoslavas sobre Dalmacia e Istria, dada la fuerte presencia de croatas y eslovenos especial-

mente en las campañas de estas dos regiones, que no aceptara todas las peticiones italianas a las que incluso Clemenceau, por Francia, se había declarado en contra para no darle a Italia la oportunidad de controlar todo el Adriático, y por tanto los puertos del lado este, tan estratégicos para el comercio con todos los países de Europa del Este.

Tres años después del comienzo de la Gran Guerra, en Rusia, el gobierno belicista de Kerensky había sido derrocado por la Revolución de Octubre de 1917 y los bolcheviques dirigidos por Lenin, tomaron el poder y establecieron la dictadura del proletariado. Uno de los primeros objetivos del poder bolchevique fue la liquidación de la guerra, la búsqueda de la paz a toda costa y en el menor tiempo posible; este objetivo que formaba parte del programa revolucionario de los comunistas desde antes de la guerra y que la gran masa de soldados, campesinos y obreros esperaba desde hacía tiempo; el ejército ruso, de hecho, estaba ya agotado y en decadencia, tanto por las consecuencias de los tres años de guerra, como por la labor derrotista que los bolcheviques y los socialrevolucionarios venían realizando desde el inicio de las operaciones bélicas. Los bolcheviques habían llamado a todas las potencias implicadas en ambos frentes a participar en las negociaciones de paz, pero Inglaterra, Francia e Italia se negaron: querían continuar la guerra, seguros de poder ganarla y dividir Europa según los proyectos ya construidos desde 1913. Brest-Litovsk, por lo tanto, acogió las negociaciones solo entre Rusia y Alemania y se sabe que para la Rusia proletaria las condiciones de paz eran particularmente duras. Por tanto, la Rusia revolucionaria había retirado sus tropas de los frentes de guerra, constituyendo, desde un punto de vista estrictamente militar, la cesión de apoyo a los Estados de la Entente; los alemanes y austrohúngaros, por supuesto, se aprovecharon de la situación y trasladaron la mayor parte de sus divisiones del este al frente occidental. Pero en diciembre de 1917 Estados Unidos también entró en la guerra: el pastel Europa era tan tentador para Washington, que su entrada en la guerra marcaría, de hecho, el ascenso estado-

y en particular. Por tanto, la redacción de la revista no ha cometido ningún acto que pueda justificar en lo más mínimo una suspensión urgente». Además, en esta carta se destacaba que la revista «sin menoscabar en modo alguno el derecho de control administrativo del Partido, no pesó ni un centavo en su presupuesto» [Cfr. A. Bordiga, Escritos 1911-1926, Fundación Amadeo Bordiga, 2019, vol 8, págs. 636-639]. Como era habitual en el comportamiento de Bordiga, se revelaron todos los aspectos burocráticos con los que se quiso acotar y silenciar las razones políticas, así como teóricas, de la Izquierda Comunista, pero nunca con el objetivo de justificar actos de fraccionalismo e indisciplina hacia la Internacional y hacia el Partido que, en cambio, intentó por todos los medios de involucrarlo personalmente – después de aprovechar su arresto para reemplazarlo a él y a los miembros de la izquierda de la CE y sabiendo perfectamente qué posiciones seguía defendiendo Bordiga – proponiéndole la participación en el Ejecutivo del partido italiano e incluso en la vicepresidencia de la Internacional, cargos que Bordiga rechazó sistemáticamente desde entonces por motivos exclusivamente políticos, siendo un exponente de la Izquierda Comunista que a partir de las tesis de Roma en adelante siempre se ha opuesto a toda una serie de decisiones tácticas y organizativas tomadas por la Internacional y por

la Central del partido italiano (frente único político, fusión con el PSI, aceptación de partidos «simpatizantes» en la Internacional, etc.), no habría podido hacer otra cosa que discutir sistemáticamente todas las decisiones tácticas u organizativas importantes que los Ejecutivos pretendían tomar, obstaculizando efectivamente su trabajo. Las mismas razones las expuso ante la propuesta perentoria de la Central de ser puesto como primer nombre de la lista electoral en las elecciones de 1924. En la práctica, como simple camarada sin cargos ejecutivos ni en el partido italiano ni en la Internacional, quiso ser libre para expresar plenamente, sin acomodamientos ni limaduras diversas, sus pensamientos, sus posiciones, convencidos de estar en perfecta línea marxista. Eso sí, siempre y cuando se le permitiera y sabiendo muy bien que tanto la Internacional como la Central del partido italiano harían todo lo posible para oponerse. Sobre todo, no pretendía ser «cómplice» de toda una serie de medidas y decisiones que iban en sentido contrario al que siempre había propuesto la Izquierda Comunista.

(2) Cfr. *El proceso a los comunistas italianos*, 1923, por C.E. del PCI, Libreria Editrice del PCI, 1924, Reimpresión Feltrinelli. Para el *Memorial y el interrogatorio* de Amadeo Bordiga, véase también «il comunista», primera serie, nn. 6, 7 y 8 de 1984. (pdf en www.pcint.org).

unidense al dominio del mundo. Potencia capitalista e imperialista de primer orden, fue a hacer la guerra no en casa, sino en otros países, al otro lado del océano, sin haber sufrido ninguna destrucción y en un momento en que su contribución se estaba volviendo decisiva en cuanto a posibilidad de victoria de la Entente. Inglaterra temía a Alemania no sólo por su poder económico sino también militar y por el hecho de que se había equipado con una flota militar que podía poner en peligro la supremacía británica en los mares del mundo; Francia tenía cuentas pendientes con Alemania desde los golpes recibidos en la guerra franco-prusiana de 1870-71, y tenía interés, además de reducir significativamente su poder económico, también en recuperar la región de Alsacia-Lorena, rica en materias primas, y tal vez una parte de la vecina Baja Renania y Palatinado. Rusia no fue una excepción; tenía la intención de anexar una gran parte de Polonia y Prusia Oriental; e Italia, por su parte, en sus reuniones secretas en Londres con los exponentes de la Entente, pretendía anexar el Trentino, Trieste, Istria y Dalmacia, regiones que históricamente habían tenido la impronta «italiana» por parte de la República Marítima de Venecia y donde, como ya hemos dicho, las ciudades estaban pobladas principalmente por italianos. Todos estos intereses formaron parte de las reuniones que los distintos cancilleres mantuvieron en 1913, mucho antes de que estallara la guerra e incluso antes de saber cuánto duraría y cómo iría. Entre bandidos imperialistas se entendían a la perfección y se preparaban para desatar una guerra que habría causado más de 60 millones de muertos.

La guerra terminará con la victoria de Inglaterra, Francia, Estados Unidos e Italia sobre Alemania y Austria-Hungría. La liga de los imperialismos que resultó más fuerte ganó a la liga de los imperialismos que resultó ser más débil; Alemania, a pesar de la cacareada «victoria» en las conversaciones de paz en Brest-Litovsk con la Rusia bolchevique, eventualmente sufrirá duras condiciones de rendición que la burguesía alemana se preparará para volver a poner sobre la mesa de los conflictos interimperialistas en los próximos veinte años. Habsburgo, que colapsó miserablemente, dejará sin resolver una gran cantidad de «cuestiones nacionales», especialmente en los Balcanes, incluida la «cuestión del Adriático».

La «cuestión del Adriático», para Italia, de hecho, se resumió en la «cuestión de Fiume»: la ciudad de Fiume se convirtió en el objeto del conflicto entre Italia y sus aliados. Ya en 1915, antes de que Italia entrara en guerra junto a la Entente, la cuestión de Fiume había sido discutida entre británicos, franceses y rusos en la hipotética partición de los territorios dominados por Austria-Hungría y Alemania, avanzando la hipótesis de Fiume como una «ciudad libre», precisamente para permitir que todos los poderes vencedores en la guerra la utilicen para sus propios negocios sin tener que someterse a obligaciones aduaneras de Italia o Serbia en este caso, obviamente, de que la ciudad fuera anexada a uno de estos países. La fórmula de «ciudad libre» o «Estado libre» de Fiume no fue por tanto una idea de Salvatore D'Annunzio, al cual por el contrario se debe ciertamente el total apoyo a la iniciativa tomada en 1919, de ocuparla militarmente por un grupo de ex combatientes y ex arditi de la primera guerra mundial, los cuales pedirán a D'Annunzio convertirse en comandante supremo. Las tratativas que las potencias vencedoras en el conflicto comenzaron de inmediato luego del fin de la guerra terminarán por favorecer la solución que daba Fiume a los yugoslavos después de un periodo de 10-15 años durante el cual estaría

autogobernada como «ciudad libre», naturalmente bajo el control anglo-francés. Solución que para los ex combatientes y ex arditi italianos resultaba muy estrecha, tanto que se enfrentarán con la actitud del gobierno italiano considerado demasiado débil con respecto a las reivindicaciones «irredentistas» que les habían animado durante los 4 años que duró la guerra. En septiembre de 1919, cuando las divisiones de la posguerra aún no se habían consolidado, los legionarios (3) reunidos en Ronchi se organizaron para ir a ocupar Fiume, donde estaban estacionados los contingentes franceses e ingleses, antes de que se completaran los juegos de división entre las diferentes naciones. Se volvieron hacia D'Annunzio y no hacia Mussolini, porque en el soldado-poeta reconocieron un espíritu de iniciativa y atrevimiento (sus vuelos sobre Viena y Trieste durante la guerra se habían vuelto míticos), vestidos de un sanguinario patriotismo y, al mismo tiempo, mitificado, que no encontraron en Mussolini.

La «marcha sobre Fiume, más allá del mito guerrerista que la envolvía, supuso la efectiva ocupación pacífica de la ciudad por parte de los legionarios, también porque, anteriormente, las guarniciones francesas e inglesas se retiraron precisamente para evitar un enfrentamiento militar con los legionarios y no iniciar otro fuego frente del cual los serbios ciertamente no se habrían retirado, dado que ellos también reclamaron Fiume y las mismas tierras reclamadas por los italianos.

Habiendo tomado Fiume, D'Annunzio reclamó su inmediata anexión a Italia, mientras que el gobierno de Nitti intentó, durante meses, negociar en la Conferencia de París una solución de compromiso como querían Francia e Inglaterra. En la provisional «ciudad libre» de Fiume, en octubre de 1919, se celebraron elecciones que dieron la victoria al grupo político autonomista apoyado por el Partido Socialista local, que excluyó la anexión tanto a Italia como al Reino de los serbios, croatas y eslovenos. D'Annunzio anuló las elecciones; Badoglio que, en nombre del gobierno, negoció el compromiso con D'Annunzio, sin obtener ningún resultado, fue reemplazado por el general Cavaglia, mientras que en el Consejo Nacional de Fiume (establecido en octubre de 1918), Giuriati, que se había opuesto a la Anulación del plebiscito, fue reemplazado por Alceste De

(3) En Fiume, en octubre de 1918, se creó un Consejo Nacional para apoyar la anexión de la ciudad a Italia. Se sabe que en la Conferencia de París (18 de enero de 1919 - 21 de enero de 1920) el entonces Primer Ministro Orlando abandonó la Conferencia porque el presidente estadounidense Wilson y Francia se negaron a reconocer las promesas hechas a Italia en el Pacto de Londres de marzo de 1915 si Italia hubiera entrado en guerra junto con la Entente, en particular en la antigua costa adriática de los Habsburgo a la que se agregó la solicitud de anexar también la ciudad de Fiume ya que su población era mayoritariamente italiana. En Fiume, en abril de 1919, excombatientes y ex arditi habían formado una legión de voluntarios que pretendían defender la ciudad sobre todo del contingente de ocupación francés, abiertamente proyugoslavo. Ronchi di Monfalcone, como se llamaba la ciudad hasta 1925; tomó el nombre de Ronchi dei Legionari, en honor a los Legionarios dannunzianos que partieron de allí el 12 de septiembre de 1919 para ir a ocupar Fiume en la llamada «marcha sobre Fiume».

Ambris, un ex sindicalista revolucionario e intervencionista de «izquierda» llamado a Fiume precisamente por D'Annunzio. Y es Alceste De Ambris quien redactará la famosa Carta de Carnaro (o «Quarnaro») que se convirtió en el Estatuto de la ciudad de Fiume que D'Annunzio considerará la base constitucional de toda Italia. De hecho, Mussolini se referirá posteriormente al contenido de esta Carta, especialmente en lo que respecta al esquema de las Corporaciones en el cual enmarcar a todos los sectores económicos y sociales en una política de colaboración de clases que se convertirá en el eje en torno al cual la política de implicación de las masas proletarias en la ilusión de superar así los conflictos de clases.

Y es del contenido de esta Carta que comenzará la discusión de Amadeo Bordiga sobre el movimiento D'Annunzio.

Dado que la dirección de la Internacional había decidido sustituir a los miembros de izquierda de la Central del PCd'I, comenzando por Amadeo Bordiga, por compañeros menos intransigentes y más dispuestos a aplicar las directivas del IC, Amadeo Bordiga utilizó sus energías y su tiempo para continuar la batalla política en la misma línea que lo había distinguido en todos los años anteriores, sin desviarse nunca, ni siquiera en el comportamiento personal, de la rectitud política y moral que le reconocía internacionalmente. Ya no involucrado a diario en las tareas prácticas de la dirección del partido, y sin dejar de contribuir sustancialmente a la defensa de las tesis de la izquierda en todos sus aspectos, incluso en la lucha contra la burocracia y los métodos disciplinarios que ahora los centristas estaban aplicando a gran escala tanto en la Internacional como en el PCd'I (especialmente después de la muerte de Lenin), Amadeo Bordiga también se dedicó a profundizar en la valoración de algunos hechos o movimientos para los que antes no tenía tiempo. Fue el caso del dannunzianismo.

Anteriormente se había ocupado de la «cuestión de Fiume»; en el artículo de 1921 *Fiume y el proletariado* (4) Amadeo Bordiga, que había estado en Fiume, resumía un poco la historia de la ciudad, destacando que la ciudad con su puerto siempre había sido, incluso bajo la monarquía de los Habsburgo, un elemento de contraste entre húngaros y serbo-croatas; también recordó que la situación en Fiume, al final de la guerra, había precipitado al proletariado de Fiume a una situación de particular depresión, dado que la industria de la construcción naval y los negocios que antes habían dado una cierta prosperidad a la ciudad se habían derrumbado por completo («*Se calcula que el ochenta por ciento de los trabajadores están desempleados y, por lo tanto, luchan contra la pobreza*»). De hecho, «*Fiume, en la situación actual, ya no es la salida de un hinterland*» y, por otro lado, «*Italia y Yugoslavia no carecen de puertos y no necesitan el de Fiume para la salida marítima de su comercio*». Esto no cambia el hecho de que en torno a la «cuestión fiumana» se habían concentrado una serie de conflictos políticos, promesas y decepciones, de tira y encojes entre Yugoslavia e Italia complicada por los contrastes interimperialistas que oponían a la Francia decididamente pro-serbo-croata a Italia que reivindicaba la histórica «italianidad» de Fiume así como de otras ciudades dálmatas y el interés económico compartido por todas las potencias vencedoras de hacer de Fiume el puerto internacional abierto al comercio con toda Europa del Este y con la propia Rusia, aunque el poder político bolchevique representaba una seria amenaza en el lado del imperialismo que Londres como París y Washington, creían poder «recuperar» preci-

samente a través de los intercambios comerciales, ya que el apoyo a los ejércitos blancos en la guerra civil no había derrocado la dictadura roja. Si las ciudades, además, como Fiume, Trieste y las ciudades dálmatas desde Zadar hacia abajo, estaban pobladas principalmente por italianos, los condados eran principalmente eslavos, en el caso de Trieste eslovenos, en el caso de las otras ciudades, croatas. Por lo tanto, las reclamaciones «nacionales» serbo-croatas tenían una base material real y las potencias ganadoras de la guerra no podían dejar de tenerlas en cuenta, ya que el objetivo – para la reconstrucción de la posguerra y la reanudación del comercio – era pacificar todas las zonas. en el que los enfrentamientos en los frentes de guerra habían destrozado a todas las poblaciones vecinas.

El proletariado de Fiume expresó un profundo y generalizado descontento, también porque, aunque la guerra había terminado durante casi tres años, sufría «*una continua incertidumbre de la situación y del mañana*»; «*Los miles de hostigamientos sufridos, los continuos giros políticos seguidos de continuas decepciones, han llevado a la masa proletaria a un estado de apatía del que parece incapaz de recuperarse. Social y políticamente, la clase obrera sería la más fuerte en la ciudad y en el estado de Fiume, pero demasiadas fuerzas económicas y políticas burguesas están cubiertas desde fuera para que el proletariado pueda llevar a cabo con éxito su lucha contra la burguesía local*». Las burguesías locales, italiana y yugoslava, se tornarían inevitablemente, dice el artículo, «*hacia los gobiernos de los países vecinos y de su protección sacarán la fuerza para evitar que el proletariado local vaya demasiado lejos en el camino de la afirmación de sus derechos*» (5). Ni siquiera en el campo de la defensa inmediata logró el proletariado expresarse de manera autónoma. Se sabe que los D'Annunzio, capitaneados por Alceste De Ambris, entre sus primeros objetivos estaba paralizar y destruir la actividad autónoma del proletariado de Fiume utilizando todos los medios, legales e ilegales, para poner al proletariado en un estado de absoluta inferioridad. De hecho, utilizaron tanto el chantaje vinculado a la antigua ley austriaca de «pertinencia», vigente en Fiume desde 1874, según la cual solo quienes eran «pertinentes» a la ciudad, es decir, vivían en Fiume desde 5 años al menos, tenían derecho de ciudadanía, voto y residencia, así como los actos de fuerza dirigidos contra las sedes de las organizaciones proletarias de Fiume para destruirlas. Así, los proletarios en el nuevo Estado dannunziano de Fiume, especialmente si eran socialistas y comunistas, podían ser desalojados de la ciudad en la que habían vivido durante décadas y, por lo tanto, eran considerados extranjeros peligrosos, mientras que los seguidores y simpatizantes de D'Annunzio y los fascistas, incluso si llegaban a la ciudad por muy poco tiempo, obtuvieron la pertinencia de inmediato del gobierno de la ciudad y del municipio. Así es como «*el proletariado se encontró y se encuentra en una condición de evidente inferioridad, no solo porque carece del derecho al voto, sino también porque no tener los derechos de ciudadanía expone a los trabajadores y sus organizadores a todas las represalias,*

(4) Cfr. *Fiume y el proletariado*, «Rassegna comunista» a. I n. 10, 15 de septiembre de 1921, pp. 458-468; publicada en A. Bordiga, Scritti 1911-1926, cit., vol. 6, pp. 139-151.

(5) Las frases citadas están todas tomadas del artículo *Fiume y el proletariado*.

culminando en lo conveniente para los opositores, de desalojo de la ciudad».

Pero, ¿levantará la cabeza el proletariado de Fiume? A esta pregunta, el artículo, teniendo en cuenta la situación real, responde: «*Si la ciudad no se recupera económicamente, el movimiento proletario tendrá dificultades para fortalecerse*»; pero incluso si los trabajadores, en un arranque de exasperación, tomaran el poder en Fiume, se encontrarían en una situación nada favorable dado que en pocas horas de fuera de las fuerzas militares no solo intervendrían italianos y yugoslavos, sino también los anglo-franceses, para reprimir ese gobierno proletario en un baño de sangre. Era evidente que solo con la reanudación de la producción industrial, y por lo tanto con un gobierno de la ciudad más estable, los proletarios podrían volver a ser «*el eje de la actividad y la vida de Fiume, y sus organizaciones se afianzarían con su propia fuerza*». *derecho y la libertad de movimientos que necesitan para funcionar*»(6).

Finalmente, el tratamiento de Bordiga de este problema no podía dejar de considerar el tema de los vínculos internacionales no solo de la burguesía local, sino también del proletariado de Fiume. La Internacional Comunista, fundada en marzo de 1919, celebró su II Congreso Mundial en julio / agosto de 1920, de manera simultánea con el Ejército Rojo en la Europa oriental contra el baluarte anglo-francés, Polonia, y en el sur de Rusia contra las tropas del último general blanco apoyado por la Entente, Wrangel, que fueron derrotados y cuyas pocas últimas unidades fueron recogidas por la armada francesa en Crimea. Todos los proletarios, incluso los que no tienen tradición socialista, como la IWW estadounidense, los comités de delegados sindicales ingleses, los sindicalistas revolucionarios franceses, italianos, españoles, alemanes y también los movimientos anticoloniales, especialmente en Asia, miraron hacia la Internacional Comunista, que aprovecharon la debilidad de las potencias coloniales para hacer avanzar sus reivindicaciones incluso con las armas (7). Todas las potencias imperialistas tenían interés en impedir que los proletariados de sus países se organizaran realmente para la revolución bajo la dirección de los partidos comunistas que, entre tanto, se estaban formando; pero al mismo tiempo tenían interés en reanudar la producción y el comercio para lo cual era necesaria alguna forma de «*pacificación interna*» con sus propios proletariados. Y es en función de esta pacificación interna que los oportunistas socialdemócratas y socialpatriotas que ya dieron la espalda a los proletarios al estallar la guerra en 1914 volvieron a tener un rol protagónico; pero su trabajo, a pesar de resultar fundamental para la reorganización burguesa de la posguerra, no fue suficiente para la burguesía imperialista que pretendía destruir cualquier posibilidad revolucionaria futura del proletariado, y por tanto los movimientos que las clases medias y las capas pequeñoburguesas más arruinadas por la guerra estaban instalando fuera de las tradiciones socialdemócratas y anárquicas, estaban asumiendo un papel que en pocos años será fundamental, como lo demostrará el fascismo de Mussolini, primero, y el nacionalsocialismo de Hitler, después. No es

casualidad que estos movimientos, al tiempo que actuaban claramente contra los proletarios, atacándolos y destruyendo las sedes de sus organizaciones y sus periódicos, se presentaran como los ejecutores de aquellas reformas que los socialistas venían reclamando durante años pero que no lograron obtener a través de formas parlamentarias. Fueron movimientos armados, que utilizaron la fuerza no solo contra el proletariado, sino también contra el parlamento y los parlamentarios, al tiempo que proponían el método electoralista como herramienta para ganarse la confianza del proletariado. El primer fascismo, el nacido en Sansepolcro, mezcló los colores del nacionalismo y el socialismo reformista, y el movimiento dannunziano, en referencia al mismo origen, completará la pacificación ideal entre burgueses y proletarios en el sistema de Corporaciones que el propio fascismo de Mussolini recuperará para implementar la nueva política de la burguesía en general y nacional: *la política de colaboración de clases*, una política tan afín al poder burgués que sobrevivirá a la derrota militar del fascismo en la segunda guerra mundial imperialista, situándose como la columna vertebral de la política burguesa a partir de 1945.

Por tanto, para Amadeo Bordiga, profundizar sobre el tema del movimiento dannunziano no fue un ejercicio intelectual para darle a este movimiento una especie de primer nacimiento del fascismo. El contraste entre el movimiento fascista y el movimiento dannunziano no se deriva de la rivalidad con Mussolini, rivalidad que ciertamente existía, además entre individuos que exageraban sus respectivos gestos y enfatizaban su propio lenguaje como en una representación teatral permanente. Surgió del horizonte político en el que se movieron y de los verdaderos objetivos que se habían fijado. D'Annunzio, poeta-soldado, dio mucho más peso a la estética con la que presentó su ideal de «*pacificación interna*», combinándolo con audaces hazañas individuales que le permitieron sentirse y ser considerado un «*héroe*», pero, como comandante, delegó voluntariamente los asuntos corrientes en otros oficiales, como hizo con Alceste De Ambris. Mussolini, que pasó de un político de intransigencia socialcomunista a un politcantismo teñido de patriotismo cubierto por una romanidad imperial teatral, que le permitió ampliar el horizonte más allá de las fronteras históricas de la península italiana y sentirse «*igual*» entre los representantes de las principales potencias occidentales dieron más peso a la organización y su eficiencia. La burguesía italiana, mientras pendía al menos un par de años después de la guerra entre los dos, no tenía que «*elegir*» entre uno y otro, porque en realidad ya había elegido a Mussolini, mucho más confiable desde un punto de vista político, pero contaba con que el artista D'Annunzio podría ser de gran utilidad para atraer a los estratos proletarios de las tierras fronterizas, por turbulentas que fueran las fronteras orientales, en un período en el que los disturbios, las huelgas, los levantamientos proletarios podrían formar la base de un movimiento revolucionario que se estaba arraigando en las grandes ciudades industriales (Turín, Milán, Génova, Trieste) y en el campo gracias a las luchas de los trabajadores en el valle del Po y en el sur, particularmente en Puglia.

Sin embargo, el interés por el movimiento dannunziano se dio al investigar cómo se movilizaron las clases medias pequeñoburguesas, en el período de gran descontento proletario y potencial revolucionario desencadenado por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, y qué

(6) *Ibidem*.

(7) Ver Historia de la Izquierda Comunista, vol. II, cap. IX, *El II Congreso de la Internacional Comunista, un clímax y una encrucijada*, págs. 545-661.

efecto sobre el proletariado pudieron generar. tener las pretensiones y argumentos de movimientos como el fascista y el dannunziano. Era importante distinguir con gran precisión las posiciones caracterizadas por el comunismo revolucionario de cualquier otra posición que, de una forma u otra, pudiera ser asimilada o compartida por el proletariado. El problema que se planteó, en el caso de un movimiento revolucionario proletario efectivo que avanzara por la conquista del poder, no fue solo cómo se comportarían los estratos pequeñoburgueses arruinados por la guerra y la crisis de posguerra, sino de qué manera y en qué medida el partido de clase podría haber atraído a una parte de ellos al campo proletario o podría haberlos neutralizado, separándolos de la fuerte influencia de la gran burguesía. Pero, como se afirma hacia el final del artículo, «*en estas situaciones es muy difícil que los grupos de las clases medias no opten, entre las dos dictaduras, por la de la burguesía*» (8).

Indiscutiblemente, el fascismo se impuso, incluso sacando mucho de D'Annunzio, por ejemplo de la Carta de Carnaro en lo que respecta a las Corporaciones, e incluso

del drama protagonizado por los legionarios de Ronchi, bajo la dirección de D'Annunzio, en la «marcha sobre Fiume» que, después de la ocupación de la ciudad, debería haberse transformado en la «marcha sobre Roma», partiendo de Fiume y bajando hasta la capital. En cambio, la marcha sobre Roma la llevó a cabo Mussolini, como sabemos, en un coche-cama, mientras sus tropas descendían desde el norte a la capital, escoltadas por el ejército y la Guardia Real para que no se produjese ningún enfrentamiento armado en el camino.

Pero de ninguna manera resta valor al hecho de que tanto el movimiento D'Annunzio como el movimiento fascista de Mussolini fueron movimientos absolutamente antiproletarios.

(8) Cfr. Movimiento dannunziano, «Prometeo» nn. 1 y 2, 15 de enero y 15 de febrero de 1924. También en A. Bordiga, *Scritti 1911-1926*, cit., Vol. 8, págs. 261-287.

El movimiento dannunziano

I. La doctrina

Pocos de los actuales movimientos políticos italianos se preocupan de aportar a amigos y enemigos los elementos aptos para definir con claridad sus opiniones, métodos y objetivos. Un marxista puede estudiar los movimientos políticos hallando sus explicaciones fuera de sus textos y declaraciones oficiales, como por ejemplo la explicación marxista de la Revolución Francesa que hace *tabula rasa* de las tesis históricas y sociales contenidas en la Declaración de los Derechos Humanos y en las ideologías políticas que aquella revolución reivindica y exalta; sin embargo, es cierto que un primer aspecto del estudio, debe consistir en el examen del modo en que cada partido o agrupación anuncia oficialmente su pensamiento y política.

Tratando de examinar el movimiento «dannunziano» (considerando mientras tanto que esta ortografía sea correcta), podemos decir que poseemos algún elemento *auténtico* de manera satisfactoria desde el punto de vista de la doctrina política; mucho menos por esto que se pertenece a la orientación práctica y táctica actuales en el cuadro de la vida italiana. Comenzamos considerando la primera cuestión, valiéndonos para esto del documento que los militantes del dannunzianismo no cesan de reivindicar como su Evangelio político: la *Carta* de Libertad del Carnaro, es decir, el Estatuto del Estado Libre de Fiume (1), promulgado por el Comandante Gabriele D'Annunzio del 8 de septiembre de 1920.

No pensamos tratar aquí el «problema Fiumano» (sobre esto, quien escribe tuvo que exponer algunas ideas luego de una visita a la ciudad en 1921, es decir, después de la partida de D'Annunzio, en un artículo – *Fiume y el proletariado* – publicado en *Rassegna Comunista* del 15 de septiembre de 1921) ni invocar, contra el carácter pretendidamente pro-obrero de la susodicha Constitución, los entuertos infligidos a los trabajadores por el régimen de la Reggenza. La Carta del Carnaro es considerada hoy por los dannunzianos como un programa político «para Italia»: pero incluso en esto seremos muy poco imparciales, además de hacer objeciones sobre disposiciones de detalle particularmente adaptadas a un Estado tan sui generis como lo era el de Fiume. Nosotros pedimos y encontramos en la Carta, un texto reconocido del que se puede poner en claro, para discutirla, una declaración de principios políticos, comenzando por discutirla lo de «clasificarla».

La Carta declara su tradición histórica con referencias a la Romanidad imperial, a los conceptos religiosos genéricos, al *Risorgimento* italiano, a la victoria italiana en la guerra mundial y, en cierta forma, a las comunas libres medievales. Demasiados elementos históricos, por lo tanto; y, para orientarnos, preferiremos el examen objetivo de su contenido político y social. Pero no podemos dejar de preocuparnos por una afirmación que ha... circulado mucho, a saber, que el Estatuto Dannunziano es casi de carácter soviético, lo que representa una aplicación latina, en cierto sentido, de las conquistas de la revolución rusa, y de otra afirmación menos osada, que abarca ciertas líneas de *sindicalis-*

mo, como afirmó en su *Comento* de Alceste de Ambris, colaborador de D'Annunzio y jefe del sindicalismo secesionista italiano que, en 1915, constituyó la Unión Sindical Italiana con tendencias intervencionistas, pero también antes de la guerra había mantenido actitudes muy poco clasistas. Digamos inmediatamente cómo, en nuestra opinión, el documento que consideramos debería ser clasificado: es una constitución claramente «democrática» en fundamentos, complementada por las medidas del reformismo social que durante décadas han sido el bagaje del trabajador de extrema derecha y sedicente socialista. Los principios de la Constitución son los de la revolución burguesa, subrayados bajo la luz ideal en la que los elementos izquierdistas de la democracia siempre los han visto.

Algunas de sus normas codifican las reivindicaciones sociales del proletariado que, aunque parezcan audaces, no son incompatibles con un régimen político democrático y, paralelamente, con una economía capitalista. Los elementos de originalidad, si es que los hay, no pueden aceptarse como un acercamiento a las concepciones revolucionarias, incluso si se admite el punto de vista cuestionable de que existe un *quid medium* entre una democracia burguesa avanzada y el régimen de la dictadura del proletariado de la cual ahora tendremos que recordar los caracteres distintivos y específicos.

Los principios de la democracia «clásica» se encuentran, sobre todo, en el art. IV donde se dice que la Reggenza se basa en la «soberanía de todos los ciudadanos sin distinción de sexo, raza, idioma, clase, religión». Más adelante tendremos en cuenta las palabras que siguen inmediatamente a los «derechos de los productores». Esos principios se recalcan en los artículos V, VI, VII (libertad de pensamiento, de prensa, de reunión, de asociación, de culto). Podría parecer una excepción a estas normas lo que sancionan los artículos XXXXIII y siguientes, sobre la posibilidad de la elección de un dictador (llamado el Comandante), pero no nos sorprenderá que cada democracia, más que en la verdadera realización terrenal de las figuras divinas que se llaman Libertad, Igualdad, Fraternidad, llegue a desembocar en los proconsulados. Puede ser un acto de sinceridad declarar en la carta constitutiva.

Las reivindicaciones de la democracia de izquierda están todas contenidas en el Estatuto. Tanto para el voto a las mujeres (XVI), como para la nación armada (XXXXVII y siguientes), el sufragio universal y proporcional (XXIX), la instrucción popular y la laicidad de la escuela (LIV), el voto a los soldados, los principios de iniciativa, referéndum, petición, revocación y responsabilidad de los funcionarios.

A continuación indicamos las reivindicaciones más conocidas de carácter social y reformista, tales como el salario mínimo, sumado a la garantía estatal contra el desempleo, la asistencia a los enfermos e inválidos, las pensiones de vejez (artículo VIII), la estatización del Puerto y de los ferrocarriles, juntas de arbitraje entre trabajadores y empleadores, o Tribunales del Trabajo (artículo XXXIX).

Algunas otras normas se toman prestadas de programas de otras tendencias, incluso en contraste con algunas de las disposiciones indicadas, como ciertas alusiones liberalistas y el principio de puerto franco, que puede parecer poco compatible con una orientación económica estatista en los conflictos sindicales y de estatización de ciertas gestiones, incluyendo las del mismo puerto; y, por otro lado, el reconocimiento de una gran autonomía comunal, no totalmente en sintonía con el carácter centralista de la democracia clásica, y de las recientes teorías nacionalistas, de las

cuales la *Carta* es, en cierto sentido, la filiación.

Pero de todo esto, considerado como un programa de administración estatal en Italia, no nos ocuparemos mucho, puesto que se sabe que estos postulados son parte, todos o casi todos, de cada uno de los programas de renovación política agitados en los últimos años, sin poder dar a ninguno una clara fisonomía. Sin rememorar la crítica de tal reformadorismo, en términos de aplicabilidad práctica y de utilidad real para las masas, es suficiente recordar que no faltan afirmaciones similares en los programas de socialistas unitarios, populares, demócratas de diversos grados, republicanos; y que con tal programa apareció el mismo fascismo, cuya naturaleza era ... lo que es.

* * *

Sin embargo, la *Carta* contiene algunas declaraciones con respecto a la cuestión social y la propiedad que deben examinarse cuidadosamente, aunque no sean tan originales como se podría pensar.

El mencionado artículo IV, después de haber establecido la igualdad de derechos de los ciudadanos de todas las clases, lo cual es la perfecta antítesis del concepto comunista de dictadura, es decir: derechos políticos únicamente para los miembros de la clase trabajadora, agrega: «pero [la Reggenza] extiende y defiende los derechos de los productores sobre todos los demás derechos». La expresión puede considerarse más bien vaga, pero lo cierto es que tiene un valor tendencial al declarar que la igualdad teórica debía ser mitigada con una preferencia por los ciudadanos «productores». Queda por verse, y veremos poco después, quiénes son los productores en el concepto del Estatuto.

Entre tanto, el art. IX nos proporciona la definición de propiedad. Aquí el texto completo:

«El Estado no reconoce la propiedad como el dominio absoluto de la persona sobre la cosa, sin embargo la considera como la función social más útil.

«Ninguna propiedad puede ser reservada a la persona como si fuera parte de ella, ni puede ser lícito que el pereoso propietario la deje inerte y disponga de ella de manera indebida, con exclusión de cualquier otra.

«El único título legítimo de dominación sobre cualquier medio de producción e intercambio es el trabajo.

«Sólo el trabajo es dueño de la sustancia llevada a su máxima ganancia en beneficio de la economía general».

Ante todo, observamos que las democracias capitalistas modernas no han adoptado rígidamente, ni en teoría ni en la práctica, el «*jus utendi et abutendi*» de la ley romana. La fórmula de D'Annunzio tiene cierto parentesco con la que los jacobinos propusieron para la Constitución de 1793, dictada por Robespierre, y que sonaba de este modo: «La propiedad es el derecho que tiene todo ciudadano a disfrutar y disponer de la parte de los bienes que le garantiza la ley. El derecho de propiedad está limitado, como todas las demás, por la obligación de respetar los derechos de los demás. No puede perjudicar ni la seguridad ni la libertad, ni la existencia, ni la propiedad de nuestros semejantes». Es cierto que la Convención no aceptó esta fórmula sin antes hacerle mutilaciones significativas. Pero queda claro, sin buscar otros ejemplos, que una limitación social de la propiedad no está en contraste con los cánones de la democracia burguesa clásica. En cuanto al concepto de que no es lícito dejar la propiedad inerte, se sabe que este no es

rechazado, como dirección de un conjunto de reformas, incluso por los políticos y economistas burgueses.

Luego, para aclarar qué valor tiene el concepto de que solo el título de dominio sobre los medios de producción es el trabajo, veamos más adelante, en el art. XVII: «*serán privados de los derechos políticos ... los parásitos incorregibles a cargo de la sociedad, excepto aquellos que no pueden trabajar debido a una enfermedad o vejez*», - en el art. XVIII: «*solo los productores asiduos de la riqueza común y los creadores asiduos del poder común están en la Regenza como ciudadanos a todos los efectos ...*» - en el art. XIX, que asigna al IV Gremio: «*los empleadores de una empresa de la industria, la agricultura, el comercio, el transporte, cuando no son solo propietarios o copropietarios, sino también, según el espíritu de los nuevos estatutos, directores competentes y asiduos para el acrecimiento de la empresa*».

No negamos que estas fórmulas contengan el borrador, o sean el producto de una cierta crítica del sistema de propiedad burgués. ¿Pero esta crítica tiene un parentesco con la crítica socialista y comunista, y una dirección que conduzca a la eliminación del capitalismo?

Debemos declarar de inmediato que no toda crítica al capitalismo burgués es socialismo, incluso cuando toma su nombre. Los lados criticables del capitalismo son tan evidentes, que ha sido condenado desde los puntos de vista más variados, dando lugar a las doctrinas más opuestas, muchas de las cuales son antitéticas a la del socialismo de clase moderno, la única que ha entendido las razones y puede potenciar las fuerzas que determinarán la caída del régimen burgués. Por ejemplo, una crítica de los horrores producidos por el régimen industrial llevó a invocar el retorno al orden pre-burgués y feudal; como reacción similar a la que condujo a los trabajadores a la destrucción de las máquinas que generaban desempleo: tales críticas y reacciones no dejan de ser anticapitalistas, pero los marxistas las condenan como antirrevolucionarias. Otras críticas, como los sistemas de los socialistas utópicos, más adelante han sido superadas por la doctrina marxista, demostrando su esterilidad práctica con respecto a la destrucción del régimen burgués. Otros métodos los denunciábamos como insuficientes, como sucede con el anarquismo, el sindicalismo, el revisionismo reformista, el cooperativismo puro, etc.

La crítica marxista del capitalismo consiste en comprender e identificar las razones y las etapas de su desarrollo, y en demostrar no solo posible, sino lógicamente insertada en el desarrollo histórico, una organización de la economía opuesta y superior a la de la sociedad burguesa. Esta nueva organización se diferencia por la abolición de la empresa privada y la economía competitiva individual, y el establecimiento de una administración central y colectiva de las fuerzas productivas. La superioridad del rendimiento de esta nueva organización reside en su correspondencia con el uso científico de los recursos que la humanidad dispone hoy en día, incluso más de lo que se lograría numéricamente con la abolición del desperdicio de riqueza causado por el parasitismo de los capitalistas vivos a expensas del trabajo expropiado al proletariado. El problema de la justicia distributiva se coloca bajo la luz más amplia de un problema de organización superior. La crítica al capitalismo llevada a cabo de manera marxista demuestra que este, para apropiarse de una plusvalía dada en detrimento de la clase proletaria, instaura y mantiene por todos los medios un mecanismo social que dispersa los esfuerzos productivos útiles en una dimensión muy superior a ese margen que deja el fraude.

Más que acusar al régimen burgués de ser injusto y cruel, el marxismo lo denuncia por irracional y, más que denunciarlo lo condena, demostrando que está destinado a ceder el sitio a formas más elevadas de vida social. Por contra, una crítica puramente «moral» del capitalismo, nunca podrá entender cómo sus crueldades en un determinado punto de su desarrollo hayan sido necesarias, y no entenderá, lo que es peor, por qué otros actos de crueldad y aparente injusticia serán también inevitables en la lucha por destruir el capitalismo mismo.

Vemos en el tipo de crítica dannunziana del capitalismo, o a un cierto aspecto de él, una crítica moral y no científica. De hecho, no hay rastro de crítica científica del capitalismo donde el tipo económico de la empresa privada y el ambiente de libre competencia sean condenados, aunque solo sea en teoría. Estas figuras de un economismo individualista no son eliminadas ni siquiera un poco del pensamiento social que ha dictado la *Carta*, que, además de hablar en términos inequívocos sobre la subsistencia de la empresa privada, art. IV elogia «el juego armónico de la diversidad» para la revitalización de la vida común, un concepto que literalmente no es repudiable, pero que demuestra su filiación individualista de manera evidente.

Sigue siendo una condena del capitalista parasitario puro, del *rentista*, del propietario, dirija o no su propia empresa. Pero esta condición, si bien puede servir para sanar desde un punto de vista ideal la figura moral del empleador ciudadano, nada cambia la naturaleza del capitalismo, ni siquiera su injusticia distributiva fundamental. De hecho, que la empresa sea dirigida por un técnico o administrador pagado con una pequeña fracción de la ganancia total o sea dirigida por el propio dueño, esto no cambia en absoluto la injusticia de la asignación de la ganancia en detrimento de todos los trabajadores de la empresa misma. Sería preferible, incluso desde el punto de vista del cálculo más banal, que un parásito tomara de la granja un fruto sobre diez y dejara el resto a los trabajadores, a que un jefe propietario que otorgando su trabajo que vale diez o veinte, obtuviera un beneficio de cien o mil. Esto sin mencionar que aquí el problema de la mejor organización colectiva opuesta a la capitalista ni siquiera es aflorado. No es necesario saber que socialismo, incluso en el sentido más modesto, significa la imposibilidad del control privado sobre los medios de producción, mientras que el artículo examinado, incluso en su fórmula aparentemente más audaz, atribuye al trabajo la calidad de título para conservar tal dominio. Ni siquiera estamos en presencia de la fórmula para devolver a cada trabajador su parte de herramientas de producción, lo que nos devolvería a la artesanía, o a aquella que quiere transformar la empresa burguesa privada en una cooperativa de quienes trabajan allí, y eso los marxistas lo consideramos insuficiente e irrealizable.

Se puede decir que la *Carta* no podía establecer más que logros modestos, pero hacemos notar al lector que en el documento, dicho en voz alta, nos contentamos con encontrar las líneas de una doctrina social, y en términos de realizaciones, por razones que no discutimos, es cierto que en Fiume no se adoptaron medidas contra la burguesía, ya que ninguna se establece claramente para la implementación programática en otras regiones, excepto que es muy poco audaz en la condena del puro parasitismo personal, en el que en la práctica nunca se encontrarían los extremos, dado que todo ciudadano rico «trabaja», la mayoría de las veces para hacer tráfico y especulaciones que luego hacen pasar como una contribución a la actividad productiva

común, mientras que son solo las artes y los medios para la estafa social.

El pensamiento anticapitalista que se deriva inequívocamente del documento es el de la condena moral – traducida socialmente en una fórmula incompleta – de la apropiación del trabajo de otros por parte de los ricos que no producen ninguna riqueza. Ni siquiera en una sanción severa en asuntos hereditarios se traduce esta condena.

La doctrina que ha dictado la constitución de D'Annunzio no participa, por lo tanto, en las razones positivas y materialistas que los comunistas marxistas aducimos contra el capitalismo. Y no es sorprendente por qué el pensamiento de D'Annunzio no es materialista, sino idealista. La exaltación del espíritu se repite a cada paso destacado de este y de muchos otros documentos dictados o inspirados por D'Annunzio. Ahora, incluso la concepción de una vida moral elevada y heroica no conduce a una crítica fructífera del régimen capitalista o de otra forma de organización social. Si la burguesía pudiera demostrar – como pretende – que su régimen es necesario para garantizar la producción y la vida de la humanidad, que no hay otras soluciones posibles y maduras al problema de la estructura económica, si no hubiera argumentos sólidamente fundados sobre la base de consideraciones técnicas y científicas contra esta afirmación, deberíamos considerar aceptables todos los horrores que circundan a este régimen. Habiendo vencido en la polémica batalla en el terreno positivo y realista, no sería más que un juego, para los defensores del orden social actual, trazar su justificación idealista, moral, espiritual: no hay nada que elegir entre los sistemas ya existentes, hasta aquellos religiosos. Después de todo, cada época y cada clase tiene sus formulaciones de valores espirituales, y la misma dialéctica histórica explica la muerte heroica del *sans culotte* en las barricadas y el guiño cínico del gran especulador industrial entre extravagancias y orgías; el tenientillo que sonriendo infringe su juventud creyendo en el mito de la Patria, y el tiburón que acumula oro en la trastienda.

La posición metafísica de este anticapitalismo de D'Annunzio, puede inspirar cierta simpatía sentimental incluso a nosotros, pero no puede dejar de preocuparnos. Como veremos, una de las razones que diferencian a D'Annunzio de los fascistas es la repugnancia por los medios violentos al valorar las ideologías nacionales y patrióticas, el llamado a la concordia y contra la guerra civil. Pero esta misma posición ideal elimina cualquier posibilidad de desarrollo de la lucha contra las infamias del actual régimen social, que no puede llevarse a cabo victoriosamente sin abrazar medios de acción brutales y crueles, y preparar abiertamente la guerra de clases.

El lema utilizado en los escritos políticos de D'Annunzio: «*si spiritus pro nobis, quis contra nos?*» si bien puede determinar convicciones sinceras y generosas de los militantes que podemos admirar, no nos dice nada a los marxistas. En el campo de las doctrinas, no se puede pensar en el pensamiento de D'Annunzio como un puente entre la ideología burguesa y la ideología proletaria y revolucionaria.

Esta posición salió a la luz en la conversación entre D'Annunzio y Cicerin (2), de quien D'Annunzio se refiere a *Per l'Italia degli italiani* (Italia para los italianos). El invitado «fingía no querer hablar sobre el espíritu y las cosas espirituales». Y es una razón que nos reconforta a nosotros, los comunistas del ala más ortodoxa, el ver como Cicerin, reputado por hacer maniobras situadas muy al margen del comunismo, y susceptibles de transigencias y acomodo-

damientos, sonriendo pusiera el problema de la manera más clara y resoluta diciendo que «en ninguna acta de su gobierno está escrita la palabra *espíritu*, la palabra *alma*».

Esta palabra no se encontrará en las actas de la verdadera, de la única revolución anticapitalista, en la que el proletariado proclamará su dictadura y comenzará a construir la sociedad comunista. Esta es inútil para nosotros, mientras que es servida y sirve a todos los filisteos.

Queda por examinar el carácter que parecería fundamental en la constitución de D'Annunzio, a saber, la introducción en los organismos estatales de una representación de las «Corporaciones profesionales». Las consideraciones a tener sobre este tema serían muchas y de gran importancia, pero nos contentaremos con algunas observaciones esenciales. Vamos a empezar con el informe completo del art. XIX:

«*En la primera Corporación están los trabajadores asalariados de la industria, la agricultura, el comercio, el transporte y los pequeños artesanos y pequeños terratenientes que hacen el trabajo rural ellos mismos o que tienen pocos y ocasionales ayudantes.*

«La segunda Corporación reúne a todos los técnicos y personal administrativo de cada empresa privada industrial y rural, excluyendo a los copropietarios de la compañía.

«*En la tercera, se reúnen todos los empleados de las empresas comerciales, que no son verdaderos obreros; pero los copropietarios también están excluidos de esta.*

«La cuarta Corporación asocia a los empleadores en empresas de la industria, la agricultura, el comercio y el transporte, cuando no son solo propietarios o copropietarios, sino, según el espíritu de los nuevos estatutos, directores sagaces y optimizadores asiduos de la empresa.

«Todos los empleados públicos municipales y estatales de cualquier orden están incluidos en la quinta.

«*La sexta incluye la flor intelectual del pueblo: los maestros de las escuelas públicas y los estudiantes de las escuelas secundarias, los escultores, los pintores, los decoradores, los arquitectos, los músicos, todos aquellos que practican las bellas artes, las artes escénicas, las artes decorativas.*

«De la séptima están todos aquellos que ejercen profesiones libres no consideradas en revisiones anteriores.

«*La octava está constituida por las Sociedades cooperativas de producción, trabajo y consumo, industriales y agrícolas, y no puede ser representado sino por los directores ante las mismas sociedades a cargo.*

«*La novena resume a toda la gente de mar.*

«*La décima no tiene arte ni categoría ni palabra, su plenitud se espera como la de la décima Musa: está reservada a las fuerzas misteriosas del pueblo en trabajo y en ascensión. Es casi una figura expiatoria consagrada al genio desconocido, a la aparición del hombre nuevo, a las transfiguraciones ideales de las obras y los días, a la completa liberación del espíritu por encima del penoso jadeo y el sudor de la sangre.*

«*Está representada, en el santuario cívico, por una lámpara encendida que lleva inscrita una antigua palabra toscana de la era de las Comunas, una maravillosa alusión a una forma espiritualizada de trabajo humano: Fatica senza fatica.*»

También referimos todo lo concerniente a la composición del Consejo de Provisionales, órgano que, junto con el Consejo de los Optimos, elegido con el voto ordinario ejer-

ce el poder legislativo:

«XXXI. - El Consejo de Provisionales se compone de sesenta elegidos, mediante elecciones realizadas bajo la forma del sufragio universal secreto y conforme a la regla de la representación proporcional.

«Diez Provisionales son elegidos por los trabajadores de la industria y trabajadores de la tierra,

«diez por marinos, diez por empleadores,

«cinco por técnicos agrícolas e industriales,

«cinco por empleados de las administraciones de empresas privadas,

«cinco por maestros de escuelas públicas, de estudiantes de secundaria y de los otros asociados de la Sexta Gremio,

«cinco de profesiones libres,

«cinco de empleados públicos,

«cinco de Sociedades cooperativas de producción, trabajo y consumo».

El programa para reemplazar en Italia al Senado por una reunión compuesta por representantes de categorías sociales y profesionales, no es nuevo en Italia: formaba parte del primer bagaje fascista, y en 1919 fue planteado por los reformistas de la Confederación del Trabajo, quienes propusieron una «Constituyente profesional». En realidad esta consigna no era más que un recurso contra la consigna revolucionaria de la dictadura del proletariado que adquiriría crédito entre las masas. Pero la propuesta en ese momento era quizás todavía más modesta de lo que dice la *Carta del Carnaro*, porque cuando toma su aspecto concreto, da una definición de este tipo: cada categoría de la industria y las empresas económicas generalmente elegirán representantes de los empleadores, y de trabajadores con el mismo sufragio, es decir, si los trabajadores metalúrgicos votan por doscientos mil, también los industriales de su categoría votarán por doscientos mil. En cambio, es por la atención de D'Annunzio que las Corporaciones de trabajadores tienen un claro predominio en la forma en que se compone el Consejo de Provisionales. A esto se pueden objetar los poderes limitados que les han dejado: solo se reúne dos veces al año para discutir «en modo lacónico» los problemas económicos, como si pudieran separarse de los políticos, y de un total de siete, no eligen directamente sino dos componentes del gobierno, el Rector de Economía Pública y el del Trabajo.

Si la conquista del poder fuera para los trabajadores una cuestión de mayorías, en primer lugar bastaría para conseguirla la ordinaria democracia política, y en segundo lugar, está claro que no se podría lograr a través de las representaciones de las Corporaciones, que a lo sumo pueden dar una representación minoritaria a los intereses del trabajo como a tantas otras instituciones. En cuanto a nuestra posición crítica de marxistas, no es necesario recordar que esta niega que haya poder proletario hasta tanto exista aunque sea una posibilidad de representar a las clases ricas, que de hecho son una minoría, pero cuyo poder será eliminado solo por medios extra-legales e impedido por la dictadura obrera.

Pero digamos algo más, y que no solo concierne a la *Carta del Carnaro*, en esta representación de las categorías. En primer lugar, no es cierto que esta se encuentra en las bases de la Constitución de la República de los Soviets. Si este fuera el caso, el carácter distintivo del Sovietismo permanecería en la exclusión del derecho electivo a

los no productores; en esto consistiría toda la novedad y originalidad a ser rechazada o imitada. Pero, además, el soviét no es en absoluto un organismo sindical y profesional, y que toda la red de representaciones soviéticas se funda sobre una base territorial, y solo en el primer grado, para un carácter que es más que una conveniencia práctica, tiene Delegaciones electivas de grupos divididos por razones de consulta, en empresas, cuarteles, escuelas, oficinas, etc. En cualquier caso, no hay un delegado de la categoría, sino de una empresa, es decir, por ejemplo, en una fábrica, votan juntos los trabajadores de diferentes especialidades profesionales, empleados, técnicos, etc. Pero lo sustancial es que en los órganos superiores, hasta el Congreso de los Soviets y el *Comité Ejecutivo*, que sería el sustituto del Parlamento democrático, que consta de varios cientos de miembros y elige al gobierno, no hay rastro de origen corporativo de los delegados. Todo esto es para decir que el principio corporativo no puede significar la introducción de una dosis de pimienta bolchevique en un programa político.

Veamos la cuestión, aunque sea sobriamente, de modo más general, en relación con la doctrina del comunismo. Se ha vuelto frecuente, y parece un descubrimiento moderno, la invocación de esta fórmula de la delegación profesional y el uso y abuso de las palabras «sindical» y «sindicalismo», que desde diferentes partes se ha constatado que el vehículo, el fundamento de las ideas revolucionarias socialistas era, como debe ser, la organización económica de los trabajadores. A todas las escuelas políticas «intermedias» les parecía posible y conveniente, protegiéndose bien de aceptar cuánto en el marxismo sabe a cítricos políticos fuertes, a saber, la conquista revolucionaria del poder y la dictadura del proletariado, con la constitución, como instrumento fundamental de tales conquistas, de un partido de clase fuerte, para unirse con el principio y el método de la organización sindical, que desafortunadamente son susceptibles de un uso miserablemente utilitario y reaccionario.

Las fórmulas varían infinitamente. Las más tímidas y equívocas ponen a las organizaciones de trabajadores y empleadores en el mismo plano. Y esto ya es un paso por delante de la tradición de las Corporaciones medievales, tan a menudo invocadas disparatadamente, que eran corporaciones *solo para los patronos*, y que con la exclusión de la dirección política de las comunas *libres* de los trabajadores jornaleros y, a menudo también de los maestros artesanos más pobres, constituyeron una verdadera dictadura de la burguesía, a veces dirigida al exterior contra las fuerzas reaccionarias dominantes del feudalismo, pero dirigida internamente contra el naciente proletariado, que solo por destellos y con revueltas desorganizadas, más o menos aliado a la muy pequeña burguesía, puede venir a la luz como en el Ciompi de Florencia y en algunas luchas de los trabajadores de talleres textiles de Flandes, reclamando precisamente el derecho negado a sindicalizarse.

Volviendo a las fórmulas «sindicalistas», también están las del socialismo reformista, que otorgan a la organización de trabajadores una tarea preeminente considerando a las organizaciones de empleadores como adversarias, pero excluyen de las formas de conflicto los medios y fines revolucionarios, y, admitiendo el partido, reducen su política a una mera función parlamentaria de acompañamiento de las demandas económicas y del logro de facilidades para el proletariado por parte de los organismos estatales. En fin, la más extrema y audaz es la fórmula del

sindicalismo revolucionario, que tuvo el máximo exponente en Sorel, y se dio el aire de superadora del marxismo. Aquí vemos preservado y exaltado el concepto de violencia, en la lucha entre el sindicato y los empleadores, el sindicato y el Estado capitalista, y preconizada una sociedad en que los sindicatos tienen la máxima autonomía, y donde el régimen político es de la mayor libertad. Las ideologías anarquistas se reafirman en esta fórmula, que entre las formas de asociación se inclinan a aceptar al menos la del sindicato económico.

Todas estas fórmulas son desde el punto de vista comunista totalmente insuficientes. El sindicato no es un órgano suficiente para nosotros, ni la lucha de clases liberadora del proletariado ni la organización de una economía colectivista. Con mucha más razón no podemos reconocer la tendencia socialista de las diversas formulaciones anteriores que excluyen la lucha de clases y el uso de medios extralegales.

Estamos dispuestos a reconocer que la línea de D'Annunzio se parece al método sindicalista, pero estas semejanzas son precisamente esas partes que disimulan de nuestro método comunista; en efecto, la representación se concede a las organizaciones sindicales de las clases opuestas, el conflicto social se reduce a una resolución legal de los órganos del Estado; y no puede ser suficiente como aspiración a una sociedad de emancipación del productor lo que está escrito para el «Décimo Gremio», que desea formas más elevadas de organización social en las que el trabajo ya no sea una condena injusta. Ya hemos dicho por qué la aspiración puramente ideal, de mejorar las relaciones de la vida colectiva en lo que hoy es malo y odioso, no es una actitud suficientemente revolucionaria, se trata de mostrar formas concretas y medios para cambiar los cimientos de la sociedad.

Incluso un sindicalismo más acentuado y quizás orientado a formas insurreccionales, no responde, desde el punto de vista teórico (del político y táctico hablaremos en la segunda parte de este artículo) a un parentesco con lo que quieren los comunistas y con las necesidades de la lucha proletaria.

Donde el sindicalismo exalta la categoría, nosotros exaltamos la unidad de la clase que tiene dos razones fundamentales: la constitución de una fuerza unitaria para oponerse a la resistencia y reacción capitalistas, que al dirigir los esfuerzos comunes de todos los explotados, ponga a un lado los intereses secundarios y los apetitos condenados a estar aislada y temporalmente silenciados; la dirección de la nueva economía, economía que se contrapone a la burguesa, por cuanto ya no se debe al libre juego de las empresas productoras, sino a la implementación de un plan único, dictado por un interés más alto que el de las categorías y que abraza la clase mañana, y en un futuro lejano a la nueva humanidad. Esta unidad de la clase no se encuentra en una Federación de sindicatos, sino en un partido político revolucionariamente capaz de superarlos, y no vence en la ilusoria expropiación de cada capitalista, sino en la consolidación de todo el proletariado de un Estado político, en tanto agente esclarecido y central del despojo del capitalismo.

Por lo tanto, no se puede invocar una vaga fórmula sindical como embrión de la victoria proletaria, en formas que opondrían Occidente al bolchevismo ruso, allí donde el bolchevismo es la aplicación en condiciones particularmente difíciles de la fórmula – dando así una demostración triunfal de su potencia – surgida en la conciencia marxista de la

gran clase obrera de los países industriales más avanzados.

El sindicalismo, reprochando a los comunistas ser «políticos» y «jacobinos» porque hablan de partido, del gobierno del terror revolucionario, y tachando todo esto de burgués, comete un grave error histórico y teórico, error que ha permitido muchas especulaciones demagógicas con las cuales estas doctrinas – hablamos aquí de manera general – de hecho contrarrevolucionarias, han podido, tomando prestadas algunas expresiones sorelianas, darse un falso color de izquierda, haciéndose pasar por movimientos favorables al proletariado.

Ahora no podemos hablar de la crítica de este error, para mostrar lo que es evidente para el lector al que la doctrina de Marx no le es desconocida, que los criterios para la conquista del poder político con el partido como instrumento e institución de una representación política «territorial», es decir, por encima de pretendidas exaltaciones de factores técnicos y económicos (la política proletaria, después de haber aplastado a la burguesía, no será nada más que técnica y economía *unitarias*, es decir, a un nivel de relación muy diferente a la de los apetitos profesionales), que estos conceptos no tienen ninguna filiación con doctrinas de la revolución democrática burguesa, sino que son aplicaciones de lecciones históricas que es ruinoso no entender. Y la originalidad del método marxista no reside en la invención de una «forma de organización», como el sindicato o uno de sus muchos sucedáneos, sino en el haber hecho la demostración dialéctica de que para encontrar la libertad humana en el sentido más racional, menos metafísico y fanático de la palabra, la violencia y la autoridad revolucionarias deben usarse de manera inteligente, lo que junto con el partido y el gobierno de la clase rebelde allana el camino para la sociedad sin clases, partidos y Gobierno político.

El parecido entre el pensamiento de D'Annunzio y el sindicalismo toca también a los orígenes filosóficos del primero y el segundo. Hemos mostrado el carácter espiritualista de la ideología que dictaba la Carta del Carnaro y otros textos afines. Ahora el sindicalismo también tiene un contenido filosófico que tiende hacia el espiritualismo, y su espíritu de categoría está relacionada con el individualismo. El sindicalismo es un poco, no la ciencia de la palingénesis del cuerpo social, sino la regla de acción del proletario individual, la «moral del productor» soreliana. El espiritualismo de D'Annunzio siente que la sociedad actual es poco moralizable y «heroicizable», si no en las fuerzas vírgenes que brotan del proletariado; no sabe ir más allá del saludo que eleva a estos fermentos del mañana.

En cuanto a nosotros, comunistas y marxistas, conocemos de cuestiones de necesidad y de mejor rendimiento en cuanto a las vías a tomar en el desarrollo de la historia. Si estas responden a los cánones de Ética y Estética, no nos importa en absoluto. Nuestra dialéctica nos empuja a exaltar hoy el valor del rebelde, incluso cruel, incluso inculto, para romper las barreras del devenir de la humanidad hacia las formas más pacíficas, armoniosas y conscientes de la convivencia de los individuos. Quien quiera considerar los problemas históricos en el espíritu del hombre actual considerado como una entidad completa, y en ella resolverlos potencialmente, sigue siendo el esclavo de un método del que nos hemos liberados para siempre, y que consideramos como una posición inferior. Ninguna revisión derrotará la potencia de la evaluación marxista en este terreno.

II. La política

El lector no exigirá que, para contar brevemente los orígenes del movimiento con el que estamos tratando, tengamos que rehacer la historia de las manifestaciones políticas de su líder. Se sabe que el Poeta era, hace muchos años, un diputado; quien pasó a una sesión memorable de derecha a izquierda declarando ir hacia la vida; quien luego no se ocupó de la política hasta que *Canzoni di Gesta* se dedicó a la exaltación de la guerra en Libia, y por tanto de la gran guerra, en la que participó de manera bien conocida, después de aparecer como el que precipitó la intervención de la nación italiana en el conflicto. Estas actitudes de exaltación bélica lo colocaron claramente entre los adversarios del movimiento proletario y socialista italiano.

Pero son los eventos del período de la posguerra los que tienen una relación con el tema que tratamos. La ocupación de Fiume llevada a cabo por D'Annunzio va de septiembre de 1919 a enero de 1921. A lo largo de esta fase, D'Annunzio aparece como el antagonista de los gobiernos «neutralistas» de Nitti y Giolitti, y el campeón del movimiento fascista naciente, poniéndose a la cabeza de la agitación a su favor en Italia. El *Popolo d'Italia*, sin embargo, probablemente ya había disgustado al Poeta por su actitud de casi aceptación de ese Tratado de Rapallo, tras el cual los legionarios fueron desalojados de Fiume por la fuerza; y se ha susurrado repetidamente que los fondos recaudados para la causa del Fiume han sido utilizados, sin duda no autorizado por el Comandante, para fundar una vasta base del movimiento fascista en el País.

Registramos estos hechos, sobre los cuales, en cualquier caso, no nos compete a nosotros hacer la luz completa, para intentar establecer el momento en que su pueda comenzar a distinguir entre los «intervencionistas» tradicionales de 1914-1919, una división entre fascistas y legionarios, Mussolinianos y Dannunzianos, distinción cuyos términos, como veremos, no siempre se logra establecer con satisfactoria claridad.

Dejando a Fiume, los legionarios de D'Annunzio no se dispersan, al contrario mantienen su propia organización, la Federazione Nazionale dei Legionari di Fiume (la Federación Nacional de Legionarios de Fiume), y también publican en Bolonia un animado semanario: *La Riscossa* (La Reconquista). Su movimiento es muy cercano al de la Associazione Nazionale Arditi d'Italia (la Asociación Nacional Arditi de Italia), que se declara como dannunziana, aunque para luego adoptar la actitud que veremos. Recordemos cómo el *arditismo*, incluso antes de la aparición del verdadero fascismo en escena, llegó a personificar los primeros hechos violentos de la ofensiva antiproletaria: entre ellos el primer incendio del periódico *Avanti!* [su director: el socialista Mussolini, *NdR*].

La línea de divergencia de los dannunzianos puros de los fascistas parece ser esta: los dannunzianos representan aquellos elementos de las clases medias, alimentados por una ideología de guerra, que hizo suyo el primer programa del fascismo, que hizo alarde de poseer actitudes de tendencias de izquierda. No podemos insertar aquí una crítica interpretativa del fascismo en general, nos limitaremos más bien a decir que este, en nuestra opinión, constituye una «movilización» de las clases medias e intelectuales, operada por y para el beneficio de la alta burguesía industrial, bancaria y agraria, movilización que las propias clases medias intercambian al principio con la problemática llegada

de una función histórica autónoma y decisiva suya, casi de árbitro en el conflicto entre la burguesía tradicional y el proletariado revolucionario. Así, el fascismo, que muestra la concentración de todas las fuerzas antiproletarias en defensa de la antigua fortaleza del capitalismo (aunque en una defensa muy moderna y vigorosamente organizada que no estaba en los antiguos métodos liberal, democrático y giolittianos, cuya época se ha desvanecido) encuentra sus efectivos y cuadros en una amplia gama de elementos sociales, puestos en marcha gracias a la gran agitación de la guerra, que creen estar haciendo un esfuerzo original, y en cierto sentido revolucionario. En el centro de la organización fascista se encuentran el mercantilismo y el parasitismo patronal, y la máquina estatal, aunque aparentemente dedicada a las maniobras izquierdistas del nittismo parlamentario. En la periferia se encuentra toda esa mezcla de idealismos y apetitos, caótica y sin forma, del cual nada mejor las clases intermedias jamás sabrán portar en el terreno del conflicto social.

Al fortalecerse la organización fascista, si siempre aparece mejor su carácter de mecanismo manejado por las clases parasitarias habituales, es difícil para los elementos pequeño-burgueses separarse de esta, para seguir su propio camino, careciendo de los medios adecuados para una tarea independiente, y quedando satisfechos la mayor parte de sus capitanes o prisioneros en los puestos de dirección del complejo movimiento fascista. Pero algunos núcleos de sinceros idealistas o competidores decepcionados por la repartición de la torta, se mantienen y tienden a diferenciarse: con esto se puede decir que han tratado de dar una cierta explicación acerca de la formación del movimiento dannunziano.

La fórmula: la dirección de la vida política a los que han querido y hecho la guerra, en un principio une a fascistas y dannunzianos. Pero, mientras que para los primeros la fórmula es solo el pasaporte de la defensa burguesa contra el proletariado rojo que no quería la guerra, y cuyas consecuencias lo empuja a la lucha por su dictadura revolucionaria, para el segundo, la fórmula es aceptada como auténtica, como afirmación dirigida también contra las viejas castas dirigidas burguesas e imbuida de un cierto espíritu heroico de renovación, como una condena no tanto del derrotismo extremista cuanto de los especuladores y parásitos del frente interno, verdaderos profanadores del sacrificio y la victoria. Esta segunda ala, aunque de manera muy equívoca, quisiera orientarse hacia las fuerzas libres del proletariado: la primera organiza a los pretorianos del capital y a los *esclavistas* de la Agraria.

En el período de prevalencia de las fuerzas rojas, la distinción no es sensible: si las clases medias proporcionan simpatizantes para el proletariado, lo hacen a través de otros movimientos pequeño-burgueses y bajo la insidiosa especie del reformismo. Pero el desapego del que hablamos comienza a delinarse en el siguiente período. Parece que D'Annunzio no aprobó la participación fascista en las elecciones de mayo de 1921, creyendo que el método para conquistar el poder debía ser el insurreccional, por fuerzas nuevas y orientadas hacia la izquierda, y viendo la actitud de Mussolini como la renuncia a toda una parte del programa primitivo y la orientación a la derecha, al servicio abierto del capitalismo. Lo que es seguro es que en ese momento se ordenó a los legionarios que salieran de los fascistas: pero no todos lo hacen, y no pocos prefieren seguir la corriente más fuerte. En el siguiente período, la Federazione dei Legionari (la Federación de Legionarios) dio escasos signos

de actividad: pero a mitad de 1922, su actitud antifascista pareció anunciarse. Por parte de los dannunzianos se inicia un trabajo de carácter sindical entre los trabajadores, opuesto en cierto sentido al fascista, pero que tiende a crear un nuevo organismo de los trabajadores, diferente del rojo, con el conocido programa de convocatoria de una Constituyente sindical por la Unidad proletaria.

Esta actitud no podía ni debía estar clara para los elementos revolucionarios del movimiento obrero, y que de hecho desconfiaba de esta, especialmente el partido comunista. En el centro del pensamiento de D'Annunzio había un plan de pacificación general en Italia, aunque esto no era concebido en el interés y para hacerle el juego a la parte burguesa, la imposibilidad misma de la conciliación la hacía susceptible de producir tal resultado. Todos los partidos italianos, para trabajar entre las masas laboriosas, habían establecido su propia organización sindical dividida de las demás y sometida al movimiento político: los anarquistas tenían la *Unione Sindacale Italiana* (la Unión de Sindicatos de Italia), los Socialistas la *Confederazione del Lavoro* (la Confederación del Trabajo), los Republicanos la *Unione Sindacale di Parma* (la Unión de Sindicatos de Parma), con tendencia intervencionista, los populares tenían la *Confederazione dei Lavoratori* (la Confederación de Trabajadores). Todos estos partidos, o al menos los de izquierda, se declararon defensores de la unidad proletaria, pero básicamente cada uno de ellos planteaba el prejuicio tácito de su dominio en la organización unificada. El Partido Comunista, sin embargo, desde su creación, no hizo lo mismo: aunque se propuso abiertamente el objetivo de obtener una influencia predominante dentro de los sindicatos, hizo de este objetivo el punto de llegada de toda una obra de penetración y propaganda basada en sus grupos o células comunistas, pero en primer lugar estaba a favor de la unidad sindical sin hacer prejuicios explícitos o implícitos de ningún tipo, dispuestos a aceptar con entusiasmo la situación de un solo cuerpo de masas sindicado desde el punto de vista económico, incluso si en este había una mayoría predominante de otras direcciones políticas. El método dannunziano para lograr la unidad de trabajadores fue el incorrecto y desacreditado método de partir de la creación de otro centro sindical nacional, separado de los demás y compitiendo con ellos para luego conducirlos a los mil intentos de unificación.

A esto se sumaba otro peligro, ya que no estaba claramente excluido que los llamados sindicatos fascistas pudiesen participar en la constituyente por la Unidad: el peligro de lograr, a través del intento de los dannunzianos, tal vez sin que estos mismos lo entendieran, el sometimiento de todo el movimiento de los trabajadores a los controles e influencias estatales y patronales que le hubieran quitado, con cada vigor revolucionario, incluso toda capacidad de defensa efectiva contra la rapacidad capitalista. Podía darse que las masas tuvieran la ilusión de poder resistirse al desmantelamiento de los sindicatos de clase, encargado al escuadrismo de los grandes intereses patronales, bajo una etiqueta menos provocadora que la de D'Annunzio podía ser; mientras que para nosotros estaba claro que tal táctica no habría salvado, como no la ha salvado la voluntad de colaboración y sumisión de los reformistas confederales, a las organizaciones libres y gloriosas del proletariado italiano.

Por todas estas razones, el movimiento sindical dannunziano fue considerado por los revolucionarios si no una insidia, al menos un malentendido. En todo caso, se basaba en una táctica equivocada, y las fuerzas, que podían mover-

se desde la plataforma de las organizaciones rojas, cayeron a pesar de los dannunzianos mismos, en la órbita de las Corporaciones fascistas; de esta situación, la reciente declaración de disolución del movimiento sindical dannunziano ha representado una toma de posición, aunque no tuviese un carácter general y se refiriera especialmente a las organizaciones florentinas, que el fascismo hizo suyas.

No volveremos a la evaluación limitada del sindicalismo obrero que es típica de la concepción de D'Annunzio. Un movimiento libre de organización de los productores no es posible si no se basa en una declaración abierta y una actitud de lucha de clases, y condena a los movimientos que regimentan a los trabajadores bajo las etiquetas «nacionales» y bajo los controles efectivos de la minoría capitalista y su instrumento natural: el Estado. La fórmula de unidad extendida más allá de estos límites desemboca invariablemente en la sujeción y la castración del movimiento obrero. En un Estado de la burguesía, como por excelencia es el fascismo, las Corporaciones oficiales de los productores no pueden ser sino instrumentos de explotación contra ellos: solo el Estado revolucionario del proletariado puede reconocer a las organizaciones verdaderamente proletarias y, teniendo por esta razón, al principio una necesidad obvia de dejar autónomos a los sindicatos en el sentido de no considerarlos como órganos establecidos por la Constitución, a la manera de las Corporaciones contempladas en la *Carta del Carnaro* (aunque los mismos sindicatos estén dirigidos por el partido comunista, detentor del poder y guía del Estado). El trabajo sindical de D'Annunzio, basado en una vaga simpatía por el proletariado y una reacción moral contra los negreros, por parte de esos pequeñoburgueses y ex combatientes que ya hemos mencionado, debido a la falta de claridad de sus premisas y la pobre comprensión de la antítesis que ya hemos descrito, dando lugar a una valorización indirecta de las Corporaciones fascistas, que apropiadamente tomaron prestado su nombre de los programas D'Annunzio, para organizar la sujeción de los trabajadores a sus parásitos.

El plan empresarial, de romper las filas de la red de organizaciones económicas de los trabajadores para quitarles las ventajas obtenidas, como no se detuvo ante las fórmulas de compromiso ofrecidas por el reformismo de ultra conciliación, tampoco se vio paralizado por la táctica sindical dannunziana. Los ensayos de esta, con la organización de los trabajadores del ferrocarril y de los trabajadores del mar, confirman nuestra crítica. El sindicato de los trabajadores ferroviarios, en muchas de sus últimas acciones pareció inspirarse en el malentendido que lamentamos, ostentando renunciar a cualquier carácter «antinacional» para obtener alguna transacción del gobierno fascista. Aunque mortificantes, estos pasos han fracasado: lo que la ofensiva capitalista-fascista debe golpear, tanto en las empresas estatales como en las privadas, no es la blasfemia contra la patria, sino la blasfemia contra la bolsa de valores de la clase dominante.

La organización de los trabajadores del mar, dirigida por Giulietti, que utilizaba métodos contra los cuales no necesitamos repetir nuestra áspera crítica, también quería proteger los logros puramente económicos de la clase marítima, sacrificando a las deidades patrióticas triunfantes y ofreciendo la garantía del nombre de D'Annunzio para mostrar que no está con la *Anti-nación*... Esto fue en vano, cuando se trataba más bien para el gobierno fascista de ejecutar un mandato de la clase de los armadores, cuyos apetitos incomodaban la existencia misma de un *Sindacato* independien-

te. La defensa de los trabajadores del mar ahora puede llevarse a cabo solo en el camino siempre indicado por los comunistas, llamando a los propios marítimos a decir su palabra y a desplegar sus fuerzas en el terreno de la lucha de clases, es decir, contra los armadores y contra el gobierno, contra lo único concreto que se puede reconocer bajo las desgastadas abstracciones de Italia, Patria, intereses de la nación ... Si Giulietti y D'Annunzio se deshacen de este malentendido, la lucha será útil incluso si se pierde, si piensan salvar la situación con fórmulas que ocultan la crudeza del conflicto de intereses entre las clases enfrentadas, solo podemos repetir nuestra desconfianza por la infertilidad de semejante línea de conducta.

En conclusión, la situación sindical en Italia es la clara demostración de la imposibilidad de estipular con el gobierno fascista, el instrumento más directo del capital en sus diversas formas, un compromiso que permita a los organismos sindicales autónomos vivir en su acción económica, incluso declarando querer izar una bandera tricolor e inspirarse en un propósito de conciliación social. ¿Llegará el dannunzianismo a declarar que lo han constatado?

Una versión repetida con insistencia del trasfondo de la marcha sobre Roma es la siguiente: el 4 de noviembre de 1922, D'Annunzio debía dar un «golpe» del mismo género; los fascistas lo habrían sabido, y habrían precipitado su acción de la manera bien conocida, para que nadie se adelantara a ellos. Incluso sabiendo que ese día el Poeta debía hablar en Roma, y que en ese momento había acentuado su inconformidad con el fascismo, nos negamos a admitir que un plan similar, aunque existiera en la mente de alguien, tuviese un grado mínimo de probabilidad de éxito. La llegada al poder del fascismo, a pesar de haber tenido un carácter completamente diferente al de un ataque frontal a la máquina estatal, y haberse realizado a través de un compromiso, fue un hecho de tal magnitud solamente concretado gracias a una larga preparación y con la formación de una organización completa y potente. Que el fascismo al recoger los frutos de su vasta campaña pudiera ser suplantado por otras fuerzas, que no eran ni remotamente comparables con éste en eficiencia, solo por el efecto de un gesto realizado en un momento y no en otro, es completamente increíble. Pero creer en la posibilidad de una «burla» similar a la historia, si bien es típico de ciertas esferas de los políticos pequeñoburgueses italianos, nos parece más bien característico de la mentalidad de los dannunzianos. Sin dar la debida importancia a las vastas organizaciones de intereses de clase reales, estos piensan que pueden mover las situaciones mediante actitudes puramente espirituales, y ven en ciertos golpes de escena de la política, que son importantes para la sensibilidad emocional de los lectores de la prensa provincial, no la florescencia, sino el contenido mismo de los hechos históricos. ¿Quién habría seguido a los dannunzianos, en noviembre de 1922? Se puede responder que todos, pero *todos* son demasiado pocos, cuentan también las posiciones de las minorías eficientes, y sus influencias concretas en ese marco fundamental de fuerzas cual es la máquina estatal. El proletariado, incluso si en ese momento hubiera sido capaz de una acción decisiva, no habría aceptado un llamamiento hecho por D'Annunzio más que como un enmascaramiento del golpe fascista; tanto más cuanto que estaba a poca distancia del discurso desde el balcón de Palazzo Marino (3); pero las masas no entran en las glosas de ciertos textos, sino que juzgan por el significado simplista de las posiciones asumidas, es decir, de celebración de una conquista antiproletaria.

Después de la marcha en Roma, los fascistas acentuaron su boicot del movimiento autónomo de los dannunzianos y no sin éxito. Muchas otras deserciones tuvieron lugar entre los legionarios: la Associazione Arditi d'Italia (Asociación Arditi de Italia) se sumó a los fascistas, tomando el nombre de F.N.A.I. (Fed. Naz. Arditi d'Italia) con su órgano Fiamme Nere [Bandera Negra ndr]. Los dannunzianos conservan un vestigio en el A.N.A.I. y, en la Associazione dei Combattenti (Asociación de combatientes) se oponen cómo grupos de *Italia Libera* (Italia Libre), que sin embargo resultan de la confluencia de otras corrientes opuestas al fascismo y cercanas a los dannunzianos: socialistas unitarios, republicanos, masones...

Con la orden gubernamental de disolución de los cuerpos armados, la organización de los Legionarios se transformó en la actual «Unione Spirituale Dannunziana» (Unión Espiritual Dannunziana), y que, no obstante declararse como un movimiento no político y electoral, sino «espiritual», comprende a todos los ciudadanos que quieran adherirse, que profesen los principios de la *Carta* del Carnaro, y que proclamen como su líder a Gabriele D'Annunzio. Hasta ahora, la organización ha estado dirigida por elementos que, como parece, no siempre han sido capaces de interpretar de manera fehaciente la voluntad del Poeta. En el reciente Congreso celebrado en Ronchi, el viejo líder, Capitán Coselschi, un elemento que puede considerarse de la «derecha», es decir, con cierta simpatía por el fascismo, no fue bien recibido: los acusados proclamaron que no tenían la intención de disolver su organización, como con la falsa interpretación de los deseos que el Comandante había insinuado querer hacer. Los líderes actuales, delegados por el Congreso para visitar al Poeta, representarían una corriente predominante que tendería a subrayar la oposición al fascismo. La U.S.D. en Italia tiene cien secciones y unos doscientos grupos, con una organización bastante eficiente, pero no tiene prensa, ni siquiera un semanario o una revista que represente su órgano oficial.

Lo que ahora debemos preguntarnos es ¿qué cosa representa realmente este movimiento en el marco de la política italiana? Dados los orígenes que hemos mencionado, el movimiento dannunziano puede asumir el carácter de una fuerza opuesta al gobierno actual, pero pasa sin duda por un período de incertidumbre, dada la escasez y la falta de claridad de sus manifestaciones. Tenemos toda una serie de reservas sobre la efectividad de las oposiciones al fascismo que no son de carácter clasista y revolucionarias, y estas reservas generales son obviamente aplicables al dannunzianismo. Los grupos y pequeños grupos de la oposición burguesa al fascismo se agitan en torno a esta contradicción; ni siquiera pueden manifestar platónica y académicamente las manifestaciones resolutas de condena a este gobierno, ni siquiera se atreven a impulsar la oposición «legalitaria» y la crítica teórica hasta sus últimas consecuencias, cuando luego aparecen como invadidos por la ilusión de que, de alguna manera misteriosa, la situación se neutralizará de la noche a la mañana con métodos quizás insurreccionales, o al menos con golpes de escena como los que mencionamos anteriormente. Estas corrientes parecen decir: cuánto somos profundamente antifascistas no es el caso ahora de decirlo y escribirlo, pero lo gritaremos en voz alta en un momento determinado, y entonces Mussolini se volverá loco. Ante de ese momento, no hay necesidad de comprometernos y comprometer nuestros planes.

En muchos grupos opositores, demócratas, masones y similares, esta actitud es pura hipocresía y cobardía, pero

no creemos que sea así para los dannunzianos. Probablemente los más sinceros de ellos creen en la utilidad de este coeficiente del misterio y, convencidos de esto, sufren a veces el juego de los elementos más traicioneros, teniéndolos así prisioneros del malentendido.

Nosotros, que somos los opositores más decididos al fascismo, sabemos que en Italia no hay ninguna fuerza que nos pueda hacer despertar mañana con otro gobierno. Ninguna hechicería de la alta política puede producir este resultado. En nuestro nombre, teniendo otras concepciones del proceso revolucionario, no tenemos ninguna razón para ocultar algunas verdades simples. Primero: nuestro propósito es el derrocamiento violento del régimen actual y, por lo tanto, del gobierno fascista. Segundo: hoy no tenemos una organización que nos permita hacerlo, y sabemos que para construirlo se requiere un largo trabajo político y técnico, que comienza así: declarar sin dudar que nuestro programa es el que ya hemos proclamado, y atraer la máxima atención de las masas en torno a la necesidad de hacerlo suyo. El método no es tan cómodo como un hechizo urdido en la cueva de las brujas, pero es el único que llevará a algún resultado.

El movimiento dannunziano debe comenzar precisando su programa de oposición al fascismo a través de demostraciones claras. Aunque no se trata de una organización vasta, sus tradiciones y el nombre de su líder le darían a este acto un peso político considerable. Al no cumplir este mínimo de apertura de hostilidad, los dannunzianos no pueden pretender tener crédito en el seno del proletariado.

Junto a la cuestión del fin que se persigue, se presenta la del método para lograrlo. Todas las manifestaciones recientes de D'Annunzio parecen tener como finalidad la pacificación, como un llamado a la concordia, de repudio a la violencia «del lado que venga», según una fórmula muy gastada. ¿Trátase entonces de invitar a las masas a sufrir pasivamente la violencia adversaria, no solo porque la estrategia más elemental desaconseja la contraofensiva, sino también en nombre del principio de que las fuerzas espirituales tendrán razón sobre la prepotencia de los opresores? Esto es, en la hipótesis más benévola, una ilusión, y es una actitud de la cual el proletariado ha aprendido a desconfiar, a través de tantos ejemplos en los que los conciliadores, incluso los más cercanos de D'Annunzio a las masas trabajadoras a escala política, en el momento en que el conflicto fue desaprobado en vano, han pasado bajo las banderas de la violencia, sí, pero en contra del proletariado.

Nos preguntamos si el antifascismo dannunziano consiste no en llevar a cabo una acción activa contra el fascismo, sino solo en estigmatizar que el movimiento de los «artífices de la victoria» se haya canalizado hacia la violencia partisana y antiproletaria, para deducir de esta solo una invitación estéril a hacer marcha atrás a este camino y tender la mano a todos los «italianos». Esto sería muy poco, aunque se tenga por excluido que sea una trampa consciente.

Todo esto merece ser aclarado, antes de nuestras investigaciones críticas además de otras, las declaraciones oficiales de los responsables del movimiento dannunziano deben comprender que esta aclaración es un requisito previo para cualquier acción exitosa. El misterio no sirve a un movimiento revolucionario, ni siquiera insurreccional, y mucho menos a un movimiento solamente «espiritual». Nosotros, los revolucionarios, para retornar a esta confrontación, usamos el secreto no para nuestros propósitos (desde el Manifiesto de 1847 decimos que «los comunistas des-

deñan ocultar sus objetivos»), sino solo para proteger el «mecanismo» material de nuestra organización y acción, socavada por el adversario. El misterio de las posiciones políticas nunca es un coeficiente de éxito para los movimientos de vanguardia, sino solo la prueba del equívoco de la naturaleza conservadora real de las corrientes que hacen alarde de un semi-extremismo para el público.

En ausencia de una respuesta «oficial» a nuestras preguntas, con los medios de nuestro análisis crítico, no podemos ir más lejos y predecir cuál será el destino y la tarea del movimiento dannunziano en la política italiana. El movimiento de intelectuales, de profesionales, de viejos luchadores reúne, nos parece, lo que estas capas puedan dar de no anti-proletario, en una situación en la que el proletariado ha sido derrotado. Esto ya es algo. En estas situaciones, es muy difícil que los grupos de clase media no opten, entre las dos dictaduras, la de la burguesía. Un movimiento como el de Gabriele D'Annunzio podría tener una función opuesta y *simétrica* a la del fascismo: a saber que, como la masa de los elementos sociales medios que salen de la guerra han abandonado el camino de la acción autónoma para arrojarse al surco de la gran burguesía, este grupo podría – después de tratar en vano, por vías opuestas, de perseguir esa hipotética función independiente, en la vida política de la «inteligencia» –, ser empujado por sus simpatías hacia las fuerzas del trabajo a lanzarse atrás del proletariado que se mueve a la reconquista. No hace falta decir que esto no es más que una posibilidad, y que hay otros, que también dependen de la duda sobre lo que vendrá y el mismo D'Annunzio hará en la arena política. Y no hace falta decir que no creemos en una tarea preeminente, en una intervención con formas originales, de este movimiento «espiritual», por cuanto éste pretende fungir de guía para la clase trabajadora en otras y «nuevas» vías que no son las de la lucha clasista y revolucionaria, de abrir a la historia otras y diferentes salidas, aunque sea fecundando su esfuerzo con la fe, lo que debería ser su connotación específica, en la omnipotencia mística del heroísmo y el sacrificio.

En todo caso, no podemos dejar de verlo con satisfacción, permaneciendo íntegros todos los puntos teóricos y políticos de nuestra crítica y nuestro claro desacuerdo, un movimiento de agitación de ideas y un debate abierto, que desarrollase este tema a gran escala: la desilusión de muchos elementos intelectuales y ex combatientes sobre el alcance del fascismo, que hoy se revelan como un instrumento de la materialidad burda de los intereses parásitos que más pesan y son más despiadados, y muestra la miseria de sus pretendidas restauraciones de valores intelectuales, morales, espirituales.

(1) El Estado Libre de Fiume formaba parte de la *Regencia* italiana del Carnaro, cuya constitución es descrita en la Carta del Carnaro. Esta carta fue redactada por Alceste de Ambris (parlamentario del Partido Socialista Italiano y fundador del sindicalismo revolucionario en Italia) y reelaborada por Gabriele D'Annunzio.

(2) *Rassegna Comunista*, bimensual, era la revista teórica del Partido Comunista de Italia, en el que también eran publicados documentos del movimiento comunista internacional. El primer número salió el 30 de marzo de 1921, dos meses después de la constitución del Partido en Livorno; el último, el número 30, salió publicado el 31 de octubre de

1922. Desde entonces su publicación fue suspendida, tanto por cuestiones financieras, como por la extensión de los desacuerdos sobre los problemas tácticos, y no era solo eso, entre la corriente de izquierda, que había fundado y guiaba al partido, y la Internacional Comunista. Pocos meses después Amadeo Bordiga y otros dirigentes de la Izquierda comunista fueron arrestados; esta fue la ocasión para la Internacional comunista de sustituir a los dirigentes de Izquierda con compañeros menos intransigentes.

(3) Georgij Vasil'evic Cicerin era el comisario soviético de relaciones extranjeras y estaba en Italia por el Tratado de Rapallo con Alemania; el 27-28 de mayo de 1922, invitado por D'Annunzio, lo encontró en la Villa Carganeco (que luego se convertirá en el «Victorial de los italianos»).

(4) Palazzo Marino se encuentra en Milán y siempre ha

sido la sede del concejo municipal. «3 de agosto de 1922. Las escuadras milanesas indujeron a D'Annunzio a hablar en su presencia en Palazzo Marino, avalando de esta manera las acciones violentas que los mismos habían realizado cerca de la Cámara del Trabajo (...). En realidad, D'Annunzio, durante su famoso discurso nunca empleó el término fascismo (...). Es curioso notar cómo – por casualidad, obviamente – el contenido del discurso dannunziano desde el balcón del Palazzo Marino era semejante al de la *Lettera del Papa Pio XI por la pacificación*, epístola con la cual el pontífice recomendaba la “concordia entre los partidos en lucha” que luego aparece el 9 agosto en las páginas de ‘Il Giornale d'Italia’, (Cf. *D'Annunzio y el fascismo. Eutanasia de un ícono*, Raffaella Canovi, Bibliotheka Edizioni, Roma, 2018).

Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y las posibilidades de salir de ella

(Textos del partido N° 5, Enero de 2019, A5, 48 páginas)

Precio: Europa: 2 €. América del Norte: US \$ 2. América Latina: US \$ 1

SUMARIO

- Introducción
- Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y la posibilidad de salir de ella ("il comunista", N° 73-74 gennaio 2001, N° 75 aprile 2001)
- Orientación práctica de acción sindical ("il comunista", N° 1, 7 gennaio 1975, "le prolétaire", N° 195, 20 avril / 16 mai 1975, "el proletario", N° 5, octubre de 2014, N° 6, marzo de 2015, N° 7, julio-septiembre de 2015)

Introducción (Extracto)

La cuestión de la reanudación de la lucha de clase es una cuestión central para el partido de clase del proletariado.

Es una cuestión que contiene aspectos teóricos, políticos y tácticos al mismo tiempo.

Desde el punto de vista de la teoría, la reanudación de la lucha de clase se encuadra en la cuestión más amplia de la necesidad histórica de la lucha de clase, entendida como lucha que el proletariado desarrolla sobre el terreno abierto y declarado del antagonismo entre las clases con el fin de imponer en la sociedad actual, dominada por la clase burguesa, la vía revolucionaria para la solución de todas las contradicciones de la actual sociedad capitalista. La teoría marxista de la lucha de clase está definida, en general, en las primeras líneas del *Manifiesto del Partido Comunista*, de Marx-Engels, de 1848: «*La historia de todas las*

sociedades que han existido hasta el momento es la historia de la lucha de clases». La historia de las sociedades divididas en clases es, por lo tanto, historia de lucha entre las clases: entre las clases dominantes, que oprimen a las clases subalternas, y que de esta opresión extraen sus privilegios, refuerzan su propio poder, conquistan otros países y otros mercados, y las clases dominadas que luchan contra la opresión que sufren por parte de las clases dominantes y que, apoyándose en las contradicciones objetivas, económicas y sociales, de las sociedades divididas en clases, tienden a revolucionar la sociedad existente.

En el desarrollo histórico de la **ininterrumpida** lucha entre las clases - **ora latente, ora abierta**, como se escribe en el *Manifiesto* de 1848 - no siempre esta lucha termina con la victoria de las clases oprimidas y con la transformación revolucionaria de toda la sociedad; a veces termina con la

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y las posibilidades de salir de ella

Enero de 2019

5

ruina común de las clases en lucha. Pero el impulso histórico del desarrollo económico de la sociedad, con la llegada del modo de producción capitalista, en tiempos mucho más reducidos respecto al arco histórico que va desde las sociedades antiguas hasta el feudalismo, ha producido un potencial revolucionario extraordinario y universal: el **proletariado**, el ejército de campesinos, esclavos, plebeyos, mozos transformados con la violenta llegada del modo de producción capitalista en proletarios, en trabajadores asalariados, en **sin reservas** – a través de expropiaciones, de expolios y de la imposición de nuevas leyes sobre la propiedad y la propiedad privada. (...)

La cuestión de la tierra a lo largo del desarrollo de la lucha de clase del proletariado español

(Resumen sintético)

Introducción

Presentamos un resumen introductorio del trabajo sobre el problema de la tierra en el curso de la lucha de clase del proletariado español, es decir, el problema que abarca desde la composición social de un proletariado mayoritariamente ubicado en zonas agrarias hasta la propia estructura de la economía agrícola española y la relevancia de la crisis económica en esta como catalizador de las tensiones sociales que, de manera larvada o explícita, venían acumulándose desde la mitad del siglo XIX.

Este esbozo viene a sumarse a los que han sido publicados en *El Programa Comunista*. Todos ellos han tratado acerca de la lucha de clase del proletariado español en el momento clave de su desarrollo, los años 1931-1937, los presentamos en forma de tesis generales que sirven para ubicar el problema dentro de la perspectiva marxista (y por tanto como refutación de los lugares comunes del oportunismo de todo signo) o de una crítica explícita de las supuestas posiciones de izquierda, que toman como base la existencia de minúsculas formaciones con un programa vaga y eclécticamente anti estalinista, con el fin de reivindicar una especie de vía nacional española para el balance de los durísimos enfrentamientos de clase de los años '30. Por nuestra parte abordar ahora, claro que de manera parcial y sin el objetivo de agotar el problema, la llamada cuestión de la tierra, significa continuar precisando precisamente los términos en los que esta supuesta izquierda española no existió como corriente asimilable a la italiana al esfuerzo de esta por restaurar las bases correctas del marxismo, premisa ineludible para la reaparición, en un mañana que todavía se muestra lejano, del partido comunista que deberá afrontar las tareas de las próximas convulsiones revolucionarias (en las que, por cierto, la cuestión de la tierra no será un problema menor).

Este trabajo, por lo tanto, no sólo forma parte de aquellos ya semi-elaborados por nuestra corriente desde hace más de 60 años, sino que, además, adopta una caracterización que podemos llamar in medias res, es decir, fijamos sus límites formales, para comenzar, en un periodo concreto (el de mayor intensidad de la lucha proletaria en las tierras hispanas) con el único fin de aclarar a la luz de esta intensidad tendencias y formas que en periodos de paz social resultan borrosas y difícilmente inteligibles. Pero no perdemos la perspectiva: esta claridad tiene valor únicamente si contribuye a mostrar que el marxismo no sólo es capaz de plantear correctamente

todos los problemas del desarrollo histórico, económico y social español (algo que niegan desde las corrientes post estalinistas hasta las anarquistas) sino que es la clave de bóveda que permitirá la resolución de todos ellos en un sentido proletario y comunista en las futuras convulsiones sociales que el mundo capitalista lleva en su interior y ya permite prever.

Concretamente, la cuestión de la tierra abordada en el momento en el que los ejércitos de proletarios del campo fueron lanzados al combate contra un enemigo que en buena medida estaba compuesto por los pequeños propietarios agrarios organizados y encuadrados por los capitanes terratenientes y por el cual fueron derrotados, muestra los términos en los que se producirá la solución al problema secular del campo español mediante la práctica desaparición del mismo en los términos en que existía prácticamente desde las guerras civiles de Castilla (siglos XIV y XV) El definitivo salto hacia la industrialización se hizo en España sobre la base de esta derrota y sólo puede ser explicado partiendo de la base que proporciona la represión contra una mano de obra derrotada y humillada.

Para los marxistas no es necesario aclarar la importancia de la cuestión agraria. Es muy probable que en las obras de Marx y Engels haya más páginas dedicadas a este problema que al de la industria. Vale lo mismo para el trabajo de restauración del marxismo revolucionario llevado a cabo por Lenin y no hay por qué hablar del esfuerzo que nuestra corriente le ha dedicado tanto en términos estrictamente económicos como en su relación con problemas de gran alcance como el de las nacionalidades, la lucha de los llamados pueblos de color o el propio balance de la revolución rusa. También se puede decir, como explicación en términos negativos, que la poca o nula importancia que la práctica totalidad de las corrientes políticas pretendidamente revolucionarias le dan hoy a esta cuestión es indicativo ya de la gran relevancia que continúa teniendo. Pero aún así, es necesario mostrar como su importancia determinó todos y cada uno de los acontecimientos durante el periodo que estamos estudiando. Una importancia que, por lejanía temporal tanto como por el gran esfuerzo de falsificación y caricaturización que se ha realizado sobre el mismo, puede resultar a veces poco clara en sus términos concretos.

Tomamos por lo tanto el punto para comenzar en una explicación acerca de la naturaleza de la guerra civil que se ha dado en tantas ocasiones que ya es comúnmente aceptada: el golpe militar inicialmente destinado a un triunfo rápido que lo colocaría en la serie interminable de pronuncia-

mientos castrenses españoles se convirtió en guerra civil por la resistencia presentada por los proletarios en las principales ciudades del país. La derrota inicial del ejército en todos los puntos neurálgicos urbanos obligó a movilizar todos los recursos militares con los que contaban los capitanes sublevados para iniciar una guerra de asedio a las ciudades irredentas. Nosotros mismos hemos utilizado esta explicación del inicio de la guerra que, sin embargo, es parcial y deja de lado prácticamente la mitad del problema. Porque la guerra, entendida como una guerra de posiciones en la que dos ejércitos de potencial similar se enfrentaron durante tres años, no hubiera sido posible si, además de la respuesta contra el golpe de Estado dada por el proletariado barcelonés, madrileño y valenciano, hubiesen tenido lugar uno similar por parte del proletariado agrario (y la masa de pequeños propietarios agrícolas ligados a este) andaluz, extremeño y, en parte, castellano. Esto es así porque una vez derrotados los militares golpistas en Barcelona y Madrid (y aislados en Valencia) las fuerzas sublevadas apenas contaban con efectivos dentro de la península Ibérica. En el mapa 1 puede observarse que las fuerzas de los militares, si bien dominaron más o menos la mitad del terreno peninsular, apenas contaban con núcleos industriales (básicos para una guerra prolongada) y estaban, de hecho, encajonadas entre las ciudades que no lograron controlar y que se volvían rápidamente contra ellos. Resumiendo bastante puede decirse que los sublevados únicamente controlaban las grandes extensiones castellanas donde la base social era esencialmente pequeño campesinado acomodado, el baluarte reaccionario de Navarra, donde un campesinado próspero ha sido puntal de la conservación social desde 1830, y la poco poblada zona gallega, donde la ausencia de concentración proletaria impidió toda resistencia al golpe. La controlada por los militares era una zona, por lo tanto, de baja densidad de población, pequeños núcleos rurales y ciudades de tamaño apenas mediano comparadas con las que quedaron fuera de su control. Si se ven núcleos como Granada, Sevilla o Córdoba en sus manos es porque eran ciudades de mayoría social burguesa o pequeño burguesa que hacían de cabeza de partido comercial para las amplias zonas agrarias de los alrededores. La amplia extensión de territorio que va de Madrid al Mediterráneo, zona de predominio latifundista y con un componente de proletarios agrícolas puros, fue

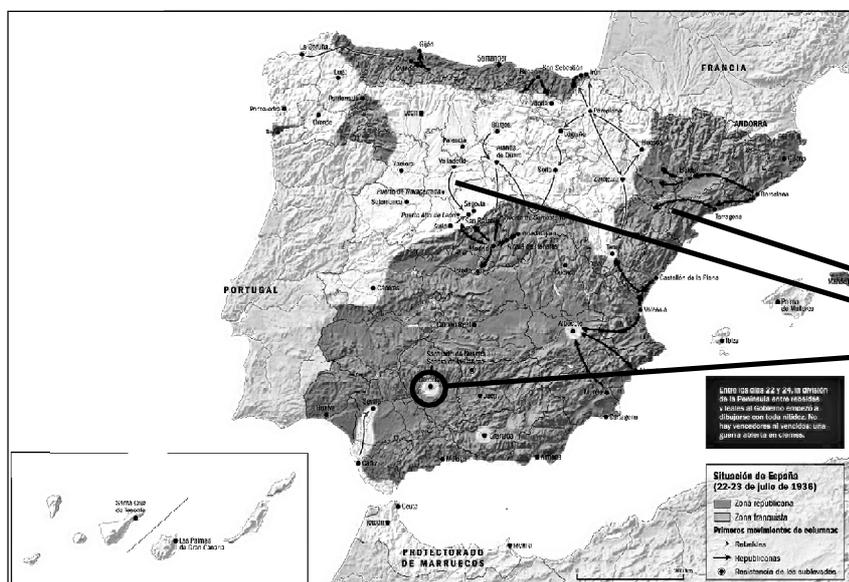
inabarcable para los sublevados en los primeros días de la guerra.

Vemos ahora el mapa 2, que recoge las posiciones de ambos bandos en los primeros días de septiembre (es decir, cuando los militares alzados llegan a Madrid) ¿Qué ha sucedido? Que toda la zona del oeste peninsular (Andalucía Occidental y Extremadura) ha quedado en manos de los sublevados en cuestión de pocos meses. La parte del ejército capitaneada por Franco y Queipo del Llano avanzó desde la zona del Marruecos español, desembarcando en la costa mediterránea peninsular y abriéndose paso hasta el sur de Madrid. Mientras tanto la zona controlada por el general Mola (Navarra, Castilla norte, etc.) apenas ha variado, sus tropas no han logrado acercarse a Madrid y, en general, estaban inmovilizadas por la presión de las columnas milicianas salidas desde la capital y desde Barcelona.

Vemos ahora los mapas 3 y 4. En ellos se recoge la zona de agitaciones agrarias durante el periodo de la II República (mapa 3) y la distribución de la tierra por tipo de propiedad (mapa 4). Puede verse que los militares han avanzado precisamente por la zona en la que el tipo de explotación agrícola es esencialmente latifundista, lo que, como explicaremos, conlleva la presencia de una amplia capa social de proletarios agrícolas (jornaleros) mezclada con otras capas sociales agrarias que subsistían de un trabajo agrícola de tipo aparcerero y que, extremadamente empobrecidas, se habían movilizadas junto a los proletarios durante el periodo de la República. Vale decir, los militares avanzaron sobre las zonas más conflictivas del campo español, para las cuales se había diseñado la estéril reforma agraria republicana y en las cuales el grado de sindicalización era mayor. Llegado el momento explicaremos cuál fue el desarrollo de la conflictividad proletaria en estas regiones del país, pero por ahora basta con decir que si los proletarios de estas zonas hubieran sido movilizadas de acuerdo a un plan coherente contra los militares, la suerte de estos hubiera sido la misma que corrieron sus compañeros de armas de Barcelona o Madrid.

Este ejemplo, puesto para explicar la relevancia de la cuestión agraria en la guerra civil y que se sirve del componente social de la misma, puede concluirse completando la afirmación que exponíamos más arriba:

El golpe militar inicialmente destinado a un triunfo rápido que lo colocaría en la serie interminable de pronunciamientos



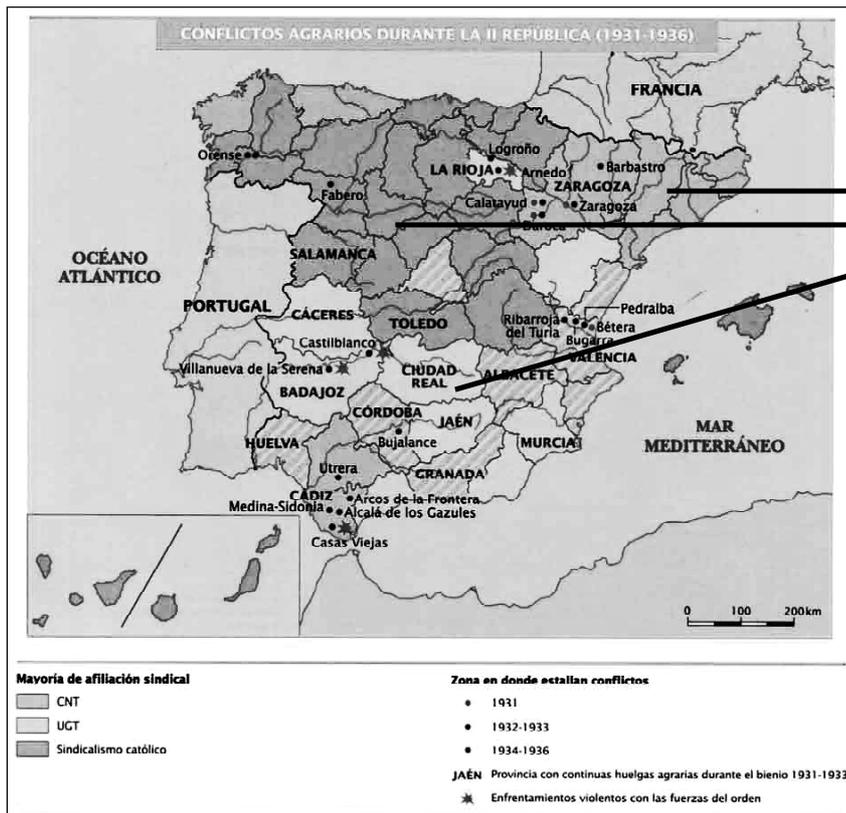


MAPA 2 :

«Evolución de la guerra (30 de setiembre de 1936)»

Zona republicana

Zona nacionalista



Mapa3:

Conflictos agrarios durante la II República (1931-1936)

«Mayoría de afiliación sindical:
- CNT
- Sindicalismo católico
- UGT»

«Zona en donde estallan conflictos:
- 1931
- 1932-1933
- 1934-1936

Jaén Provincia con continuas huelgas agrarias durante el bienio 1931-1933

«Enfrentamientos violentos con las fuerzas del orden»

castrenses españoles se convirtió en guerra civil por la resistencia presentada por los proletarios en las principales ciudades del país. La derrota inicial del ejército en casi todos los puntos neurálgicos urbanos obligó a movilizar todos los recursos militares con los que contaban los capitanes sublevados para iniciar una guerra de asedio a las ciudades irredentas y estas fuerzas no hubieran sido suficientes si se hubieran encontrado frente a ellas a la masa de proletarios agrícolas que separaba a los legionarios y a las tropas árabes de Marruecos de Madrid a lo largo de todo el sur y el este de

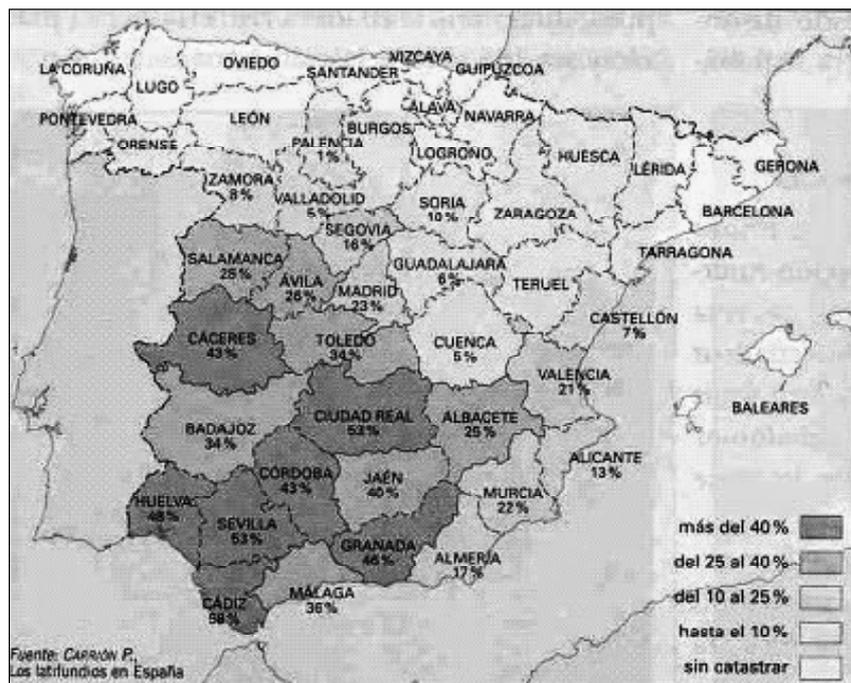
la península. El golpe lo paró la clase proletaria en las ciudades, pero la guerra la permitió la desmovilización del proletariado agrícola en el campo.

Antes de terminar esta introducción, aclaramos un punto y damos algunas conclusiones:

-El avance de los militares por el campo español es una obligación de tipo militar, no político. Es decir, no puede equipararse esta situación a la vivida en la Italia de los años '20, cuando las milicias fascistas se lanzan en primer lugar

Mapa 4:

«Los latifundios en España:
 - más del 40 %
 - dal 25 al 40 %
 - dal 10 al 25 %
 - hasta el 10 %
 - sin catastrar»



contra las fuerzas proletarias del campo por ser estas más débiles que aquellas de las ciudades contra las que se preparaba el ataque definitivo. En España, cruzar desde Marruecos hasta Madrid, objetivo primordial para la victoria, obligaba a cruzar el campo andaluz y extremeño, pero el objetivo de los sublevados nunca fue reprimir primero los núcleos proletarios del Este y del Sur para acumular fuerzas antes del asedio a Madrid. Sólo el ataque a Badajoz, que no está en la ruta hacia Madrid y que era donde se concentraban tanto los proletarios de la región como los que habían huido ante el ataque de las tropas de África, pudo tener este sentido vista la terrible represión vivida en esta ciudad extremeña.

-Fue la necesidad de limpiar el terreno conquistado por las tropas que venían de Marruecos lo que transformó el carácter social del golpe de Estado: de operación relámpago

que se tenía que saldar con algunos miles de muertos a guerra de represión sistemática.

-Esta misma situación hizo cambiar no sólo la preponderancia militar de algunos capitanes frente a otros (Franco frente a Mola, esencialmente) sino, también, el propio programa político del alzamiento que deja de lado la visión inicial del mismo como un movimiento encaminado a mantener el orden y pasa a ser un programa de reordenación del sistema político español (ver documento de Mola)

-La supuesta «revolución proletaria» que tuvo lugar en la zona republicana nunca fue tal desde el momento en que ni siquiera planteó la posibilidad de que esta tuviera repercusiones en las zonas de mayor conflictividad agraria. Los líderes del POUM, la CNT y la FAI dejaron abandonados a los proletarios del campo sin miramientos cuando secundaron la política del Estado republicano.

* * *

1. Algunos puntos clave acerca de las posiciones marxistas sobre la cuestión de la tierra.

Vamos a señalar los puntos clave de la doctrina que nos permiten guiarnos por el curso del desarrollo agrario español y que darán pie, a su vez, a una posterior explicación del sentido de las agitaciones agrarias que convulsionaron el mismo hasta los años de la Guerra Civil.

Una tesis completamente incorrecta pretende que el marxismo, al afrontar el problema de la tierra, identifique gran propiedad con modo de producción capitalista plenamente desarrollado en el campo y pequeña propiedad con modo de producción arcaico, feudal, poco desarrollado, etc. En el fondo esta tesis es deudora de otra, más general, de mayor

alcance y, por lo tanto, equivocada en términos absolutos, que relaciona el marxismo con una crítica exclusivamente a las formas de propiedad vigentes bajo el capitalismo. De acuerdo a este postulado, la propiedad privada de los medios de producción es el factor determinante en el surgimiento del capitalismo y en su desarrollo y resulta completamente secundario qué se hace con dichos medios de producción, cómo se hace y para quién se hace. Aplicada al terreno agrario, esta manera de abordar el problema ve en la extensión del pequeño campesinado, de los granjeros y, en general, de la pequeña propiedad agraria, precisamente una multiplicación de la propiedad privada que no sólo aleja a la tierra de su posible socialización aumentando el número de sus propietarios sino que también implica ineficiencias económicas consecuencia de la infrutilización de los recursos productivos existentes.

Esta es una visión ahistórica de la naturaleza del capi-

talismo, que se detiene simplemente en los aspectos superficiales de su expresión social y que resulta completamente incapaz de abordar problemas como la cuestión agraria. La característica esencial del capitalismo es la *apropiación privada de los frutos del trabajo asociado* y esta proviene no de la aparición de la propiedad privada, sino de la evolución técnica de los medios de producción, del desarrollo de la división del trabajo, de los avances científicos aplicados sobre la estructura productiva de las sociedades capitalistas, en las cuales ya predominaba la propiedad privada y sobre las cuales no ha producido ningún gran cambio en el aspecto de la propiedad.

Concretamente, en el terreno agrario, en el problema de la tenencia de la tierra, el capitalismo parte de la existencia de la propiedad privada sobre grandes extensiones de tierra que conviven con pequeñas y medianas propiedades pero que se diferencian de estas en que constituyen en buena medida la base del poder económico de los señores. El latifundio, la gran propiedad terrateniente, etc. son las formas de propiedad de la tierra no sólo del modo de producción feudal, sino también de formas económicas anteriores como el esclavismo o el despotismo asiático. Y en estas formas, por lo tanto, está plenamente desarrollada la propiedad cuanto menos de la tierra y, generalmente, también de una buena parte de los medios de producción. Junto a ellas, también en modos de producción precapitalistas, coexisten pequeñas propiedades que tienen un papel relativamente poco importante en la sociedad de la época, y formas comunales de posesión que, a su vez, tienden irremediablemente a su extinción.

Lo característico del modo de producción feudal, por hablar únicamente del inmediatamente anterior al capitalismo en Europa, no es por lo tanto la propiedad privada de la tierra, como no lo es tampoco en el capitalismo, sino el hecho de que la mano de obra utilizada mantenga una relación de servidumbre con los grandes propietarios.

La revolución burguesa, el paso del modo de producción feudal al capitalista que tiene un jalón definitivo en esta, no implica por lo tanto un cambio esencial en el hecho de que exista la propiedad privada de tierra y medios de producción. Las clases terratenientes, con más o menos variaciones en su composición orgánica, transitan este cambio adaptándose y cambiando las relaciones de vasallaje que mantienen con sus subordinados sociales o, en el caso extremo que representa Francia, desapareciendo en buena medida y viendo sus propiedades fraccionadas entre los campesinos que alcanzan el rango de propietarios.

La pequeña propiedad agrícola puede aparecer, entonces, como posible característica de la fase de dominio de la burguesía, es decir, puede constituir un paso favorable al desarrollo del capitalismo en el mundo agrario y, por lo tanto, al desarrollo de las condiciones necesarias para la transformación socialista del mismo. Es por ello que oponer a gran concentración latifundista de tierras a la pequeña propiedad parcelaria de las mismas implica hacer del mundo feudal un estadio más próximo al socialismo que el capitalismo.

La clave de este equívoco está en no entender la naturaleza de las fuerzas sociales que se ponen en juego una vez el mundo feudal desaparece ante la presión del desarrollo de las relaciones productivas capitalistas, hecho que puede culminar o no en una revolución burguesa pero que en cualquier caso termina aupando a la burguesía al poder bien por la vía directa revolucionaria o bien por la vía indirecta de la contemporización con las antiguas clases dominantes. En este tránsito la antigua propiedad nobilia-

ria-feudal desaparece con las fórmulas jurídicas que la sustentan: amortizaciones de los terrenos, mayorazgos, vasallaje, servidumbre, fórmulas comunales, etc. Lo hace no tanto porque el desarrollo de las fuerzas productivas en el campo obliguen a ello como porque el desarrollo industrial en las ciudades, consecuencia de la acumulación progresiva de cambios en la organización del trabajo, en la ciencia y en la técnica, vuelven obsoletas al conjunto de relaciones de propiedad existentes. El capitalismo requiere de trabajadores libres de los cuales extraer una plusvalía cuya premisa es dicha libertad para vender su fuerza de trabajo. Los necesita esencialmente en el trabajo industrial que ha superado ya la fase feudal del artesanado en las ciudades, pero quizá no en el campo donde los medios de cultivo tradicionales no han variado sustancialmente. Es esta exigencia la que le lleva a abolir las viejas relaciones de propiedad, lo que implica dar libertad personal a los antiguos siervos pero no necesariamente a liquidar la propiedad latifundista y terrateniente. Si el campesinado entra en escena en esta revolución, si constituye su cuerpo social en el campo (caso francés o ruso) o si no lo hace (caso español) es algo que determinará la profundidad el alcance del cambio en el medio agrario. Allí donde sucede, la lucha del campesinado siempre es por el reparto de la tierra, por la abolición de la propiedad privada tradicional de la misma y por el paso a un nuevo tipo de propiedad privada que implica la parcelación, la distribución de la misma en lotes pequeños pero sobre todo la libre disposición de ella por parte de la familia campesina. Y aún esta nueva fórmula es acompañada casi siempre de la pervivencia de la antigua propiedad, desarrollada de acuerdo a los nuevos tiempos bajo fórmulas como la aparcería, el aforamiento, etc. Allí donde no sucede, donde el campesinado feudal por una u otra razón, como sucedió en España, no se levanta contra sus señores, el paso al mundo burgués en el campo se produce sin que se den grandes cambios en la estructura de la propiedad: el campesino libre trabajará para el señor a cambio de una renta (en especie o monetaria), sin que la distribución de las tierras varíe y adoptándose únicamente el contrato jurídico legal en lugar de la dependencia personal consuetudinaria como vínculo entre señores y campesinos.

La gran propiedad de la tierra, cuando se mantiene como consecuencia de la ausencia de revolución agraria, aun siendo una propiedad burguesa de hecho y de derecho, no representa ninguna ventaja comparativa desde un punto de vista comunista en el camino hacia la superación del modo de producción capitalista en el campo y en la ciudad en la medida en que no implica automáticamente la aparición de un proletariado agrícola plenamente formado, sino que suele mantener formas intermedias de explotación que únicamente posponen la necesidad de esa revolución ausente.

Pero, puede argumentarse, las bases materiales para la lucha de clase del proletariado y para el desarrollo de la misma en un sentido comunista (toma del poder, ejercicio de la dictadura, intervención despótica en la economía, transformación socialista del modo de producción) aparecen con la concentración industrial, con la formación de ejércitos de trabajadores libres que comparten unas condiciones de vida similares, que son organizados por esta concentración, cuya premisa es la expropiación de la pequeña propiedad. ¿En qué supone una ventaja la aparición de la pequeña propiedad agrícola frente al mantenimiento del gran latifundio terrateniente? La gran propiedad industrial se caracteriza por el desarrollo de la división social del

trabajo que es posibilitada por las mejoras técnicas en la producción. Con esta división social del trabajo, este se convierte en algo social y no individual, que equipara a los trabajadores por su cualidad general, la de ser productores, a despecho de cualquiera de las características que generaba el trabajo individual del artesano. La gran empresa supone gran concentración de medios de producción técnicamente superiores a los utilizados por el pequeño propietario y la conversión de todo trabajo individual en trabajo social homogéneo.

Salta a la vista que, en el terreno agrario, la gran concentración de la propiedad terrateniente esto no sucede así. A efectos prácticos, valorada por su productividad, por el empleo de recursos técnicos, etc. la gran propiedad territorial es equiparable a una pequeña empresa: en ella el trabajo conjunto de la mano de obra empleada se presenta como una suma de trabajos individuales que no genera ventajas de escala, que no aumenta exponencialmente el rendimiento y que, por lo tanto, hace pervivir particularismos, formas individuales, etc. Mientras que un millón de unidades monetarias invertidas en una gran empresa industrial no se corresponden con mil empresas industriales en las que se invierta mil unidades productivas en cada una, sino que constituyen una empresa exponencialmente mayor que el conjunto de estas, mil hectáreas de propiedad, divididas según un modelo de aparcería lo más homogéneo posible, son mil pequeñas empresas. Es el tipo de explotación económica del trabajo asociado y no el tipo de propiedad lo que define al capitalismo y, por lo tanto, lo que crea las bases para su superación socialista. Y el tipo de explotación del trabajo característico del capitalismo no aparece en la agricultura sino en una proporción mucho menor que en la industria.

El hecho de que, en los inicios del modo de producción capitalista, el sistema de producción agrario se corresponda o bien con un sistema de gran concentración de propiedad que se subdivide en lotes explotados según regímenes de semi dependencia o bien con un sistema de pequeñas propiedades que son directamente equiparables a la pequeña empresa industrial, únicamente indica que el capitalismo es incapaz de generar en el campo el progreso económico que genera en las ciudades. La baja rentabilidad de la producción agrícola, mantiene la pequeña propiedad o los sistemas de arriendo y subarriendo y causa el atraso crónico de la producción en este terreno no sólo respecto a la producción industrial sino, también, respecto a las mismas necesidades de alimentos que tiene la población.

La diferencia esencial entre la gran propiedad y la pequeña propiedad no está en la capacidad productiva de una frente a la otra, sino en que, bajo el régimen de propiedad terrateniente, la revolución agraria está inconclusa y la aparición de las relaciones sociales burguesas en el campo sólo se da después de un larguísimo proceso durante el cual la exigencia primordial de las masas explotadas continúa siendo la propiedad individual de la tierra y con ello la aparición de una clase proletaria pura asimilable a la clase proletaria industrial tarda en darse. Por el contrario, allí donde la revolución burguesa se ha sustentado en una revolución agraria, la masa de campesinos pequeño burgueses que han accedido a la propiedad de la tierra puede poner en marcha de más rápidamente los fenómenos de intensificación de la producción, de concentración agraria en términos de gran empresa, etc. acelerando la aparición del proletariado agrícola y la creación de las bases para la lucha de clases en el campo.

2. La agitación social en el medio agrario durante los años 1931-1936.

Para caracterizar la agitación social en el medio agrario durante el periodo estudiado, es importante aclarar un hecho básico: el desarrollo de la producción agraria, jalonado como hemos señalado por la desvinculación de los campesinos a la tierra y por las desamortizaciones del siglo XIX, dio lugar, a finales de ese siglo a la conformación de unas relaciones sociales puramente capitalistas en buena parte del campo español. Los latifundios en el sur de España eran trabajados por proletarios puros en su mayor parte, es decir, por obreros del campo que no poseían tierras propias y que vivían a expensas de la contratación por parte de los propietarios terratenientes; las pequeñas propiedades en el centro-norte de la península se comportaban en términos similares, empleando una cantidad menor de mano de obra pero haciéndolo por medio de la relación salarial igualmente; finalmente, en todo el país aparecieron medianas propiedades que podían convivir con las grandes concentraciones de tierras trabajadas en régimen de aparcería (foros, *rabassa morta*, etc.).

En este sentido, es importante explicar un punto al que nos referíamos en el primer apartado de este resumen: el bajo rendimiento de la producción agrícola no es característica exclusiva de los modos de producción precapitalistas, sino que también describe la realidad de las haciendas burguesas que, pese a colocarse a años luz en términos de rendimiento económico respecto a las empresas industriales, están inmersas ya en las relaciones sociales típicamente capitalistas. Si, en España, la estructura de la propiedad no varió en lo esencial durante el periodo estudiado más allá del surgimiento de una clase de nuevos pequeños y medianos agricultores, no puede inferirse de la continuidad en el terreno de la propiedad jurídica, de una continuidad en el tipo de producción. El caso más singular es el de la mitad sur del país. En esta zona, la de mayor concentración latifundista (ver tabla 1), se marchó durante todo el siglo XIX hacia una *junkerización* del desarrollo agrícola, es decir, hacia el mantenimiento de la propiedad en manos de la antigua nobleza, reconvertida en oligarquía terrateniente e infiltrada por un amplio sector de la nueva gran burguesía rural, que, lentamente, se hizo cargo de la transformación capitalista de las explotaciones agrícolas.

El régimen de la Restauración (como se conoce a la vuelta al trono de los borbones tras el periodo revolucionario de 1868-1874 y la instauración del sistema bipartidista) se fundamentó en el pacto entre la oligarquía terrateniente y las clases industriales de las principales ciudades. En una especie de simbiosis económica, los intereses de la producción cerealista a gran escala, se ensablaron perfectamente con el de la naciente industria textil catalana, dando lugar a los pactos arancelarios de finales del siglo XIX, mientras que los de la producción olivarera se aliaron con los que representaba el capital industrial vasco. Las grandes extensiones agrícolas de la mitad sur del país hicieron valer sus intereses puramente burgueses también en la conformación de un Estado que representase sus necesidades.

Mientras tanto, en el lado de los campesinos, este proceso fue sangrante: a la pérdida inicial de las tierras que cultivaban para el señor y sobre las que tenían ciertos derechos de permanencia, se sumó la pérdida de las tierras comunales que les permitían subsistir. Esta doble presión, característica de la evolución por la vía *junker* del campo

español, tuvo como consecuencia los motines agrarios que estallaban periódicamente, creando a la masa social del republicanismo primero y del sindicalismo agrario después. Las sublevaciones de Málaga en los años '40 del siglo XIX, de Jerez en los '80, verdaderas insurrecciones campesinas, responden al tránsito del campesinado hacia su conversión en un proletariado completamente desposeído de todo medio de vida que no fuese la venta de su fuerza de trabajo, algo que se producía de manera estacional y sometido a los vaivenes económicos que determinaban las crisis agrarias de finales del siglo XIX.

Es precisamente después de estas grandes agitaciones que las corrientes anarquistas comienzan a organizarse y a permear en el campo de la mitad sur del país, difundiendo un programa colectivista e inmediateista tanto en lo político como en lo económico (e incluso en lo «militar») que se ganó a buena parte de los nuevos proletarios. No vamos a entrar aquí a rebatir la idea de un supuesto milenarismo congénito al campesinado ni de un ADN libertario entre los habitantes del sur peninsular, pero no se puede dejar de señalar que el proletariado del campo escribió las páginas más duras del enfrentamiento contra la burguesía en una época en la que el proletariado de las ciudades todavía no era más que una pequeña fuerza.

Por todo lo dicho hasta aquí, debe entenderse que las agitaciones agrarias en la mitad sur de España, donde fueron más numerosas, tuvieron un carácter puramente proletario, tanto por su organización (en formas sindicales) como por su contenido (que rechazó, desde comienzos del siglo XX el reparto individual de la tierra como solución). Es cierto que existieron otro tipo de agitaciones en regiones como Cataluña, donde el régimen de *aparcería* establecido según el criterio de *rabassa morta* (los campesinos poseían la tierra y las vides hasta que estas muriesen, momento en el cual se renovaba el contrato de arrendamiento) creó a una clase de arrendatarios pobres pero no proletarios, que tuvieron un carácter típicamente campesino, es decir, sí que enarbolaban la exigencia del reparto de las tierras de los terratenientes entre las familias campesinas. Y es cierto que el conflicto que esta clase, asimilable a la pequeña burguesía, mantuvo con el poder central fue un foco de inestabilidad continua durante todo el periodo republicano. Pero el verdadero peso social, durante este periodo, recayó en los proletarios de Andalucía, Extremadura y Castilla la Mancha y el papel que jugaron durante los años '30 fue determinante tanto en el estallido de la Guerra Civil como en su desarrollo.

De hecho, como hemos explicado en el apartado anterior, la medida que con más urgencia se intentó desarrollar ya desde el gobierno provisional republicano (1931-1932) capitaneado por los partidos conservadores, fue la reforma agraria que debía debilitar la fuerza de los latifundios del sur dando lugar a un reparto de tierras entre los jornaleros.

La respuesta de estos jornaleros a la caída de la monarquía no se hizo esperar. En este contexto en el que la crisis económica, que en España fue en mayor medida una crisis agrícola, hacía estragos condenando al paro forzoso a prácticamente la mitad de los trabajadores del campo, la ocupación de tierras para su cultivo colectivo comenzó a los pocos días de instalarse la República. Especialmente en la zona de Andalucía Occidental, los jornaleros tomaron la iniciativa de romper las cercas de las tierras incultas pertenecientes a la burguesía agraria para ponerlas a trabajar. Este fue, de hecho, el motivo del intento de golpe de Estado dado por Sanjurjo en el año 1932, que tuvo precisamente lugar en Sevilla, donde la Guardia Civil aparecía como única salvaguarda posible de los

terratinentes que veían peligrar sus intereses. Y es en este contexto donde se explican hechos como el de Casas Viejas, un pueblo de Cádiz, donde tras una huelga general fallida, los jornaleros se atrincheraron en sus barrios y fueron masacrados por la Guardia Civil por órdenes del republicanísimo Azaña, paladín de los partidos de izquierdas.

La virulencia de la movilización proletaria en la mitad sur de España no implica que en otras regiones esta estuviese ausente. En general todo el proletariado agrícola se lanzó a luchas parciales exigiendo reivindicaciones salariales y enfrentándose no sólo a los grandes propietarios, sino también a aquellos que poseían pequeñas extensiones de tierra y que empleaban mano de obra asalariada de manera estacional. Como hecho indicativo de esta extensión de la agitación, puede señalarse la implantación de los sindicatos obreros tradicionales en regiones donde nunca habían tenido peso anteriormente, como en Aragón, donde la clase de los asalariados era una minoría frente a los pequeños propietarios. Pero fue en las regiones andaluza, extremeña y manchega donde la lucha de los proletarios alcanzó una intensidad mayor.

En general, esta lucha puede caracterizarse de la siguiente manera:

1. Como hemos dicho, no se trata de una lucha típicamente campesina: por contenido y formas de organización los proletarios del campo se presentaron como una clase que luchaba independientemente del resto, arrastrando tras de sí incluso a buena parte de los pequeños propietarios de tierra que no utilizaban mano de obra jornalera.

2. Además de la reforma agraria, los gobiernos republicanos trataron de poner en marcha un amplio sistema de instrumentos de conciliación social capaces de amortiguar la lucha de clases en el campo. De esta manera, se pusieron en funcionamiento los «jurados mixtos», que fueron organismos de mediación entre patronal, sindicatos y Estado, que buscaban resolver los conflictos laborales sin que se recurriese a la huelga. También se puso en marcha un sistema de subvenciones para dar trabajo a los obreros en paro, etc. En general, la presión del proletariado del campo hizo que estos mecanismos de conciliación entre clases jugasen siempre a favor de sus intereses inmediatos, generalizándose la subida de los salarios, etc. Es contra este sistema, que favorecía a los proletarios en la medida en que estos tenían una fuerza real ganada con la lucha, pero que buscaba minar esta fuerza mediante su control por parte de los mecanismos democráticos, contra la que se rebela la burguesía del campo que, corta de miras como sigue siendo hoy día, sólo veía sus pérdidas inmediatas. La sangrienta represión que siguió al golpe de Estado se dirigió tanto contra las fuerzas sindicales y políticas como contra los representantes de las instituciones democráticas que la República sembró en el mundo rural (maestros, funcionarios, etc.)

3. El anarquismo fue la fuerza política predominante entre los jornaleros desde finales del siglo XIX y, por lo tanto, corrió a cargo de los anarquistas la dirección tanto de los enfrentamientos laborales con los propietarios de las tierras como las movilizaciones semi insurreccionales. Las consecuencias de esta dirección fueron nefastas para los proletarios. Si bien los enfrentamientos con la burguesía terrateniente y sus fuerzas represivas fueron durísimos durante las huelgas, estas nunca tuvieron, incluso en los momentos de mayor movilización,

una finalidad clara, contentándose los líderes anarquistas con señalar una vaga «colectivización» inmediata de la tierra (dentro del municipio) como objetivo final y malgastando por lo tanto la increíble fuerza obrera que se manifestó durante aquellos años. Pese a la existencia de un sindicato, la CNT, que aglutinaba a los proletarios del campo y de la ciudad, ambos ámbitos permanecieron prácticamente desconectados entre sí, pudiendo señalarse cómo las fases de auge de la lucha en el campo se corresponden con momentos de depresión de la lucha en las ciudades y viceversa, sin que jamás se produjese una ofensiva común.

4. La corriente socialista, organizada sindicalmente en la UGT, tuvo una fuerza menor entre los proletarios del campo. Su política de colaboración con la dictadura de Primo de Rivera la desautorizó ante buena parte de estos proletarios, pero la política de subvenciones directas del gobierno socialista-republicano reforzó lentamente sus posiciones en la medida en que se constituyó en gestora de las mismas. La dirección PSOE-UGT mantuvo como posición fundamental el respeto absoluto por la legalidad republicana, buscando precisamente reforzar los mecanismos de mediación que esta ponía en marcha y supeditando la lucha inmediata de los proletarios a la defensa del programa agrario de los diferentes gobiernos. Sólo tras la llegada al poder de Lerro, en 1934, y la inclusión como ministros de los miembros de la CEDA (partido que representaba a los grandes propietarios terratenientes) la presión de la base obrera forzó a la UGT a mantener una posición de enfrentamiento con el gobierno, si bien las implicaciones de esta en el terreno práctico fueron incapaces, tal y como sucedió con los anarquistas, el imponente movimiento huelguístico de junio de 1934.

5. La fortísima ola de huelgas y ocupaciones de tierra (especialmente entonces en Extremadura) que siguió a la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 creó en España un clima pre insurreccional. La legalidad republicana se vio completamente desbordada y sólo pudo sancionar *ex post* las invasiones de las fincas de los terratenientes. En esta ocasión, sólo el golpe militar fue capaz de parar la extensión

del conflicto. Como es sabido, la respuesta obrera en las ciudades ante la sublevación de los generales, derrota a la mayor parte de estos y lo hace en las plazas clave (Barcelona, Valencia, Madrid, etc.). El peso de los proletarios organizados en la CNT y dirigidos a efectos prácticos por la FAI fue decisivo. Pero, ¿y el campo? Las regiones donde las movilizaciones de los jornaleros habían sido más intensas (Extremadura y Andalucía Occidental sobre todo) quedan en manos de estos mismos jornaleros, mientras que las fuerzas burguesas se hacen fuertes en ciudades como Sevilla gracias a la extraordinaria concentración de guardias civiles y de militares que había en la zona precisamente para combatir a los proletarios. El proletariado del campo da la impresión, entonces, de ser un ejército desmovilizado: controla el territorio, pero no recibe ni el encuadre militar, ni la dirección necesaria para acabar de aplastar al enemigo. En Barcelona, mientras tanto, los líderes de la FAI pactan respetar al gobierno republicano de la Generalitat, alegando no tener fuerzas suficientes como para combatirlo. En Madrid, directamente se unen al PSOE y a los republicanos en un frente único. Socialistas, anarquistas y, por supuesto, estalinistas, dejan al gobierno la iniciativa de movilizar a la clase proletaria del campo, única salvaguarda ante las tropas franquistas que avanzan desde África. Más temerosa de los proletarios que de los militares, la República desmoviliza a los proletarios que eran dueños de los pueblos de la región, les llama a no prestar resistencia, les niega las armas... En noviembre de 1936, cuatro meses después de empezada la guerra, Madrid está sitiado desde el sur, habiendo recorrido las tropas franquistas ochocientos kilómetros sin ninguna resistencia, mientras que las organizaciones sindicales de los proletarios del campo fueron destruidas y la represión se ceba de manera especialmente sádica con los jornaleros.

6. El olvido del proletariado del campo y de las zonas sublevadas fue una de las claves de la derrota. La división en «nacional» y «republicano», rompió la solidaridad de clase dejando al proletariado español a merced de la reacción en ambos bandos.

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

(Textos del partido N° 2, Marzo de 2017, A5, 42 páginas)

Precio: Europa: 2 €. América del Norte: US \$ 2. América Latina: US \$ 1

SUMARIO

- Nota preliminar
- Prefacio (Del prefacio de la edición en español de 1974)
- Tesis sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria (Resolución del IIº Congreso de la Internacional Comunista, 1920)
- Partido y clase (De Rassegna Comunista, año I, n° 2 del 15 de abril de 1921)
- Partido y acción de clase (De Rassegna Comunista, n° 4, 31 de mayo 1921)

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017

2

SUMARIOS DE «EL PROGRAMA COMUNISTA»

Órgano del partido comunista internacional

No 54 - Noviembre de 2020

- Los gigantescos crujidos de la economía mundial acercan la alternativa de guerra mundial o revolución internacional • En todos los países capitalistas desarrollados o atrasados, la burguesía es el enemigo nº 1. Autóctonos o inmigrantes, los proletarios son siempre y en todas partes los esclavos asalariados, y su interés de clase es unirse en cada país en la lucha contra su burguesía • Las falsas lecciones de la contrarrevolución de Rusia • La Guerra de España (2). La supuesta «izquierda» comunista española frente a su «revolución democrática»

No 53 - Junio de 2018

- ¡Viva Octubre rojo, de ayer y mañana! • Las grandes lecciones de Octubre de 1917 • 1936-1939. La Guerra de España
- Cronología abreviada • Informe de Amadeo Bordiga sobre el fascismo. V Congreso de la Internacional Comunista. (23ª sesión, 2 de julio de 1924)

No 52 - Octubre de 2016

- El capitalismo imperialista habla de la paz, mientras prepara la guerra • Siguiendo el Hilo del Tiempo. «Puntos» democráticos y programas imperiales. (Battaglia Comunista, nº 2 de 1950) • A cien años de la primera guerra mundial. Las posiciones fundamentales del comunismo revolucionario no han cambiado, al contrario, son todavía más intransigentes en la lucha contra la democracia burguesa, contra el nacionalismo y contra toda forma de oportunismo, mortífera intoxicación para el proletariado • Proletariado y guerra. «La Izquierda de Zimmerwald» • Informe de Amadeo Bordiga sobre el fascismo. IV congreso de la Internacional Comunista. 12ª sesión, 16 de noviembre de 1922. • Noticias de actualidad: Turquía: ¿no son las elecciones ni los llamados a la paz, sino la guerra de clase lo único que podrá terminar con la explotación, la opresión y la represión! / Puño de hierro en Turquía / ¡En el referéndum sobre Europa, los proletarios británicos no tienen nada que elegir!

No 51 - Abril de 2015

- El capitalismo mundial en la antea-ntes de una nueva crisis • El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (Fin). (Informe a la Reunión General del Partido en Florencia - del 30 de abril al 1º de mayo de 1967) • Notas de lectura: Italia 1919-

1920. Los dos años rojos, o cómo «Lutte Ouvrière» reescribe la historia • Notas de lectura: “Bordiga más allá del ‘mito’. El valor y los límites de una experiencia revolucionaria” • Pequeño diccionario de clavos revisionistas. Activismo. Battaglia Comunista nº 6 (20 de marzo - 3 de abril de 1952) • Tesis sobre la «cuestión china» (1964) • Tesis y Adiciones sobre los Problemas Nacional y Colonial. Tesis suplementarias sobre la cuestión nacional y colonial. II Congreso de la Internacional Comunista (Moscú, julio de 1920)

No 50 - Septiembre de 2013

- Presentación • Bajo el mito de la Europa unida se incuban los antagonismos entre las potencias imperialistas y maduran, inexorablemente, irremediables enfrentamientos que llevan hacia la tercera guerra mundial si la revolución proletaria no lo impide • La «cuestión china» (II) • Amadeo Bordiga - Siguiendo el hilo del tiempo: La doctrina del diablo en el cuerpo • Las dos caras de la revolución cubana • El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (2) (Informe a la Reunión General del Partido en Florencia - del 30 de abril al 1º de mayo de 1967)

No 49 - Septiembre de 2011

- Presentación • Las revueltas en países árabes y el imperialismo Crisis capitalista, luchas obreras y partido de clase • León Trotsky: Informe sobre la crisis económica mundial y las tareas de la Internacional Comunista • La «cuestión china» • Hace cuarenta años moría Amadeo Bordiga • El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (1) (Informe a la Reunión General del Partido, en Florencia, del 30 de abril al 1º de mayo de 1967)

No 48 - Enero de 2009

- El Partido de clase del proletariado frente a la actual crisis económica del capitalismo mundial • Estado de «guerra permanente» y lucha de clase revolucionaria • El Centralismo Orgánico • China: particularidad de su evolución histórica • Siguiendo el hilo del tiempo: Homicidio de los muertos • Pese a sus crisis: ¡El capitalismo no se derrumbará sino bajo los golpes de la lucha proletaria! • Israel masacra a los palestinos por cuenta propia y por cuenta de las potencias imperialistas mundiales

«el proletario»

Órgano del partido comunista internacional

No 25 - Nov.Dic. de 2021 / Enero de 2022

- El duro camino hacia la emancipación proletaria pasa por la lucha de clases revolucionaria, la conquista del poder político y la instauración de la dictadura proletaria • Vientos de guerra en Europa (II) • Colombia: crisis y revuelta • Covid-19, control social y «recuperación económica» • Huelga del metal en la bahía de Cádiz. La patronal y la burguesía piden sacrificios y paz, los proletarios responden con la lucha

No 24 - Agosto-Sept.-Oct. de 2021

- La guerra de Afganistán, un ejemplo del desorden mundial generado por el desarrollo caótico y contradictorio del capitalismo en su fase imperialista • Yolanda Díaz ha hablado • ¿vientos de guerra en Europa? (I) • Crisis económica mundial: ¿en qué punto nos encontramos un año después? (Informe para la reunión general de diciembre de 2020) • Disturbios en Cuba: Ni con la «oposición democrática» ni con el régimen castrista. El proletariado cubano sólo tiene una salida: la lucha de clase. • Francia: Manifestaciones contra el «pase sanitario» ¡La lucha contra el autoritarismo burgués sólo puede llevarse a cabo con posiciones de clase proletarias! • Italia: protestas en muchas ciudades contra el llamado «pase verde», al grito de «libertad, libertad», «¡no a la dictadura sanitaria! ¿Pero qué «libertad»? • Para que el proletariado no sea cada vez más aplastado en la esclavitud salarial y la impotencia social, junción de todas las capas proletarias, empleadas y desempleadas, contra el colaboracionismo y contra la competencia cada vez más aguda entre proletarios!

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

Nº 25
Noviembre-Diciembre 2021
Enero 2022

América Latina, U.S.A., México,
Brasil, España, Francia, Portugal,
Italia, Argentina, Chile, Cuba, etc.

VIENTOS DE GUERRA en Europa (II)

La configuración geográfica de Europa, desde su nacimiento en el año 7000 a. de J. hasta el momento actual, ha sido el resultado de una serie de procesos geológicos que han ido moldeando su relieve y su clima. En el momento actual, Europa es un continente que se caracteriza por su gran diversidad geográfica y por su gran diversidad climática. Esta diversidad geográfica y climática ha sido el resultado de una serie de procesos geológicos que han ido moldeando su relieve y su clima. En el momento actual, Europa es un continente que se caracteriza por su gran diversidad geográfica y por su gran diversidad climática.

El duro camino hacia la emancipación proletaria pasa por la lucha de clases revolucionaria, la conquista del poder político y la instauración de la dictadura proletaria.

La configuración geográfica de Europa, desde su nacimiento en el año 7000 a. de J. hasta el momento actual, ha sido el resultado de una serie de procesos geológicos que han ido moldeando su relieve y su clima. En el momento actual, Europa es un continente que se caracteriza por su gran diversidad geográfica y por su gran diversidad climática. Esta diversidad geográfica y climática ha sido el resultado de una serie de procesos geológicos que han ido moldeando su relieve y su clima. En el momento actual, Europa es un continente que se caracteriza por su gran diversidad geográfica y por su gran diversidad climática.

Colombia: crisis y revuelta

La configuración geográfica de Colombia, desde su nacimiento en el año 7000 a. de J. hasta el momento actual, ha sido el resultado de una serie de procesos geológicos que han ido moldeando su relieve y su clima. En el momento actual, Colombia es un continente que se caracteriza por su gran diversidad geográfica y por su gran diversidad climática. Esta diversidad geográfica y climática ha sido el resultado de una serie de procesos geológicos que han ido moldeando su relieve y su clima. En el momento actual, Colombia es un continente que se caracteriza por su gran diversidad geográfica y por su gran diversidad climática.

EN ESTE NÚMERO

- «China 19, control social y «oposición democrática»
- «Italia 19, el estado en la bahía de Cádiz. La patronal y la burguesía piden sacrificios y paz, los proletarios responden con la lucha»

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión

estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

